

*Ariadna
Baker*

Laila
Y SU
MIEDO

Trilogía Cautiva n°1

Laia
Y SU
MIEDO
Trilogía Cautiva n°1

Primera edición.

Laia y su miedo. Trilogía Cautiva nº1

©Ariadna Baker.

©Septiembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[RRSS:](#)

Capítulo 1



Fue salir por el pan y meterme en la primera callejuela que vi, me senté en unos escalones y me eché a llorar.

No podía más, estaba llegando al límite y la ansiedad ya la notaba que tiraba a depresión. Me quité el velo, ese que dos años atrás me puse por amor y que ahora me odiaba a mí misma por haberlo consentido.

Dejé mi vida en España pensando que había encontrado el amor en aquel hombre marroquí que supo ganarme como todo un caballero, lo que jamás pude imaginar que fuese una manera de atraparme para convencerme y arrastrarme a una vida que no me pertenecía, fuera de mi país y con muchas imposiciones que jamás pensé haber permitido.

—¿Estás bien? —preguntó una voz masculina y levanté la cabeza.

—Sí, tranquilo —dije a aquel hombre de ojos claros y rubio, se notaba que era Europeo, no de España, pero de algún país del norte.

—No eres de Marruecos, ¿verdad?

—No —me secaba las lágrimas y no quería mirarlo a los ojos, era una de las cosas que me tenía prohibida Kazim.

—¿Necesitas algo?

—Si sigo hablando contigo voy a necesitar una caja de madera para que metan mi cadáver —reí entre lágrimas.

—¿Estás aquí contra tu voluntad?

—Vine por amor, pero jamás pensé verme envuelta en algo para lo que no estaba preparada. Me tengo que ir —me levanté colocándome el velo, lo miré con una sonrisa triste y me marché a comprar el pan.

Compré el pan y regresé a casa, Kazim estaba fuera, en su trabajo, ese del que no me hablaba ni lo más mínimo, pero que yo sabía de qué se trataba.

Fui hacia el frigorífico a sacar la carne para hacer Kefta y vi la asquerosa nota que había en él y donde me recordaba de su puño y letras las normas que debía de cumplir tales como, salir a la calle con velo, no hablar con ningún hombre, no mirar a los ojos de ellos y no salir más que para comprar o ir a casa de Samira, la mujer de su hermano y que era marroquí.

Kazim comenzó a tratarme mal cuando descubrió que él no podía tener hijos, encima me echaba la culpa a mí y ni el intentar consolarlo sirvió en ningún momento, todo lo contrario, lo hizo volverse más en mi contra.

Mis padres me dejaron de hablar el día que decidí venirme a Marruecos junto a él, me dieron a elegir, sabían de sobra que esto era la crónica de un error inminente y cuánta razón tenían.

Con el pasaporte caducado, sin identificación ninguna, ya que toda me la arrebató él y sin móvil, así vivía, soñando un día con escapar y llegar hasta la Embajada de España, pero sabía

que si me pillaba podría hacer una locura.

Veintisiete años y con una vida en manos de un loco obsesionado que solo quería controlar mi vida, estaba ido con ese tema y lo peor de todo, es que muchas mujeres marroquíes iban sin velo y tenían una vida muy parecida a la occidental, cosa que a mí no se me permitió, arrebatándome mis orígenes y todo lo que se me había inculcado.

Me puse a preparar la comida entre lágrimas, ese día no daba a más por como me había tratado, para Kazim era un trozo de carne al que usar y tocar a su antojo, ni siquiera hacia que yo disfrutara, era él y solamente él, al igual que me tenía como una fregona para tener su casa impoluta y la comida siempre en la mesa.

Un rato después escuché dos golpes en la puerta y por la forma de hacerlo sabía que era Samira.

—¿Estás mal? —me preguntó, entrándome y dándome un abrazo.

—Muy mal, me gustaría que me pasara algo y muriera, no tengo ganas de seguir viviendo, ni fuerzas —me senté en el sofá y solté todas esas lágrimas que caían a cántaros.

—Se le va un poco la mano a Kazim.

—Se le va mucho, ni siquiera tengo tus derechos, tú sales libremente, no te controla y te trata con mucho amor Akram, nada que ver con su hermano que solo hace ponerme al límite.

—Me encantaría ayudarte, lo sabes, pero me metería en un gran lío.

—Lo sé, tranquila —le di un apretón en su mano.

Estuvimos un rato tomando té y luego la acompañé al mercado, con ella sí que podía salir a pasear, pero no a tomar nada en ninguna terraza, eso según Kazim, era una falta de respeto hacia su persona.

Fue cruzar una calle y encontrarme tomando un té a ese rubio de ojos azules que me había preguntado un rato antes.

Nuestras miradas se cruzaron, pero bajé la cabeza rápidamente, demasiado le había dicho ya y me podía ver en un problema envuelta si se le ocurría acercarse a mí.

Compramos la verdura que ella necesitaba y regresamos hacia la casa donde me despedí de ella en la puerta y me metí adentro.

De nuevo rompí a llorar, los recuerdos de esta mañana haciéndolo con él, mientras me recordaba todas las normas fue desgarrador, estaba pensando en hacer una locura y matarlo, quería matarlo, eso o quitarme la vida.

La comida preparada, pero Kazim no vino, eran las cuatro de la tarde y seguía sin aparecer así que me eché una siesta.

—¡Quiero mi comida, ya! —gritó un rato después, desvelándome y poniéndome de lo más nerviosa.

—Ahora mismo —murmuré levantándome y dirigiéndome a la cocina.

—Salgo de viaje hoy, estaré unos días en las montañas del Reef, solo debes salir a comprar pan y poco más, recuerda que tengo gente que te vigilará.

—Tranquilo, sabes que salgo lo justo.

—Estoy muy tranquilo, la que no debes estarlo eres tú, si se te ocurre hacer algo que no tienes permitido.

No le respondí, me limité a ponerle la mesa y prepararle un té que se tomaría justo antes de irse, como si no lo conociera.

Terminó de comer, preparó una bolsa estilo militar con su ropa y cosas, volvió a la cocina para tomar el té y se despidió.

—Bueno, no más de cinco días estaré fuera.

—Tranquilo, te esperaré.

—No me cabe duda —se rió con ese tono de advertencia que tanto asco me daba.

Se marchó, dejándome sin móvil y casi apenas dinero, con todo el que tenía y es que yo sabía que algo tenía que ver con la exportación de marihuana fuera del país, ni que fuera tonta.

Capítulo 2



Me pasé el resto de la tarde maldiciendo el día que lo conocí en España y como todo un galán apareció por aquella terraza en la que mi amiga Alicia y yo, estábamos tomando una copa.

Parecía sacado del anuncio de “*Hugo Boss*”, con ese traje azul marino que le quedaba como anillo al dedo y ese pelo hacia atrás engominado.

Se sentó en la mesa de al lado y al final terminamos charlando con él, tomando copas y acompañando primero a Alicia a su casa y luego me acompañó a la mía.

Desde ese día quedamos a diario durante un mes, me llevaba a restaurantes, de copas y terminé durmiendo en su hotel en más de una ocasión, acabé enamorada de él hasta las trancas y todo por su forma de ser, ironías de la vida.

Me dijo que tenía negocios de exportación y demás, pero nunca me definía nada, yo no quería preguntar más de lo debido, ya que no quería parecer una cotilla.

Luego me invitó por primera vez a conocer esta casa, ahí a mis padres como que no les hizo mucha gracia, pero terminaron aceptándolo y me vine una semana, quedé fascinada con esta mansión que tenía en Chefchaouen, el pueblo más bonito de todo el norte de este país.

Su forma de tratarme, de cuidarme, de reírse con mis cosas, era todo eso que como si fuera un galán de telenovelas a mí me enamoro y solo era la fachada de un tío sin escrúpulos vendiendo a su presa una vida que no era la que quería, solo tenía un objetivo, traerme a toda costa y por encima de mi familia e imponerme luego a su voluntad.

El día que le dije a mis padres que me venía a vivir a Marruecos, me dijeron que, si lo hacía, en esos momentos los diera por muertos, que los olvidara para siempre.

Con todo el dolor de mi corazón y haciendo algo que me iba a salir muy caro, recogí mis cosas y me vine con Kazim, ese seductor que dos años atrás cuando lo conocí tenía treinta y cinco años y ahí comenzó el calvario de mi vida.

La primera vez que me dijo que no debía salir sin velo, pensé que era broma y le contesté que iba a salir como me saliera de mis partes bajas, suficiente para que me diese tal bofetada, que me dejó con dolor de oído dos días.

No fue suficiente que cuando me puse bien y le dije que quería regresar a España me dijo que andando no lo haría, vamos que me cortaría las piernas y encima me quitó el móvil, ese que nunca más me devolvió y el pasaporte tampoco.

A partir de ese momento viví un autentico infierno, además, me obligó a convertirme al islam y casarme con él. Recuerdo que fue el día más triste de mi vida, casi puedo sentirlo en mi piel casi dos años después, fue un momento de lo más desgarrador, ese día con el que toda mujer sueña y para mí se estaba convirtiendo en el peor de mi vida.

Y ahora dos años después de venirme a Chauen, me sentía presa en otro país, presa sin una condena de un tiempo, presa para toda la vida y es que sabía que jamás iba a salir de aquí, al

menos eso me lo había dejado bien claro, me prefería muerta que regresando a España.

Echaba de menos escuchar esas canciones de mi móvil, ver un programa de televisión, una película, aquí el único derecho que tenía era el de limpiar, hacer la comida y estar dispuesta siempre ante mi marido cuando tuviera ganas de sexo.

De mis padres nunca supe nada, ya que mi móvil me lo quitó y ellos me habían advertido además que estaban muertos para mí.

¿A quién tenía? Pues a mi amiga Alicia, pero no tenía forma de contactar con ella y su número no me lo sabía de memoria, ni tendría como hacerlo, no podía poner en un compromiso de ese tipo a Samira, que descubriera su marido esa llamada y tuviéramos consecuencias, aunque su marido la trataba genial y la amaba de verdad, pero claro, eso sería una traición al hermano si lo hacía.

Lloraba sin consuelo mientras intentaba quedarme dormida, hasta el sueño lo tenía mal, no conseguía dormir dos horas seguidas.

Por la mañana a las seis ya estaba en la cocina tomando un café y mirando por la ventanilla, me fui al cajón del salón donde Kazim solía poner el tabaco y sí, había dejado un par de cajetillas a medio abrir, así que cogí un cigarrillo y me lo fumé con el café.

Eso sí, si algún día estaba de buenas me regalaba un cigarrillo como premio, eso cada equis tiempo, por no decir cada mucho tiempo, en fin, como una golosina para su perra, eso es lo que yo era para él...

No fue un cigarrillo, fueron tres los que me fumé mientras me tomaba un café tras otro, pensando en como cortarme las venas o hacer una locura, queriendo desaparecer de esta vida, de este "PUTO" infierno.

No eran ni las diez de la mañana cuando esos ojos claros se volvieron a clavar en los míos, sí, aquel europeo que me habló el día anterior pasaba por mi calle y yo tenía la ventana abierta de la cocina, estaba mirando hacia afuera mientras pensaba y él, al ir mirando hacia este lado me vio, nos miramos, ralentizó su paso y agaché la mirada antes de cerrar la ventana.

Tuve una sensación extraña, era como si el destino me lo estuviera poniendo demasiadas veces por delante, la piel se me erizó por completo.

Si iba hacia abajo es porque se iba para la plaza Outa El Hamam, seguramente a desayunar en una de las numerosas terrazas en las que se debía estar genial disfrutando de un buen desayuno, de esos que tuve el placer de disfrutar la primera vez que vine por una semana aquí.

Un rato después me coloqué el velo frente al espejo y me dieron ganas de llorar al ver en lo que me habían convertido. Salí de la casa atravesando la plaza para ir al horno de la otra parte, pero nada, no lo vi por allí.

Compré el pan y fue al girarme para subir la cuesta de vuelta hacia mi casa, cuando nuestras miradas se cruzaron por cuarta vez. No sé cómo, pero antes de agachar la cabeza se me saltaron las lágrimas y a él se le transformó la cara en preocupación, miré hacia el suelo y seguí andando, dejándolo atrás.

Me sequé las lágrimas con disimulo y caminé lo más rápido que pude, entré en casa, cerré la puerta y me puse contra ella a respirar con la mano en el pecho mientras lloraba de rabia, dolor, indignación, de todo lo peor que puede sentir a una persona...

Juro por mi vida que en ese momento que me crucé con él, me tuve que morder la lengua porque estuve a punto de gritarle "socorro", pero, ¿y si era alguien que había puesto Kazim para vigilarme?

Necesitaba aferrarme a algo, pero aquí no me podía fiar de nadie, sabía que mi marido tenía

gente por todos lados y hasta guardaespaldas. A saber, hasta donde tenía el cuello metido.

Me tumbé en el sofá bocarriba y me tapé los ojos, intenté poner la mente en blanco para no pensar, ya estaba cansada de hacerlo, ya no podía más, siempre fantaseaba con que pasaba algo y podía huir de aquí, pero solo era eso, una fantasía...

Estuve toda la mañana tirada en el sofá y a la hora de la comida me comí un trozo de pan con mantequilla, ni ganas de cocinar, ni de apenas comer, solo le di dos bocados.

Me puse a limpiar hasta las siete de la tarde que me duché y me fui hacia casa de Samira, su marido se había ido con el mío, así que estaba allí seguro aburrida, aunque ella tenía hasta redes sociales, pero jamás me enseñó nada de lo que colgaba ni me dejó ver la pantalla, sabía que estaba advertida.

Doblé la esquina y como si me estuvieran esperando, un chaval del pueblo se acercó a mí.

—Laia —murmuró mi nombre —, me han dado esto para ti —me entregó un papel doblado en varios trozos—. No te preocupes que nadie sabrá que te lo di.

—No entiendo nada.

—Lo harás —sonrió y se fue.

Volví hacia mi casa y cuando entré abrí el papel.

“Sé que estás en apuros. Puedes confiar en mí.

Te esperaré cada mañana a las nueve en la casa en la que estoy alojado, el 29 de la calle derecha tras de la tuya. Dejaré cada día durante diez minutos la puerta entreabierta.

Andrew”

Sabía que era él, el hombre de los ojos claros, ese al que me había cruzado varias veces y que hoy me vio con lágrimas en los ojos.

¿Quién era él? ¿Turista? ¿Uno de los hombres de Kazim? ¡Ay, Dios! Me iba a volver loca...

Capítulo 3



Seis de la mañana y ahí estaba yo a base de cafés en ese nuevo día y fumándome los cigarrillos de Kazim, esperaba que cuando regresara en estos días no recordara los que tenía porque se iba a poner enfurecido.

No dejaba de darle vueltas a aquella nota, pero era obvio que si iba y era una trampa me iba a acordar para los restos de mi vida.

A las nueve menos cinco me puse el velo, me miré al espejo y me dije a mi misma que si Kazim no me mataba ahora, lo haría lentamente, así que iba a arriesgarme y descubrir quién era ese tal Andrew.

Me dirigí a la calle de atrás y cuando vi que no pasaba nadie me metí para la callejuela pequeña que llevaba a esa casa y como dijo, la puerta estaba entreabierta.

Di dos golpes y entré, me puse tras de ella después de cerrarla y él joven de los ojos claros apareció con una leve sonrisa.

—Hola, soy Andrew —extendió su mano.

—Hola —me agarré las manos—. No me toques, por favor —murmuré con miedo a que pudiera aparecer de una habitación o algún sitio Kazim, hasta ahí iba paranoia.

—Tranquila ¿Cómo te llamas?

—Laia —miré hacia el suelo.

—¿Pasamos a la cocina, por favor?

—Sí —murmuré sin mirarlo y me adelanté, ya que me estaba dejando paso.

—Voy a preparar un té. Eres española, ¿verdad?

—Sí ¿Quién eres tú?

—Bueno —se giró y me sonrió, volví a mirar hacia el suelo—. Me llamo Andrew, soy de las Tierras Altas de Escocia y estaré un tiempo por aquí.

—¿De vacaciones?

—Una especie de retiro de la rutina, una excedencia provisional.

—¿Conoces a Kazim?

—¿Es tu marido?

—Sí.

—No, no lo conozco, pero sé quién es, llevo dos semanas aquí y lo vi salir mucho de tu puerta días atrás.

—¿No te mandó él a vigilarme?

—No —puso el té sobre la mesa y me miró de nuevo preocupado—. Laia, no me temas, no sé que te está pasando, pero yo no tengo nada que ver ni con tu marido, ni con nadie, es solo que te conocí llorando y cuando me he cruzado contigo siempre he visto el dolor en tus ojos.

—No puedo hablar, me va a matar si lo hago.

—Laia —agarró mi mano por encima de la mesa y me solté—, dime en qué puedo ayudarte.

—Ahora mismo lo que necesito son dos paquetes de tabaco nacional del rojo, tengo mucha ansiedad y me estoy fumando el de él, cuando regrese y lo descubra se va a enfadar muchísimo.

—Espera aquí —se levantó y salió de la casa.

Me quedé pensando lo imbécil que había sido en pedirle tabaco ¿En qué estaba pensando? Seguro que había ido a llamar a Kazim.

No tardó en aparecer y me puso en la mesa cuatro paquetes y mil dirhams, el equivalente a unos cien euros.

—No, no puedo aceptar dinero y no hacía falta tanto tabaco.

—Cógelo, escóndelo, si no tenías para tabaco estoy seguro de que te puede hacer falta para cualquier cosa.

—¿De verdad no eres uno de los hombres de Kazim?

—Laia, te prometo que no ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete —me levanté—. Debo de irme, no me fio de que regrese antes de lo pensado y...

—Vuelve cada vez que quieras o necesites algo, estoy de tu lado, de verdad.

—Gracias —murmuré cogiendo el tabaco y él puso el dinero en mi mano.

—Por favor, acéptalo.

—No puedo.

—Hazlo —cerró mi mano con las suyas.

Me puse el tabaco en la cinturilla de los leggins que llevaba debajo de la chilaba, era principios de noviembre y la verdad es que ya comenzaba a refrescar muchísimo, el frío estaba presente en este pueblo en las montañas del Reef.

Llegué a casa y le metí los cigarrillos que había en cada paquete y que me preocupé en contar, el resto del tabaco lo metí en medio de los botes de lentejas y garbanzos, ahí no iba a tocar, al igual que el dinero.

Samira apareció por mi casa y me dijo que su marido y el mío se habían tenido que ir a Marrakech y que no volverían en tres días.

Su marido la tenía al tanto de todo, a mí ni me llamaba al fijo que teníamos en la casa, ese que solo servía para recibir, ya que para llamar tenía un candado...

Me fumé un cigarrillo pensando en Andrew, como tantas personas de Europa que se venían a pasar un mes o temporada a desconectar de todo ¿Sería cierto y no me estaba engañando para sacarme alguna información que quisiera saber Kazim?

Me había sorprendido que Andrew fuera de las Highlands, había leído mucho sobre aquel lugar, era una lectora incansable, me bebía los libros, ahora ni siquiera me dejaba abrir uno que no fuera el Corán, ni siquiera había un libro en la casa que no fuera eso.

Quería creerlo, pero me daba terror, me encantaría estar segura de que no tenía nada que ver con Kazim, necesitaba desahogarme con alguien que no fuera Samira que, aunque me entendía, no era de ayuda, ni siquiera psicológica, pues ella lo permitía y nunca hizo nada por evitar algunas situaciones que había visto que yo había tenido que pasar. No la podía ver como a una amiga, pero sí como una vía de escape en algunos momentos.

Capítulo 4



Me había levantado un poco más tarde, eran casi las ocho...

Lo primero que hice fue prepararme un café y coger un cigarrillo del tabaco que tenía escondido.

Me pasé una hora planteándome el ir a tomar un té con el escocés, al final me decanté por hacerlo, quería ver algo en él que me hiciera saber si podía o no confiar en su persona.

Lo mismo que el día anterior, me aseguré de que no pasaba nadie y entré, no sin antes dar dos golpes a la puerta.

—Bienvenida de nuevo, Laia.

—Gracias —medio sonreí sin mirarlo a la cara.

Me hizo un gesto para que pasara a la cocina y me ofreció un cigarrillo que acepté encantada, al igual que un café de esa maquina de capsulas, hacía tanto que no tomaba de esos, que casi lo había olvidado.

—¿Cuántos años tienes, Andrew?

—Treinta y nueve —sonrió, sentándose.

—¿No tienes mujer o hijos?

—No —se le dibujó la tristeza en la cara, pero pronto cambio y sonrió —¿Tenéis hijos?

—No —sonreí y di una calada—. Gracias a Dios, no.

—¿Estás contra tu voluntad?

—Sí —se me cayeron las lágrimas y me dio una servilleta—, pero no tengo salida ni nada, solo me queda resignarme hasta el día que diga hasta aquí y me vaya a descansar para siempre.

—No digas eso, no puedes hacer ninguna tontería, además, siempre hay una salida solo que a veces tarda en llegar ¿Tienes familia en España?

—No, los perdí por venirme aquí.

—Entiendo...

—No tengo nada, por no tener no tengo ni el pasaporte, ni móvil, no puedo ver la tele, ni leer un libro... —me eché a llorar.

—Laia...

—Me han destrozado la vida. Me usa como fregona o como una puta que siempre tiene que estar dispuesta a someterme a sus placeres.

—Déjame ayudarte.

—No puedes hacerlo, ni siquiera yo puedo escaparme y llegar a la embajada, incluso si lo consiguiera y me llevaran a España ¿A dónde voy? O peor aún ¿Y si me encuentra? —me levanté nerviosa mientras me encendía otro cigarrillo que le había cogido ya hasta sin permiso — Esto es una puta locura, maldita sea el día que lo conocí y lo creí.

—Necesito que mañana regreses a la misma hora.

—¿Para qué?

—Laia —me miró con seguridad y a modo de orden—. Hazlo, no dejes de hacerlo por nada del mundo.

—Me estás asustando —me aparté un poco.

—Tranquila —se sentó —, necesito que mañana vengas.

—Como me pillen me van a matar.

—No permitiré que te pase nada de eso.

—Me tengo que ir. Gracias por el café —le di el último trago y salí como una bala.

Quería que volviera al día siguiente ¿Estaría Kazim? Algo me decía que estaba detrás de esto, no me cabía la menor duda, sin embargo, cuando lo tenía en frente no lo sentía así, veía a aquel hombre con la mirada limpia y yo, yo conocía lo que era tenerla sucia, nada más había que mirar los ojos de mi marido, pura basura.

Llegué a mi casa y me tomé otro café, lo mío era para matarme, encima de que estaba en plena crisis de ansiedad, ahí que me ponía yo más cardíaca con todos esos cafés que tomaba al día.

Dos horas después salí por el pan y vi en una terraza de la plaza a Andrew, que me miró y no me hizo ni él más mínimo gesto, cosa que agradecí, yo agaché la cabeza y seguí como si nada pasara.

Pero claro me metió un chiquillo un balonazo que quise que la tierra me tragara, me dejó casi sin respiración y de los nervios me fui para él y le arreé un cate que hasta varios hombres de la terraza comenzaron a aplaudirme.

Compré el pan cagándome en la madre del niño en todo momento, joder, ya le podría haber dado a otra persona.

Regresé y vi que se estaba levantando Andrew, esperó que yo pasara y me siguió, cuando vio que nadie pasaba murmuró a mi espalda que estuviera a las cuatro en su casa.

Yo hice como si nada fuera conmigo y paré en mi puerta mientras escuchaba sus pasos siguiendo hacia arriba.

¿A las cuatro? ¿No me pidió por la mañana que al día siguiente a las nueve? ¿Qué quería? Y lo peor de todo ¿Por qué yo sí quería ir?

Durante esas horas me imaginé todo lo habido y por haber, desde que lo encontraría en su casa con una capa de Superman y me sacaría de aquí, como que estaría Kazim, o que me iba a ir ganando para intentar acostarse conmigo. La verdad es que no me fiaba ya ni de mi sombra.

A las cuatro entré en su casa y me hizo un gesto de que pasara a la cocina, ya tenía dos cafés preparados y un cigarrillo al lado de cada uno, eso me sacó una sonrisa.

—Laia, necesito que me escuches atentamente y que, por favor, no dudes de mí.

—Kazim también me decía eso.

—No soy Kazim y gracias a Dios no me parezco a él, pero quiero que confíes, que lo hagas, prometo que te voy a ayudar.

—¿Ayudar a qué?

—Laia, no preguntes nada, por favor.

—¿Qué quieres? —pregunté encendiéndome el cigarro y poniéndome muy nerviosa.

—¿Ves esto? —Abrió una cajita.

—Son iguales que mis pendientes...

—Efectivamente, solo que estos si te quitas el tornillo me emite una señal de que estás en peligro y con el otro se activaría y estaría escuchando en todo momento lo que pasa.

—¿Me estás diciendo que me vas a escuchar?

—No, solo si lo activas en caso de emergencia.

—¿Y qué vas a hacer, llamar a la Policía? —me eché a reír con indignación.

—No, te lo garantizo que no, pero sé lo que tengo que hacer y quiero que te fies de mí.

—¿Y por qué tengo que hacerlo?

—Porque lo dabas todo por perdido y soy ese hilo al que te puedes sujetar para poder salir de esta.

—¿Y por qué me quieres ayudar?

—Porque vi el terror en tus ojos...

—Me tengo que ir.

—Por favor —me hizo una señal para que me quitara los pendientes y ponerme los suyos, que eran idénticos a los míos ¿Cómo lo había conseguido?

—Esto tiene que ser cosa de Kazim... —Salí corriendo de allí.

Y ahora lo tenía claro, solo alguien como él podía conseguir unos pendientes como los míos y que sirvieran de escucha, solo él estaría interesado en hacerlo y seguro que ni hacía falta activarlos, ya lo estarían desde el momento en que me los pusiera.

Me metí en la casa y me di una ducha antes de ponerme ese pijama de franela que me había comprado él, como toda la ropa que usaba, no me dejaba ni siquiera elegir esas chilabas que parecían sacos y que me tenía que poner, sintiéndome una vieja cuando ni siquiera había llegado a los treinta años.

Comenzó a llover de forma fuerte e intensa, me puse en la ventana a mirar hacia fuera para ver ese agua correr por la calle, era como que me entretenía, era lo más parecido a una película que podía ver.

¿Qué querían de mí? Me iba a volver loca, por un lado, lo creía a ratos, por otro lado, veía que nada tenía lógica.

Capítulo 5



Me levanté pensando en Andrew, ese hombre que apareció de repente y me hizo poner todo un poco más caótico de lo que ya estaba ¿Quién era? ¿Qué quería? Seguía aún sin entender nada y menos eso de ponerse en plan espía por si me pasaba algo.

Sonó el teléfono fijo y sabía que era Kazim, nadie más llamaba ahí.

—Hola —murmuré al descolgar.

—Laia, regreso mañana. Necesito que vayas a casa de mi madre y recojas algo que me dejaron allí.

—Vale.

—Hazlo ahora por la mañana.

—Vale.

Colgó, simplemente colgó, ya me había dado la orden y listo.

A su madre evitaba verla a toda costa porque para ella no fui nunca la mujer apropiada para su hijo, pero bueno, si uno mandaba sobre mi vida, la otra no se quedaba corta, andaba siempre con el hocico hacia fuera.

Me tomé el café y lo primero que hice fue ir a casa de Andrew, quería hablar con él, sabía que era una locura todo, pero es que era el único clavo al que aferrarme.

Llegué y la puerta estaba abierta, eran las nueve de la mañana.

—Bien, Laia, Bien —dijo al verme aparecer.

—¿Bien qué?

—Me alegro de que estés aquí.

—No confío en ti.

—Lo sé — se puso a preparar unos cafés—, pero lo harás, créeme que lo harás.

—¿Y por qué lo tienes tan claro? —volví a preguntar como el día anterior.

—Vas a tener que hacerlo si quieres salir de esta.

—A veces quiero salir, otras entiendo que no tengo escapatoria y otras ya sabes lo que se me pasa por la cabeza.

—Por favor, siéntate relajada y quítate el velo.

—¿Y para qué quieres que me lo quite?

—No tienes necesidad de andar con él puesto aquí.

—Estoy ante un hombre.

—¡Eres europea! Entiende que una cosa es que lo hagas por miedo a él y otra que aquí nadie te ve.

—Yo ya no sé ni lo que soy.

—Pues que no se te olviden tus orígenes y que no eres esclava de nadie.

—¿Ah no? Pues eso es lo que soy ahora mismo.

—Hasta dentro de poco —me dio un cigarrillo y el café.

—No sé en que estás pensando, pero quiero que sepas que te puedes poner en peligro, Kazim es peligroso, tiene muchos hombres a su espalda y si es verdad que no tienes nada que ver con él, debes de andar con cuidado.

—Laia, quédate tranquila, no me dan miedo.

—Pues debería.

—Laia, de verdad, no te preocupes, ni me da miedo, ni nada parecido, solo quiero ayudarte.

—¿Pero a qué?

—A salir de este país.

—¿Y qué haré luego?

—Vivir, cosa que no estás haciendo. No te puedo contar más nada, pero confía en mí, ¿qué tienes que perder? Por favor —señaló mi cabeza—, quítatelo.

—No, porque me lo estás imponiendo.

—Te lo estoy pidiendo para que te sientas como en casa.

Y me lo quitó, lo eché hacia abajo y dejé mi melena al descubierto, por cierto, la tenía morena y por la cintura, Kazim no me dejaba cortar el pelo, no se lo podía ni nombrar.

—¿Contento? —pregunté con retintín.

—La que tienes que estarlo eres tú, solo quiero que te sientas cómoda.

—A veces quiero creerte, pero otras...

—Laia, no me quiero acostar contigo si es lo que estás pensando, bueno, cualquier hombre quisiera, ya que eres muy bonita, pero no son mis intenciones, tengo otras y es ayudar a esa mirada triste que está encerrada en una vida que no le pertenece.

—¿No necesitas una limpiadora en Escocia? —pregunté bromeando, sacando esa parte de mí que quedó enterrada y es que yo era muy divertida, claro, pero cuando vivía, no malvivía como ahora.

—¿Te vendrías a Escocia a comenzar una nueva vida?

—A cualquier parte del mundo con tal de no estar aquí.

—Pues lucha, cree en mí, te prometo que te ayudaré y no te dejaré tirada en ningún momento. Prometo que si me haces caso te contaré algún día para que comprendas el, por qué me siento tan comprometido contigo, no eres tú, es lo que veo que están haciendo contigo.

—Me va a matar, si se entera de esto me va a matar.

—Necesito días, te prometo que te sacaré de aquí.

—¿Pero como me vas a sacar si no tengo ni pasaporte?

—No te preocupes por eso, saldrás de Marruecos.

—Me tengo que ir, debo ir a recoger algo que me ordenó Kazim de casa de su madre.

—¿Te dijo de qué se trataba?

—No, ni idea, pero bueno, se lo dejaré en casa y ya. Vuelve mañana.

—No vuelve mañana, regresa esta noche.

—¿Cómo lo sabes? Él me dijo que llega mañana.

—Me enteré por casualidad, tengo contactos aquí y anoche estuve en la plaza e hicieron un comentario.

—Bueno, me voy, ahora con él aquí no podré venir.

—Tendrás noticias mías sin ponerte en riesgo, intenta ir a comprar el pan todos los días a la misma hora.

—A las nueve, ¿te parece bien? Pero no te acerques a mí.

—Tranquila, no te pondría en riesgo —me apretó la mano y me dio un beso en la frente—. Confía en mí, por favor.

—Vale.

Era la primera vez que alguien me besaba desde que estaba aquí, ese beso en la frente me recordó a mi padre, siempre me los daba, pero era verdad que él siempre hacía lo que quería mi madre y eso de que desaparecieran de mi vida era una imposición de ella a la que él tuvo que ceñirse, seguro que más de una vez había llorado a escondidas acordándose de mí, era su niña bonita, su única hija.

Fui hacia la casa de mi suegra y me recibió con esa cara de asco que siempre llevaba. Como la odiaba...

—¿Quieres un té?

—No, no me encuentro bien.

—Lo mismo estás embarazada, por fin — no se quería enterar de que el problema lo tenía el hijo, lo decía con esa cara de asco, echándome la culpa a mí.

—No, es solo que este frío me está provocando un poco de catarro.

—Bueno, pues abrígate bien, que tienes que estar al cien por cien para tu marido.

—Claro —sonreí con más falsedad que todas las cosas.

—Toma —puso una caja envuelta en papel como de periódico y una bolsa encima—, lo dejas a buen recaudo en la casa y no lo abras.

—No se me ocurriría.

—Eso es, la lealtad, ante todo.

—Por supuesto —sonreí de nuevo por no mandarla a la mierda, coger un cuchillo y dejarla a trozos descuartizada. La odiaba tanto como al hijo.

Salí de allí y aquello pesaba muchísimo, me fui directa a la casa y lo puse encima de su mesita de noche.

Eso de que llegaba esta noche lo tenía claro, a él le gustaba mentirme para pillarme con las manos en la masa, pero claro, ¿qué masa y que manos cuando no tienes más que una fregona para limpiar y una cocina para cocinar?

Me puse a preparar comidas para entretenerme, era tan triste todo, ni siquiera un móvil para mirar redes sociales, noticias, no sabía que pasaba en el mundo, vivía aislada por completo con un hombre que físicamente era de lo más guapo, pero personalmente era el mismo diablo y se cargaba toda esa cara bonita y cuerpo cuidado.

Capítulo 6



Eran las ocho de la tarde cuando apareció por la puerta, yo estaba fregando la cocina porque me había pasado el día cocinando de todo.

—Buenas noches, huele muy bien —entró pareciendo que ese día estaba de buenas, muy raro en él.

—Buenas noches, Kazim ¿Todo bien?

—Perfecto —me agarró por detrás y por las caderas, mordisqueó mi cuello—, con ganas de ti.

—Preparé bastante comida por si regresabas antes.

—Me gusta que me cuides de esa manera —fue levantando mi chilaba hasta deshacerse de ella, yo seguía mirando hacia la encimera.

—Te dejé en la mesita de noche lo que recogí de casa de tu madre.

—Como debía de ser —bajó la parte de abajo del pijama que llevaba debajo de la chilaba y, poco a poco me dejó desnuda, yo estaba como siempre bloqueada, ni me giré.

Una vez desnuda me llevó hasta la mesa donde me dejó caer bocabajo sobre la mesa y levantó mis caderas. Me penetró de inmediato y comenzó a moverse agarrado a los lados de mi cuerpo con fuerza, la misma que se gastaba para penetrarme salvajemente.

Violada, así me sentía en esas manos que me usaba como si de una mercancía se tratara, era triste, doloroso, todo lo contrario, a lo que me imaginé en la vida para un matrimonio.

Se corrió dentro de mí y se fue para la ducha de abajo, yo cogí mi ropa y me fui a la de arriba a ducharme y quitarme esa asquerosa sensación.

No sabía que era sentir un orgasmo con él, ni que me tocara para que sintiera placer, eso estaba prohibido, era él y nada más que él. Yo tocarme a mi misma cuando estaba sola, como que no, no tenía ni cuerpo, ni ganas, estaba muerta en vida.

Le preparé la cena y la hicimos en silencio, él veía el fútbol en su portátil.

Cuando recogí la cocina me fui a dormir, estaba agotada psicológicamente y no tenía ganas de estar a su lado.

Ni me contestó a las buenas noches que le di. En el fondo era sincero, ni me las deseaba...

Por la mañana me levanté y se movió.

—Prepara una bolsa con tu ropa que nos vamos a Oued Laou unos días —fue decirme eso y casi me caigo desplomada.

No podía ni preguntarle porque se pondría hecho un jabato, así que con toda la pena de mi alma hice aquella maleta sabiendo que me iría y si allí algo me pasaba o nos quedábamos mucho tiempo, Andrew no sabría de mí.

Salimos de la casa con las maletas y cuando crucé la esquina me di cuenta de que se iba a cruzar con nosotros el joven del pueblo que me dio la nota de Andrew y que me dijo que podía confiar en él. Se me ocurrió algo que esperaba que sirviera para que trasladara la información,

esperé justo a que se fuera a cruzar y le pregunté algo a mi marido en tono que lo pudiera escuchar el otro.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Oued Laou? —pregunté para que supiera a dónde nos dirigíamos.

—No más de una hora.

—Gracias.

Sabía que lo había escuchado y eso era lo que me importaba, además, me dijo Andrew que ese chico iba todos los días a tomar té con él y era de su máxima confianza.

Nos montamos en el BMW negro de él y dos coches nos siguieron delante y detrás, siempre iba escoltado.

Me arrepentí de no haberme puesto esos pendientes, lo iba a hacer y en un último momento lo decliné ¿Podía ser más tonta?

Y apartarme de Andrew me dolía, era con la única persona que podía ver un rayo de sol, esa esperanza a que alguien de forma altruista me ayudara.

Me pasé todo el trayecto en silencio, Kazim iba hablando por el móvil, yo podía escucharlo porque lo hacía en manos libres, ya que lo llevaba conectado al coche, pero vamos, solo hablaban de que las mercancías tal y tal, las nombraban por número, tenían que estar preparadas para tales destinos y mil chorradas más, pero sin dejar entrever nada, lo tenía todo muy atado, era muy listo, su cabeza era un hervidero todo el día.

Fue llegar a esa casa en la que nunca había estado y quedarme alucinada cuando se abrieron las puertas.

Si la casa de Chefchaouen era como una mansión, esta era la de un jeque árabe, madre mía.

—Esta es una de las casas que tengo repartida por el país —me dijo tirándose un farol de los que le gustaban, aunque fuera verdad a él le gustaba sentirse grande a mi lado.

—Es preciosa, tienes muy buen gusto.

—Follaremos en todos los rincones —murmuró, agarrándome por detrás y mordisqueando mi oreja.

—Donde tú lo desees —murmuré hablando con mi cabeza, si lo hiciera con el corazón la respuesta sería muy distinta y yo tendría los segundos contados de mi vida.

—Sé que me deseas y que estás adaptada a esta vida, la verdadera, donde debes lealtad a tu marido en todo momento.

—Así es... —Menos mal que no me podía ver la cara.

Y terminó desnudándose en aquel salón y follándose con esa cara de sádico que daba asco mirar y se sentía hombre, que asco de él...

Cuando acabó me ordenó que colocara las maletas, por el gran volumen de ellas pensé que esto no iba a ser cosa de unos días, serían mucho más.

Fui a lavarme y comencé a llorar sin hacer ruido ¿De verdad merecía la pena vivir así condenada a ser una esclava todo el resto de mi vida?

Deshice las maletas y me di cuenta de que demasiada ropa traía para unos días, además al colocarlas vi que tenía muchas ya allí, habría estado viniendo durante este tiempo en los que se iba por unos días por trabajo, seguro que muchas de esas veces, terminaba aquí y quién sabe si con alguna que otra mujer.

Terminé de colocar todo y salí al salón donde estaba.

—Ahora vas a ir a la calle justo de enfrente y cuando llegues al final tiras a la derecha y ahí está el mercado, compra todo lo necesario para unos días.

—Traje la comida que hice ayer.

—Sí, pero imagino que harán falta más cosas —me miró desafiante.

—Claro —cogí el dinero que me dejó sobre la mesa y me hizo un gesto para que me fuera.

Compré el pan recién hecho, algo de fruta, hierbabuena para el té y un poco de pescado para hacer un Tajín.

Me gustaba esa brisilla que entraba del mar y es que era un pueblo costero.

Regresé a la casa y me lo encontré en el jardín que había detrás de ella y que era precioso, hasta piscina tenía.

—¿Te hago un té?

—Eso no se pregunta —me miró con desprecio y cogió el móvil para hacer una llamada.

Dios mío, si estuviera en España con mi vida le hubiera partido algo en la cabeza desde el primer minuto, pero aquí, ¿quién era la bonita que lo hacía? No tendría carretera para correr.

Le preparé el té y luego me puse a preparar toda la comida e incluso dejé el pescado hecho, vamos, comida tenía para tres días.

A la hora de la comida cuando ya estaba puesta en la mesa, me dijo que lo habían llamado y tenía que ir a Tánger, estaba muy nervioso, ni comió, solo me dijo que no sabía cuándo vendría.

Se me quedó una cara de tonta que no podía con ella. Tal como se fue cogí el plato y lo volví a echar en la olla.

¿Sabría ya Andrew que estaba en este pueblo? Aunque lo supiera no sabría donde estaba y ni mucho menos se le ocurriría aparecer.

Pasé la tarde en la terraza mirando a la piscina, resguardada sobre el porche techado, hacía fresco, pero me apetecía estar ahí, si fuera verano no se me ocurriría bañarme, pues si lo hacía podía sentarle muy mal, así que me fumé pegada a un muro un cigarrillo tras otro y si venía lo tiraba hacia fuera y listo, me daba tiempo a escucharlo, lo que no me daba tiempo era a salir de la piscina y secarme.

Oscureció y no apareció, la noche se vino encima y me fui a la cama a dormir, sabía que, o llegaría de madrugada o no lo haría.

Una vez me dijo que se iba a tomar un té con un amigo y regresó tres días después, borracho y hecho una furia, ni yo entendí jamás que le pasaba, eso sí, la pagó bien conmigo.

Capítulo 7



Escuché cerrarse la puerta principal del jardín y me levanté de la cama, miré el reloj y eran las ocho de la mañana.

Me asomé por la ventana y vi el coche de Kazim, él estaba sacando algo del maletero, el día anterior no había metido el coche y habíamos entrado por detrás.

Bajé a prepararle el café, té, zumo de naranja y los creps que le gustaban.

—Hola, Laia —dijo entrando a la casa en tono serio y subiendo la bolsa que llevaba en las manos hacia arriba.

—Buenos días, Kazim —murmuré poniéndome el delantal para preparar el desayuno, estaba en pijama.

Tardó en bajar unos quince minutos, se había duchado y por la forma de ir tan elegante sabía que se iba de nuevo.

—Voy a viajar a Marrakech, estaré allí unos días.

—Vale.

—Te he dejado unos regalos en la cama.

—Gracias —sonreí fingiendo.

—En la mesa del salón te dejé dinero para que salgas a comprar el pan y lo que necesites, también te puse un par de cajetillas de tabaco. No sé cuando regresaré, pero no será hasta la semana que viene.

—Tranquilo.

¿Tabaco? ¿Dinero? ¿Regalos? Algo estaba tramando y sabiendo como era me daba mucho miedo.

Desayunó, cogió el móvil, las llaves de su coche, una maleta y se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Te he dejado en el salón un teléfono móvil, si sales lo llevas encima, te llamaré siempre a él, si necesitas hablar conmigo marca el uno, es lo único que se puede hacer —no lo dudaba, no me iba a dejar uno con Internet y llamadas libre.

—Gracias.

Lo vi marcharse y subí a comprobar de qué regalos se trataba, viniendo de él, sabía que sería algo como una chilaba o un velo.

Había un libro, me quedé a cuadros, pero fue leer el título “Amando a Mohamed” y la sinopsis, y me di cuenta de que era una manera de involucrarme más a la sumisión. Era sobre una chica que consiguió ser feliz bajo la doctrina de su esposo. Me dio un asco increíble ver ese regalo y al lado como no, un velo negro, no podía ser de otro color...

Salí a por pan, realmente quería que me diera el aire, saber que no estaría unos días me hacía muy feliz, al menos no viviría atemorizada porque me pusiera una mano encima, o me follara de

esa manera tan salvaje que me hacía tanto daño.

Aquel pueblo era diferente a Chauen, esa ciudad azul que era llamativa por donde la mirase, esta era más similar al resto, no era fea, pero sí mucho más tradicional.

Cuando iba de regreso, un chico se me acercó.

—Laia, esto me lo dio Andrew, tranquila —puso una nota en mi mano.

—Gracias —la cogí y me fui andando hacia la casa. Me había encontrado, eso me dejó aliviada.

Fue llegar y abrí la nota.

“Fuiste lista al preguntarle a Kazim cuanto tardaríais en llegar a este lugar. Estoy en la calle más pegada al mar, esquina con la plaza por la parte del mercado, el número 23. Te espero”

Salí de nuevo de la casa después de dejar el pan sobre la mesa de la cocina, lo quería ver, lo había llamado interiormente muchas veces y parecía que me había escuchado.

Llegué a la dirección y estaba la puerta entreabierta, entré dando dos golpes y ahí que apareció tan guapo y con esa sonrisa que denotaba que empatizaba conmigo.

Se me saltaron las lágrimas y lo abracé, no tardó en poner una mano en mi espalda y otra en mi cabeza para responder a ese abrazo y transmitiéndome que estaba ahí.

—Tranquila, pequeña, tranquila.

—Se fue a Marrakech.

—Lo sé, tranquila que tengo a dos hombres de mi confianza siguiéndolo, sabré cuando regresa.

—¿De quién es esta casa?

—La alquilé, la tendré hasta que regreses a Chauen y me iré para allá. Necesito que durante dos semanas aguantes todo lo que puedas y que no hagas ninguna tontería, entonces te sacaré de aquí y te vendrás para Escocia.

—¿Y qué hago yo allí?

—En principio te daré alojamiento en mi casa, luego haré que consigas un trabajo y puedas comenzar una nueva vida. No te encontrará allí.

—No deberías de involucrarte en esto...

—Ya es demasiado tarde, no te voy a abandonar a la suerte.

Me eché a llorar mientras él me abrazaba y besaba mi cabeza, luego me quitó el velo y me dio un beso en la frente. Lo dejó caer sobre el respaldo de una de las sillas de la cocina.

—¿Un té o un refresco?

—Un refresco por favor, hace mucho que no lo tomo, él no me deja.

—Pues marchando una lata bien fresquita.

Le conté lo del libro, el tabaco y el dinero, se ponía malo, se le veía en la cara que sabía que Kazim, todo lo hacía por algo.

—Si no consigues sacarme de aquí y llega el momento de tenerte que ir, que sepas que te estaré agradecida siempre por estos ratitos que me evadiste de todo.

—No digas eso ni en broma, no salgo de este país sin ti por nada del mundo.

—Pero nos puede descubrir y que se lie una buena.

—Créeme que voy por delante de él.

—¿Cómo estas tan seguro?

—No voy a permitir que te pase nada.

Me puse de pie y me quité la chilaba, él al verlo me sonrió.

—Qué me siento más vieja que tú —me eché a reír mientras la ponía en la silla.

—¿Viejo con treinta y nueve años? —se rió.

—Es una manera de hablar, solo me sacas doce años —apreté los dientes y me encendí un cigarrillo.

Debajo de la chilaba llevaba unos leggin negro con un jersey del mismo color, lo mío era ir de luto siempre, no me dejaba usar colores claros.

—No mucho más que tu marido y te enamoraste de él.

—Bueno es dos años menor que tú, casi nada, y sí, la cagué bien —negué volteando los ojos y sonriendo.

—A veces, en la vida, no somos consciente del peligro hasta que nos llega y no puedes salir de él, y eso es lo que te pasó a ti.

—Jamás imaginé que aquel hombre que conocí pudiera ser un lobo con piel de cordero — comencé a contarle un poco la historia.

—Te robo toda la alegría y vida que había en ti.

—Así es, no soy ni la sombra de lo que era.

—Volverás a serlo.

—Yo con sentirme libre, ya me conformo.

—Lo volverás a ser, créeme que sí —estiró su mano y me acarició la mejilla. Noté que se me puso toda la piel de gallina.

—Siempre me imagino paseando por una calle, sola, sin miedo, fumando un cigarrillo y mirando hacia un parque, un escaparate, un colegio, no sé, cosas insignificantes que me harían muy feliz. No quiero grandezas, a estas alturas de mi vida aprendí que no existe nada mejor que respirar libertad. Ni siquiera me hace ilusión ir a un restaurante, con un bocadillo en el banco de un parque y sin miedo a nada, ya eso es para mí la más absoluta felicidad.

—Vas a apreciar todo como no lo haría cualquiera.

—Creo que el día que pueda ver una película o poner la televisión y buscar qué ver, esas cosas van a ser muy fuertes para mí.

—Es un crimen lo que hizo contigo.

—Es el ser más despiadado que jamás he conocido.

En ese momento puso su mano en mi cara y con su dedo comenzó a secar mis lágrimas.

—Conseguiré pronto que dejes de llorar.

—Nadie me tocó con tanto cariño, excepto mis padres en su día —murmuré con tristeza.

—Y si me dejas, te daré todos esos abrazos que ahora te faltan. No me malinterpretes — carraspeó causándome una carcajada.

—Dame uno —reí entre lágrimas y me levanté abriendo los brazos.

—Eres muy joven, pero tienes un corazón muy maduro —me balanceaba para los lados.

—Y tú eres una gran persona. Espero no equivocarme y termines siendo uno de esos que se llevan a las mujeres para prostituir las, porque con mi suerte —me eché a reír.

—No, no soy nada de eso, puedes estar tranquila —me abrazaba con mucho cariño ¿Te quieres quedar a comer?

—¿Y si...?

—Tendrías tiempo de sobra, está en Marrakech y si sale me avisarán, de todas maneras, creo que estará allí unos días.

—Eso dijo...

Me puse a ayudarlo a preparar la comida mientras me contaba su vida en las Highlands. Vivía en una casa con terreno, sus padres vivían en Glasgow, en una casa en pleno centro de la ciudad.

—¿Qué es lo primero que te gustaría hacer al salir de este país?

—Trabajar y lo primero que haría sería comprarme unos leggins vaqueros y un jersey o camiseta en color rosa pastel, me encantaban esos colores y con Kazim es imposible, sacó de la casa toda la ropa y solo quiere que vaya de negro.

—Creo que es lo que quieres hacer primero para comenzar a recuperar tu libertad.

—Sí, es como que en ese momento sentiría que podía comenzar a retomar mi vida.

—Dame un momento... —puso el cuchillo sobre la encimera y entró a una de las habitaciones, no tardó en salir —No es como la que quieres, pero es rosa —me enseñó una sudadera de él, era de una marca de Surf “Quicksilver”

—Me encanta... —sonreí, poniéndome las manos en la boca.

—Quítate esa negra y estás aquí con ella —me hizo un guiño.

—¿Y si te la mancho?

—Pues la lavo y si no sale ya compraré otra —me hizo un gesto para que fuera a cambiarme.

Me vi con ella en el espejo del baño y sonreí, me encantaba esa sudadera, además, seguro que, si la hubiese visto en un escaparate años atrás, aunque fuera de hombre me la habría comprado, además era ancha, me gustaba vestir así.

—Acabas de rejuvenecer —murmuró al verme aparecer por la cocina.

—Me miré en el espejo y se me agolparon los recuerdos.

—Es para ti, cada vez que vengas te estará esperando.

—No, no, por favor —reí sonrojándome.

—Sí, sí, por supuesto.

—Por cierto, huele muy bien —me referí a la sudadera, pero era normal, olía a su perfume ese que se me metía por el olfato y me encantaba.

—Tú también hueles genial.

—Yo huelo a vieja, solo uso la colonia que le regala a la madre y me trae a mí —me reí.

—¿Y cuál usabas antes?

—Agua fresca de Adolfo Domínguez, realmente me gustaba la de color rosa de Narciso Rodríguez, pero vale más del doble y yo no me gastaba ochenta euros en eso ni loca.

—¿Trabajabas?

—Sí, en un supermercado, además me hicieron hasta fija, era una cadena nacional muy conocida. Pero yo reunía mucho, cuando me vine a Marruecos ya tenía reunidos diez mil euros, esos que por cierto me quitó mi marido —reí negando de impotencia y de lo carajota que había sido.

—Ese tío no tiene ni el más mínimo sentido de la decencia —me agarró por detrás abrazándome y me dio un beso en el cuello.

—No me sueltes —me reí queriendo parar el tiempo, no por ser un hombre y guapo, sino por recibir cariño después de tanto tiempo.

—No te suelto —me movía hacia los lados abrazándome—. Sé que estás a falta de mucho cariño, que no tienes con quién poder sentirte libre, pero que sepas que te he cogido mucho afecto y conmigo puedes contar y cuando necesites un abrazo, yo te daré muchísimos.

—Gracias, Andrew —me giré y nos abrazamos muy fuerte.

—No hay nada que agradecer, aquí estoy y si te puedo ayudar a sentirte un poco mejor, me siento afortunado.

En ese momento sonó mi móvil y me cambió la cara, él me hizo un gesto de que descolgara.

—Hola, Kazim.

—Laia, salgo en diez minutos para Holanda desde el aeropuerto de Marrakech, necesito que mañana por la mañana a las diez estés en la puerta, te recogerá Adil y te llevara a casa, tienes que ir al primer cajón de mi mesita de noche, coger un sobre que hay y entregárselo. Te quedas en Chauen, yo regresaré en unos días.

—Vale —murmuré aguantando de soltar el aire y notando que él estaba muy nervioso.

—Nos vemos pronto.

—Ten cuidado —dije por no decirle que ojalá le pillara un coche y lo dejara hecho trizas.

Colgué y se lo dije a Andrew.

—Ahora me avisarán si es verdad que sale de la casa, se dirige al aeropuerto y aborda el vuelo.

—Me dice que me quede en Chauen.

—Yo os seguiré en otro coche de lejos, no te preocupes por nada, nos iremos allí.

—Poco te duró el alquiler de esta casa.

—No hay problema —me abrazó para tranquilizarme.

Ni diez minutos y ya le estaban avisando de que Kazim salía con equipaje.

Mientras comíamos ya tenía el aviso de que estaba abordando el vuelo y era verdad. Iba con destino a Ámsterdam.

Capítulo 8



Después de la tranquilidad de saber que no estaba en el país, le dije a Andrew mientras él preparaba el té, que me dejara prepararle un pastel que hacía mi madre.

—Claro, dime los ingredientes que voy a buscarlos a la tienda de aquí al lado.

—Necesito, yogurt de limón, huevos, harina, leche, mantequilla, azúcar, limones y canela en polvo.

—Canela y limones me faltarían, lo demás lo tengo, el yogurt de limón es mi favorito. Ahora vengo.

Apartó el té y fue a la tienda, no tardó en regresar y me puse a preparar la Quesada, estaba segura de que le iba a encantar.

—Ahora, una hora a ciento ochenta grados y listo —la metí en el horno.

—Pues para luego con el cafelito.

—Al final a lo tonto paso todo el día aquí.

—Es lo que pretendo —me hizo un guiño que me sacó una risa nerviosa.

—¿Estás seguro de que no está en el país?

—Completamente, te he dicho que no pondría tu vida en peligro y si me avisaron es que se fue —me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la mejilla.

Me gustaba cuando tenía esos gestos, o me abrazaba, hasta me entraba un cosquilleo por la barriga, me imaginaba viviendo aquí y no con Kazim, dos polos totalmente opuestos. Sería muy feliz de estar con alguien como Andrew para compartir mi vida. Daba paz, tranquilidad, seguridad...

Nos pusimos a charlar tomando el té y comenzó a enseñarme cosas en el móvil que hacía mucho que no veía, sobre todo la red social de mi amiga Alicia. Se me saltaron las lágrimas al comprobar que había sido madre y se había casado con Pedro, ese chico con el que rompió después de años, justo antes de venirme, así que debieron hacer las paces y unieron sus vidas, se le veía de lo más feliz.

—No te digo que le escribas porque puedes poner en peligro lo que estoy preparando para sacarte del país.

—Tranquilo, tampoco sabría que decirle y me parece muy violento explicarle todo de golpe y por aquí. Espero algún día poderme sentar con ella y darle todas las explicaciones a todas las preguntas que se hará, sobre todo, el por qué dejé de hablarle.

Saqué el pastel una hora después para que comenzara a enfriarse.

—Entonces me parece que haré un primer café y más tarde tomaremos el otro.

—Mejor —sonreí—, en caliente no es bueno comerlo.

—Tiene una pinta...

—A mi me encantaba, pero engorda muchísimo.

—Te puedes permitir unos kilitos de más —sonrió.

—Me mata Kazim —me reí—. Siempre está con que tengo que cuidarme y que no coma pan.

—Ese hombre está mucho peor de lo que pensaba.

—Yo siempre fantaseo con matarlo —me reí.

—¿Sí?

—Lo he matado ya de mil maneras, total, lo que pasaría es que me meterían en una cárcel de aquí, de por vida...

—No sé si te gustaría verte en esa situación.

—No lo sé, pero no creo que haya nada peor que convivir con Kazim. Digamos que la casa sale ardiendo y salgo primera, no te quepa duda de que cierro la puerta con él dentro.

—Imagino —sonrió, mirándome con piedad.

—Déjame decirte que no mataría ni a una mosca, pero odio tanto a ese hombre, es más, no conocí el sentido de la palabra odio hasta que me di cuenta de que clase de persona era y la repulsa que me causaba.

—No sabes cuánto te entiendo.

Agarró mis manos y me dio un abrazo, pero bonito, de corazón, de esos que quieres estrujar a la persona y traspasarla, así lo sentí.

—Quiero que sepas —puso sus manos en mi cara mientras yo seguía agarrada a su cintura — que me muero de ganas por besarte...

—¡Andrew! —reí agachando mi cabeza y soltando mi cara de sus manos para cobijarme en su pecho.

—Tranquila que no lo haré —me abrazó—. No te daré ningún motivo para que pienses que todo es para buscar algo, no soy como él.

—Lo sé, ahora entiendo de miradas —murmuré mirándolo a los ojos para que supiera que ahora sí creía en él y eso que no sabía si la estaba volviendo a cagar en mi vida, pero peor de lo que estaba, no podría estarlo ya.

Merendamos ese pastel que le encantó, es más, me felicitaba con cada cucharada que se llevaba a la boca.

—¿Te puedo preguntar algo? —dije, cuando me encendí el cigarrillo mientras tomaba el café.

—Claro.

—¿Por qué dices que te mueres de ganas por besarme? —me sonrojé mientras se lo preguntaba y a él, se le escapó una preciosa sonrisa.

—Por momentos he ido empatizando contigo, pero a la vez he sentido las ganas de protegerte como mujer, como algo mío, pero no de posesión, es como si fueras algo a lo que tengo que cuidar y a la vez me gusta hacerlo. No sé si me entiendes, tampoco quiero asustarte, pero a veces uno no puede luchar contra esos sentimientos que comienzan a salir solos.

—Me está pasando lo mismo —me reí tapándome la cara con mis manos y agachándola hacia la mesa.

—¿En serio? —Me acarició la cabeza.

—Sí, pero es solo una fantasía, algo dentro de mí quiere aferrarse a que llegará un momento en que te irás y todo quedará en nada.

—No te crees que te voy a sacar de aquí.

—Creo que lo vas a intentar, pero no será fácil y pienso que no se conseguirá.

—Con mi vida por delante, pero te saco de aquí —acarició mi barbilla y me quedé pensativa.

Nos abrazamos casi de manera magnética, nos quedamos así unos instantes que, para mí, me

llenó la vida.

—Me debo ir, este es capaz de mandar a alguien para asegurarse de que estoy en casa.

—Tranquila, mañana te seguiré hasta Chauen, yo me quedaré allí también.

—¿Me dejarás la puerta entreabierta? —pregunté sonriendo.

—Siempre...

Me besó en la frente y fui al baño a quitarme su sudadera y ponerme la mía, además de la chilaba y el pañuelo.

—Pronto no tendrás que llevar este disfraz —murmuró, abrazándome de nuevo antes de irme.

—Ojalá así sea —le besé la mejilla y me dirigí a la puerta, salió a asegurarse que podía salir y lo hice.

Regresé a casa y me metí en la ducha, estaba comenzando a sentir algo muy fuerte por Andrew, algo que me hacía sacar una sonrisa de esas que antes de él, no fui capaz en este país.

Justo cuando salí de la ducha me llamó Kazim para recordarme lo del día siguiente.

Capítulo 9



Me tomé un café y fumé un cigarrillo antes de salir con la maleta a la puerta para irme con Adil hacia Chauen, yo sabía que de lejos estaría Andrew siguiéndonos para comprobar que todo salía según lo previsto.

Durante ese viaje pensé que Andrew tenía que ver con algo de espionaje, o de narcóticos en colaboración con Marruecos o algo muy parecido, además, sabía que el objetivo era Kazim, sin duda alguna.

Además, eso de tener gente de confianza y que le tuvieran al tanto de todo era un indicio más que fiable para saber que sí, que de algo así se trataba.

Yo me fiaba de él, esa era la verdad, además la noche anterior me acosté con una sensación tan bonita que solo por eso, ya merecía la pena todo.

Entré a la casa y saqué del cajón ese sobre, sabía sobradamente que era dinero. Bajé y se lo entregué a Adil que salía para Marrakech según me había dicho.

Despidiéndolo en la puerta pasaba Samira que al verme entró a la casa a tomar un té.

—Estoy preocupada Laia —se encendió un cigarrillo—. Aquí en Marruecos muchas mujeres fumaban, pero dentro de la casa.

—¿Qué te pasa?

—Sabes que están en Holanda, ¿verdad?

—Sí.

—Pues algo no va bien, lo note al hablar con mi marido.

—¿A qué te refieres?

—Me dijo que me fuera para Tánger a casa de mi familia, puede que no pueda volver en mucho tiempo.

—¿Y Kazim?

—Lo mismo, están juntos.

—¿Qué piensas que está pasando?

—No lo sé, pero nada bueno. Ahora en una hora me recogen para llevarme a Tánger. ¿No te dijo nada Kazim?

—Solo que me quedara aquí en Chauen.

—Ten mucho cuidado, no te fíes de nadie.

—Tranquila —nos dimos un abrazo y se marchó.

Me quedé un poco loca con el tema, es verdad que Kazim pasaba de mí en ese sentido, sabía que le importaba una mierda ponerme en riesgo o no, pero yo también intuía que algo pasaba.

Me fui a meter a la ducha, me quería arreglar el pelo y peinarlo bonito, hacía mucho que no me lo arreglaba, me daba rabia hacerlo para Kazim, pero ahora tenía otro motivo y es que lo quisiera o no, me nacía del corazón.

Cuando salí de la ducha me entró una llamada de Kazim.

—Hola, Kazim.

—En diez minutos te van a recoger y llevarte a las montañas, no me fio de que pueda pasarte algo, van a ir a buscarme a casa —dijo a chillidos y casi me caigo de culo, no hice otra cosa que quitarme el pendiente para que le entrara la escucha al móvil de Andrew.

—¿A qué montañas me van a llevar, Kazim? Me estás asustando.

—Te he dicho que en un rato te van a recoger, necesito que estés en la montaña durante algunas semanas que yo solucione esto, no me preguntes nada o te aguantas con las consecuencias —dijo en tono muy enfadado.

—Kazim ¿Con quién estaré y dónde?

—¡Qué te prepares o te juro que te mataré yo con mis manos! —Colgó y sentí una presión en el pecho que parecía que iba a caer desfallecida.

¿Me habría escuchado Andrew? No me podía fiar y menos ir para su casa, ya que me podrían pillar pues venían para acá según me dijo.

Preparé una maleta con ropa, fue salir y ya estaba ahí uno de los hombres de mi marido. Rachid me saludó con un gesto de cabeza y cogió el equipaje, ese que hice entre sollozos.

Salimos de la medina hacia el aparcamiento de la entrada del hotel más importante de la ciudad, ese que era emblemático y muy solicitado por los turistas.

Vi a la Policía que siempre estaba ahí y nos saludó, me dieron ganas de chillar, pero sabía que esos estaban comprados seguramente por Kazim.

Me monté en el asiento de atrás del coche y comenzó a conducir hacia lo más profundo de las montañas cuando de repente, en medio de la nada nos adelantó un coche y el copiloto apuntó a la cabeza de Rachid, mientras veía como Andrew lo incitaba a parar a un lado, bloqueándolo con aquel coche todoterreno.

Se bajaron apuntándolo con pistolas y yo estaba helada, bloqueada, no podía creer lo que estaba viendo.

Lo hicieron bajar, lo ataron y lo metieron en el maletero del coche en el que yo iba.

—Métete en mi coche —dijo cogiendo mi maleta y metiéndola en el sillón de atrás—. No te preocupes, no sabrán ni donde está él, ni el coche —dijo saliendo de allí a toda hostia en el todoterreno conmigo.

—Me va a matar —murmuré asustada por lo que acababa de vivir.

—Primero te tendrá que encontrar y créeme que lo tendrá muy difícil —se le veía con rabia—. Menos mal que hiciste saltar la escucha, no me hubiera perdonado que te pasara nada.

—Dice que me tenía que ir para protegerme.

—No te iba a proteger llevándote a donde tiene todo el arsenal de armas y drogas.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy en una operación contra él y su equipo, son los que más drogas introducen en mi país, estamos colaborando con Marruecos, pero esto está todo comprado y no me puedo fiar de nadie.

—¿Eres de la Policía?

—Soy el jefe de antinarcóticos de las Tierras Altas —murmuró y apretó mi mano para que me tranquilizara. Tengo aquí a muchos hombres repartidos, tanto de este país como compañeros míos de Escocia.

—Dios mío, si Kazim lo supiera nos mataba.

—Antes me lo cargo a él, mi objetivo es hacer que pague y lo vamos a pillar en Europa, allí

no tendrá esa inmunidad y trato de favor que tiene aquí a costa de pagar a la gente. Tengo a todos mis hombres esperando que repartan eso que tienen allí escondido y que es a gran escala y ahí actuarán, entonces podremos salir de aquí.

—Y, ¿por qué está asustado?

—Se le echó encima otra banda organizada y también le están pisando los talones, están cogidos por todas partes. Lo pillaremos aquí o allí, pero de esta no se libra. Aquí tenemos otro momento fuerte que tienen preparado y no les dará tiempo a reaccionar ni a ellos ni a sus cómplices cuando nos tendrán encima, pero espero que sea en Holanda donde lo pillen con las manos en la masa, además, tenemos ya suficientes pruebas para joderle el resto de su vida.

—¿Hacia donde vamos?

—A ponerte a salvo, te vienes conmigo, tranquila que tengo varios lugares, esa casa era para estar cerca de Kazim, pero ya no me interesa, está fuera y dudo que por ahora intente entrar.

—¿Qué pasará con Rachid?

—Estará retenido hasta que tengamos a todos capturados y listos para enfrentarse a la justicia. Kazim no sabrá nada de él ni de ti, se pondrá más nervioso y meterá más la pata, además puede pensar desde un accidente a que la otra banda os tiene retenidos.

En ese momento comenzó a sonar mi móvil ese que me dio Kazim. Lo saqué del bolso y al verlo Andrew lo cogió y lanzó por la ventana.

—Ya no te va a molestar más.

—Estoy muerta de miedo.

—No, ahora es cuando debes comenzar a respirar. No pensé en sacarte tan pronto, pero cuando vi el peligro y como había cambiado la situación sabía que era ahora, o se podía poner la cosa muy fea —apretó mi mano y se la llevó a sus labios para besarla.

—Andrew, no quiero ser una carga para ti —dije con tristeza.

—No vuelvas a decir eso jamás —me hizo un gesto de cariño en la rodilla —Quítate el velo y la chilaba.

—Pero...

—Quítatelo —sonó a orden—. Se acabó el disfraz, se acabó todo eso y a mi lado no te llevaré con ese disfraz, quiero que seas tú desde ya.

—Me mata si me ve.

—No tiene huevos para hacerlo, no los tiene, estás a mi lado y créeme que tendrá que pasar por encima de mi cadáver y no le daré ese gusto.

—Nos están siguiendo —dije asustada mirando hacia atrás.

—Son mis hombres, tranquila.

Llegamos a las afueras de Tánger y unas puertas de lo que parecían muros de fortaleza se abrieron.

Había un jardín con un porche en la entrada de la casa y entraron dos coches más de los que se bajaron dos hombres europeos y dos marroquíes.

—Espérame dentro — me hizo un gesto de cariño en la mejilla y se dirigió a ellos.

Me senté en el sofá mirando hacia fuera y los vi hablando con papeles en las manos, estaba explicándoles algo.

Solté el aire y me froté la frente, estaba colapsada, si esto lo hubiera visto en una peli hubiera estado en tensión, pero vivirlo...

Un coche se marchó y los otros chicos sacaron sus cosas y se fueron como a una especie de garaje que había en la entrada del jardín, cuando abrieron esa puerta me di cuenta de que era

como un apartamento diáfano.

Andrew entró y le pedí que me diera mi maleta.

—No, eso va a ser quemado todo ¿Tienes algo de valor dentro que trajeras a Marruecos de España?

—No.

—En un rato vuelven los chicos con ropa nueva para ti, ya cuando salgamos del país te llevaré a comprar, pero ahora les indiqué un poco de lo que debían de traer. Lo que está en esa maleta se entierra ya, no te pertenece.

—Pero hay ropa interior.

—Te traerán también.

—Andrew me siento mal ocasionando molestias y gastos.

—Ven, vamos a tomar un café, ahora traerán también comida —agarró mi mano y me llevó hasta la cocina.

—Te noto tenso.

—Tengo rabia, si te hubieran llevado y no hubiera escuchado nada, ahora me estaría volviendo loco.

—Pero a él lo tenéis localizado.

—Para mí eres mucho más importante que todo —me abrazó y nos quedamos mirándonos.

Y no me lo pensé, me acerqué y lo besé en los labios, él reaccionó de inmediato y me siguió ese beso, jamás pensé que pudiera sentir tanto con un beso.

—Laia...

—Dime, me sonrojé y me apoyé en su pecho.

—Gracias —murmuró acariciando mi cabeza sobre su pecho.

—No me digas eso, gracias a ti por sacarme de ese pozo en el que estaba metida y aunque me vuelvan a capturar, esto me lo llevaré en el corazón para siempre.

—Sigues sin confiar en mí, Laia.

—No, de quien no me fío es de él, no va a permitir que desaparezca y quedarse de brazos cruzados.

—Ese me dura a mí un telediario —volvió a besarme.

Hicimos los cafés y él me pidió que me sentara en el porche tranquila, me dejó ahí un paquete de tabaco y se fue con los chicos al apartamento de enfrente.

Me puse a pensar en toda mi vida, desde España hasta que conocí a Kazim y me vine a Marruecos, para vivir ese calvario del que había estado presa hasta que apareció Andrew, ese hombre que ahora para mí era mi religión, mi Dios.

Los veía mirar papeles y como que daban ideas de algo, era como ver una peli, una peli en la que en parte yo era la protagonista. Era para alucinar esto en lo que estaba envuelta.

Pero tenía algo claro, Andrew estaba poniendo mis sentimientos patas arriba, me gustaba sentir esa protección que me daba y con ese tacto que me trataba, en el fondo tenía miedo, demasiado, tenía la sensación de que algo pasaría y estropearía toda esa luz que comenzaba a ver al final del túnel en el que Kazim me había tenido metida.

Capítulo 10



Los chicos que salieron regresaron una hora y pico después, Andrew metió con ellos bolsas del súper tanto en aquel apartamento, como en la cocina de la casa. Las fui colocando, en mi vida había visto una compra tan grande.

—En la habitación de al lado del baño te dejé las bolsas con la ropa, puedes colocarlas en el armario. Terminaré de concretar un tema con ellos y vuelvo —me dio un beso en los labios.

—Me cambio de ropa y voy haciendo la comida, puedo hacer varias cosas en un momento.

—Te lo agradezco, al menos por hoy, ya luego y mañana se cocinarán ellos.

—No hace falta, Andrew, dedicaros a trabajar y organizar.

—Bueno, por lo pronto la de hoy va bien.

—Venga, trabajad tranquilos —sonreí.

Llegué a la habitación y me llamó la atención unas bolsas de marcas de surf, las abrí y ahí había unas preciosas sudaderas, camisetas, leggings y todo a cada cuál más bonito, en tonos pasteles, moría de amor...

Por no faltar detalle no faltó ni un par de zapatillas, unas Converse de botas en color rosa y unas Adidas, las típicas blancas con las tres rayas a los lados en azul.

Ni que decir aquella bolsa del Women'secret llena de ropa interior de lo más bonita, no exagero si digo que había una docena de sujetadores y otra de braguitas.

No faltaban ni pijamas de lo más mono de esa tienda, el que más me gustó fue el de Snoopy.

Y la sorpresa fue mayúscula cuando abrí una bolsa de una perfumería y contenía mi perfume favorito de Narciso Rodríguez ¿En serio me estaba pasando esto?

Fui hacia el baño, allí había colocado los geles, champús y hasta mascarillas para el pelo que venía en esa compra, necesitaba esa ducha, aunque esa mañana ya me la había dado, pero era como que necesitaba oler diferente, además con esa ropa...

Cogí el gel de vainilla, aquel olor era de lo más agradable, luego me lavé la cabeza y me la sequé con el secador, me lo puse de lo más mono.

Me cogí una cola y puse la cabeza hacia abajo, me corté un gran trozo de mi melena, encima me quedó hasta bien, no se veía ningún trasquilón y se quedó todo a mitad de la espalda a capas.

Sonreí al verme así, que ganas tenía de cortarme el pelo y ahora por fin lo había hecho.

Me puse unos leggings deportivos que tenía un cordón delante, era de color azul marino y encima me coloqué una sudadera blanca con una flor hawaiana a un lado y el logo de Quicksilver, sin duda elegí las zapatillas Adidas.

Me miré en el espejo grande que había en aquella habitación y volví a sonreír al verme como si en ese momento comenzara mi vida.

Iba monísima, deportiva, pero monísima, eso de no ir de negro y tapada era como resurgir de mis cenizas.

Llegué a la cocina y cogí uno de los delantales que había colgados detrás de la puerta, no me perdonaría manchar ese conjunto tan mono que llevaba puesto, aunque había más y a cada cuál mejor.

Iba a preparar comida marroquí cuando pensé que ni de broma, así que comencé a cocer pasta y me puse a cocinar la salsa con su refrito de verduras, huevos duros que cocí y carne picada.

Mientras hacía la pasta me puse a preparar una empanada de atún con tomate y huevo duro, aproveché que habían traído paquetes de masa. No habían escatimado en la compra.

Y como veía desde la ventana de la cocina que seguían liados, pues aproveché para empanar filetes para la noche, así que preparé un kilo de ellos.

Andrew apareció por la cocina y yo ya tenía todo listo en la mesa que era para doce comensales, la cocina era brutal de grande.

—Estás preciosa —sonrió y tocó mi pelo. Se había dado cuenta de que me lo había cortado. Luego me dio un beso en los labios—. Entonces, ¿les digo a los chicos que vengan aquí a comer?

—Claro —sonreí.

—Ahora mismo vengo.

Se fue a buscarlos y entraron todos sonriendo, me dieron la mano a modo saludo y las gracias por esa mesa que les había preparado.

Me sentía rara ahí sentada con esos cinco hombres, pero feliz de por fin estar ante una situación normal, había estado viviendo como una autentica esclava, esa era la realidad.

Los chicos eran muy amables y se trataban con mucho respeto, sobre todo a Andrew, que era el jefe de todos.

Luego les preparé un café en esa máquina de capsulas que tanta ilusión me hacía.

Uno de los chicos se levantó para fregar.

—No, por favor, déjame a mí, termina el café tranquilo. De todas maneras, os advierto a todos —miré a Andrew —que seré yo quien cocine cada día, es lo mínimo que puedo hacer, ya que no quiero ser como un gato de escayola que se quede cruzada de brazos mientras ustedes trabajáis —dije a modo de riña y sonrieron todos.

—Está bien, Laia —murmuró sonriendo Andrew—, pero si un día no te apetece lo dices y la hacemos algunos de nosotros, no estás obligada.

—Vale.

Me terminé el café y el cigarrillo y me puse a fregar, eso sí, los chicos llevaron sus cosas al fregadero y limpiaron la mesa.

Los chicos se fueron y Andrew, se quedó a mi lado apoyado en la encimera mirando hacia mí.

—La comida estaba deliciosa —murmuró, mientras clavaba la vista en mí.

—Iba a hacerla marroquí, pero me reí y dije que, ni mijita.

—Hiciste bien, de todas maneras, un poco de comida española nos vendrá muy bien —sonrió.

—Pues por eso —apreté los dientes.

—Laia... —murmuró en tono ya más serio.

—¿Pasa algo?

—No, tranquila —sonrió —, pero quería decirte que, aunque creo que intuyes que hasta que no acabe la operación no podrás salir ni a por pan. Me da miedo que vuelvas a sentirte presa.

—¿Presa? —me reí negando mientras me secaba las manos —Aquí, con esta ropa, tabaco, café y si encima puedo usar la tele... me siento como en un parque de atracciones —nos reímos.

—Ven, acompáñame —agarró mi mano.

Me llevó al salón y abrió un cajón de dónde sacó la caja de un móvil.

—Es para ti —lo puso en mis manos.

—Andrew... —dije temblorosa.

—Ya tiene incorporada una tarjeta, te grabé mi número y cuatro más que son de los chicos, por si por cualquier cosa no me localizaras en algún momento los llames a ellos.

—Vale, esperemos que no —puse cara de resignación.

—Tienes Internet y te descargué Instagram y Facebook con una identidad falsa y una foto de libre uso, solo te pido que por ahora por nada del mundo hables con nadie y menos aún que sepan que eres tú. Para mirar y distraerte o jugar está genial, así como para ver pelis, series, descargar algún libro...

—No sé qué decir —miraba el dispositivo y era tan bonito, además en color rosa pastel metalizado.

—No lo digas, dame un beso, por ejemplo —hizo un gesto de interesante y lo besé, es más, me lo comí a besos.

—Gracias, Andrew.

—Gracias a ti por estar a mi lado, sé que ahora lo estás de corazón.

—Sí —murmuré sonriendo y afirmando con la cabeza.

Me quedé toda la tarde en el sofá en Instagram mirando las redes y viendo todo el muro de mi amiga Alicia, que lo tenía todo en abierto, me topé con algo que no esperaba y es que en mi cumpleaños dos meses atrás, colgó una foto mía con ella y con un texto que me puso la piel de gallina.

“He cruzado dos veces la frontera para buscarte y pedir explicaciones, sé que algún día nos volveremos a encontrar y abrazar, hasta entonces, no dejaré de buscarte. Dos años sin saber de ti es mucho tiempo. Tienes a tu sobrina Laia esperándote, le puse el nombre por ti”

¿Había venido a buscarme? ¿Sería de esas veces que me sacó de la casa y me tuvo en la de su madre? Se me saltaron las lágrimas, estaba segura de que cuando ella subía al barco y sellaba el pasaporte avisaban a Kazim, completamente segura, además una vez me dijo que nadie entraba a su país sin el saberlo, se refería a los míos, obviamente.

Comencé a llorar de pena leyendo ese texto y sabiendo que mi mejor amiga le había puesto a su hija mi nombre, aquello me hizo llorar como una niña pequeña.

—¿Qué te pasa? —preguntó Andrew, que ya venía de vuelta un par de horas después de haber estado trabajando con los chicos.

Le enseñe la foto y el texto de Alicia, se le cambió la cara a tristeza.

—La verás muy pronto, te lo prometo —se agachó y acarició mi mejilla.

—Ojalá —dije sin poder evitar esas lágrimas que seguían cayéndome.

Me levanté y nos abrazamos un rato, me encantaba sentirme entre esos brazos que calmaban un poco todas mis inquietudes.

Poco después nos fuimos a la cocina y comencé a freír los filetes que había empanado por la mañana y también preparé una ensalada. Uno de los chicos vino a por la cena y Andrew y yo, cenamos en el salón mientras charlábamos.

Capítulo 11



Andrew no me dejó recoger la cena ni fregar, lo hizo él, yo limpié la mesa mientras charlábamos.

—Y ahora dime ¿Quieres dormir sola o conmigo? —murmuró, abrazándome por detrás.

—Contigo, por favor —me reí sonrojándome.

—Puedes ir tranquila a la otra habitación a cambiarte, te espero —dijo mientras íbamos hacia ellas.

—Vale —me dio un beso antes de entrar.

Sonreí al traspasar la puerta, me hacía mucha ilusión pasar la noche con ese hombre que me estaba devolviendo a una vida normal, esa que me daba mucho miedo pensar que algo se estropearía y volvería junto a aquel bicho que era Kazim.

Me puse ese pijama que parecía un chándal, pero era fino, en tono rosa pastel y con la palabra en medio del pecho en brillante “Sueña”.

Salí y me dirigí a la habitación donde estaba Andrew, en el baño lavándose los dientes.

Me abracé a su cintura por detrás y lo vi por el espejo sonriéndome.

—Estás preciosa.

—Me miras con mucho cariño.

—Te miro como me dicta el corazón —lavó el cepillo y lo colocó en su sitio.

Se giró, agarró mi cara con sus manos y me dio tres besos, tres preciosos besos...

¿Qué sentía en esos momentos? Pues algo tan sencillo como paz, ganas de ganarle a la vida con muchos de esos besos fuera del terror, ganas de abrazarlo y quedarme en él por toda una eternidad, no necesitaba más para ser feliz.

Fuimos a la cama y destapó mi lado para que entrase, sonreí nerviosa, era la primera vez que dormía con un hombre, así de claro, el otro era un animal, un ogro...

Andrew se metió al otro lado de la cama y se pegó a mí, abrazándome y echándome sobre su pecho.

—Estas temblando —murmuró acariciando mi pecho.

—Estoy un poco nerviosa —apreté los dientes.

—¿Y eso?

—No sé, es la primera vez que me meto en una cama con alguien que no es ese monstruo.

—Hay una gran diferencia y es que yo te cuidaré —colocó mi flequillo detrás de la oreja y me dio un beso.

—Y hay otra diferencia —lo miré sonrojada—. Es que tú me miras como nadie lo hizo jamás.

—De la misma manera que veo que tú me miras a mí.

—Ya, pero tú has conseguido que mi pelota esté en tu tejado.

—Lo único que pretendo es que esa pelota se vuelva un globo de felicidad, quiero verte

sonreír cada día y que jamás nadie vuelva a tener el poder de manejar tu vida.

—Pues no me importaría que la manejaras tú —sonreí, ahuecándome en su pecho.

—Te podría aconsejar, pero jamás manejar, no sería capaz, al igual que una vez que salgamos de aquí quiero que vivas y que decidas, a veces pienso que ahora mismo esos besos se deben a que me ves como...

—No sigas por ahí, Andrew, me estoy enamorando... —se me saltaron las lágrimas, no quería decirlo, pero ya lo había soltado.

—¿Y cómo sabes que es amor?

—Porque odié a los hombres y a ti, a ti te deseo con todas mis fuerzas.

Buscó mis labios esos que besó con calma, deseo y con mucho amor, al menos así yo lo sentía y no podía ser que fuera a dar dos veces con la misma piedra. Andrew era diferente y erizaba cada poro de mi piel.

—Sigues temblando... —sonrió acariciando mi espalda.

—Me impones mucho —reí apoyando la cabeza sobre su pecho.

—Pero si estoy quieto y no haga nada —carraspeó y vi que aguantaba una sonrisilla.

—Mejor, no quiero que me dé un infarto —seguí riendo.

—¿Y por qué te iba a dar uno?

—No sé, pero es que te veo como...

—A ver, dime.

—Como si fueras algo muy grande —reía y no era capaz de explicarle que para mí en estos momentos se había convertido en mi mundo, en mi todo.

—Define grande.

—Me impresionó la primera vez que te vi, era ver como a alguien de las pelis, tan guapo, rubio, ojos claros, cuerpo atlético... Te quedaban muy bien los vaqueros, no sé me impactó mucho y luego fuiste poco a poco, convirtiéndote en mi primer pensamiento cuando me levantaba y el último antes de caer dormida.

—Pero puedes estar equivocándote y ser ese clavo al que aferrarte.

—No, de todas formas, aunque nunca esté contigo de una forma sentimental, sé que vas a ser el hombre que siempre tendré en mi corazón y mente —murmuré acariciando su pecho por encima de la camiseta.

—¿Te ves en una vida junto a mí?

—Me veo en una vida y, en diez si volviera a nacer —reí de forma nerviosa.

—¿Y si de repente llegas conmigo a Escocia, te ves libre y conoces a alguien que...?

—Andrew, me pediste que confiara en ti muchas veces.

—Sí.

—Confía en lo que te digo, sé que ahora mismo me quedaría pegada así a ti para el resto de mi vida y no me haría falta salir a la calle. Es la diferencia, antes me moría por ser libre y ahora por estar contigo apartados del mundo para siempre.

—Me encantas —besó mi frente—. A veces te veo demasiado frágil y me da miedo asustarte, aunque no lo creas veo la juventud en tu mirada a pesar de que vivías como una persona mayor. No sé si sabré estar a la altura de lo que necesitarás a partir de ahora, pero me gustaría ser eso en lo que sigas pensando cada día.

—Andrew, eres lo más bonito que me pasó en la vida, mi mano estará atada a la tuya hasta que desees soltarla.

—¿Crees que lo querré hacer?

—No lo sé, pero ojalá que no —me reí y de los nervios casi que me eché encima de él, que se rio y me agarró por la cintura dejándome entre sus piernas.

—Sigue confiando en mí, cuando digo o hago algo, es porque estoy totalmente seguro.

—¿Vas a cargar conmigo entonces? —pregunté y le di un beso en los labios.

—Hasta que te saque de aquí y una vez que lleguemos a las Tierras Altas, estaré siempre que me dejes.

—Me tienes que dejar tú, yo soy la ocupa —apreté los dientes.

Sonrió y me comenzó a besar mucho más profundamente, yo que había quedado entre sus piernas encima de él, no me quería ni mover no fuera a ser que hiciera cualquier movimiento que pensara que estaba buscando algo más que esos besos, que bueno, con él me tiraba a la piscina de cabeza, aunque ahora mismo eso me daba mucho pudor, además me daba miedo a recordad esos momentos en los que Kazim, usaba mi cuerpo de esa forma salvaje.

Sentí como metía la mano por debajo del pijama y me abrazaba con el contacto de mi piel, yo parecía ese gato de escayola que no quería ni respirar, era demasiado lo que me imponía ese hombre, lo que estaba claro es que lo deseaba con todas mis fuerzas.

Me giró y me puso de lado y se quedó frente a mí pegado, eso sí, su mano no la quitaba de mi espalda, yo solo pensaba que como me quitara una sola prenda me desmayaba, y es que me daba una vergüenza tremenda.

—No me la quites, por favor, me puede dar algo —murmuré roja como un tomate cuando vi su mano subir más arriba.

—¿No te la quito porque te da vergüenza o porque no te apetece? —sonrió bajando un poco la mano.

—Claro que me apetece todo contigo, pero no estoy preparada —solté otra carcajada de esas que me salían cuando estaba nerviosa.

—Explica eso de que no estás preparada —aguantó la media sonrisa y me miró levantando una ceja.

—Es muy difícil de explicar... —no dejaba de reír.

—Tengo paciencia y estoy seguro de que lo llegaré a entender, es lo único que pretendo, entenderte, de todas formas y para tu tranquilidad, no pensaba desnudarte, soy consciente de que necesitas curar muchas heridas.

—Pues no es por eso, creo que una herida se puede curar con un bonito vendaje, pero es que me da mucho miedo no ser lo que esperas y a no saber reaccionar a nada, es como si sintiera que iba a ser torpe y parecer una niña ante esa situación —me puse las manos en la cara mientras reía.

—No te espero a lo Marilyn Monroe, desatada o llevando la situación, no te veo así, te imagino tal como te has descrito, no torpe, pero sí muy nerviosa y bloqueada —acariciaba mi pelo.

—Andrew, cuando tenga que pasar me avisas un mes antes, por favor —bromeé sacando esa Laia que fui antes de venirme a Marruecos.

—¿Un mes? —volteó los ojos y soltó una risilla.

—Bueno, al menos tres días antes —volví a reír.

—Pasará cuando tenga que pasar y cuando sea el momento, ese que hará que nos dejemos llevar y ya.

—Hoy no era capaz ni de mirar en el móvil cosas que antes veía, me impactaba todo y tuve que ir lentamente, solo me centré en el perfil de Instagram de Alicia.

—Te va a pasar con todo.

—Me daba cosa hasta encender la tele y no fui capaz de hacerlo.

—Todo eso lo llevo pensando un par de días. Imaginaba cuando volvieras a tener un móvil en tus manos, la libertad de no tener que cubrirte, el poder pasear sin miedo, sé que todo para ti será impactante, pero es lo que te pertenece, es lo que te arrebataron, es lo que ahora, poco a poco superarás e irás viendo con la normalidad que todo tiene.

—Cuando vaya a Escocia me gustaría trabajar inmediatamente, necesito sentirme útil y quizás, aunque sigamos juntos querrás seguir viviendo solo y a mi no me importará alquilarme un apartamento para que no te sientas...

—Enana —murmuró dándome un beso en la nariz—. Eres todo aquello que quiero tener en casa cuando llegue de trabajar.

—¿Y si yo estoy trabajando?

—Pues te espero, pero sabré que llegarás —esta vez me besó los labios.

—¿Sabes que él no me firmará el divorcio y aquí sin su consentimiento no me podré separar?

—Lo sé, pero lo que no sabes es que si tienes un domicilio habitual en el extranjero, puedes pedir el divorcio a través de ese país y te lo dan. Solo estarás casada para el gobierno de Marruecos. De todas formas, tranquila, ese no va a dudar en firmarlo, porque entonces sabrá que no serás divorciada, pero sí viuda —me mordisqueó el labio.

—¿Crees que te tendría miedo?

—En circunstancias normales, no, pero en las que me las veré con él, te garantizo que sí.

—No entiendo nada.

—Un día cuando todo esto pase y nos vayamos a Escocia, te contaré toda esta operación y que me llevó hasta aquí.

—Vale.

—Y por hoy —apagó la luz —es suficiente —me besó en los labios y me echó sobre su hombro—. Mañana tenemos reunión por Internet con el equipo de Escocia, a las siete de la mañana y quiero estar despejado.

—Despiértame media hora antes y os preparo el desayuno.

—No, te quedas durmiendo que solo tenemos que meter la capsula, una cosa es que quieras cocinar y otra que seas nuestra sirvienta.

—No me importa para nada.

—Lo sé, pero no, descansa hasta que el cuerpo te pida.

—Ya veré.

—¿Me estás retando?

—Sí —reí y me hizo un cosquilleo en las costillas.

Capítulo 12



Cuando desperté y miré el móvil eran las doce de la mañana ¡Me moría! Hasta ansiedad me entró, no recordaba más que cuando salía en España de noche con mis amigas el despertarme a esas horas ¡Qué vergüenza!

Me lavé la cara, me vestí y salí hacia la cocina. Miré por la ventana y los vi charlando en aquel apartamento con forma de garaje.

Me preparé un café y miré el móvil, tenía un mensaje y me sobresalté, luego me di cuenta de que era de Andrew, entonces me salió una sonrisa al leerlo.

Andrew: Muy buena hora para despertarte, señal de que estás en el lugar correcto y te sientes cómoda. Me encantas.

Miré al apartamento y lo vi mirando hacia la cocina, me sonrojé por completo.

¿Y si le contestaba el mensaje? Jo, pero no quería descentrarlo y lo mismo se podía molestar y enfadarse.

Fue pensar eso y seguidamente reiniciarme y pensar que él no era Kazim y que no se iba a enfadar, así que preferí hacerlo a quedarme con la sensación de miedo.

Laia: Me da hasta vergüenza, mañana pongo el despertador en el móvil. Tengo ganas de darte un abrazo.

Sonreí al enviarlo y es que me sonrojaba con solo decírselo.

Recibí otro mensaje de él.

Andrew: Si pones la alarma, pierdes el móvil.

Me reí, parecía enfadado, pero esa era mi sensación por lo vivido, estaba segura de que lo había dicho bromeando.

Laia: Pues sí que me iba a durar poco la alegría. Me pongo a preparar la comida. Luego nos vemos.

Andrew: Mira el horno y luego relájate.

Miré el horno y ya sabía yo que un olor a limón me había venido, pero es que Andrew había metido dos pollos en el horno y lo había hecho al limón, hasta sudores me entraron, joder, había venido a preparar la comida y que yo no la hiciera.

Laia: Esto no me hizo gracia, pero reconozco que tiene una pinta que llama a gritos. Gracias, pero no era necesario.

Andrew: No lo hice para que te sacara una carcajada, fue porque me apeteció. Tengo ganas de pellizcarte la mejilla.

Me lo comía ¿Cómo podía ser tan bonito?

Barrí toda la casa después del café y el cigarrito, ese que me supo a gloria, era el cigarro de la libertad, ese que no me lo fumaba porque ese día me lo hubieran autorizado o porque yo lo hubiera hecho a escondidas, no, era ese que sabía a decisión, porque yo quería, porque me

apetecía...

Preparé la mesa para todos, le puse un mensaje a Andrew para decírselo y me dijo que en diez minutos estarían aquí.

Apareció el primero que me dio un beso y un abrazo con mucho cariño.

—¿Todo bien? —pregunté antes de que llegaran los otros.

—Todo bien —acarició mi mejilla mientras sonreía—. Ya me quedo contigo, ya solo estamos a la espera de noticias, hasta entonces soy todo tuyo.

—Me encanta —solté una risilla.

Llegaron los chicos y me sonrojé cuando me entregaron un regalo de parte de todos.

—No teníais que regalarme nada.

—Lo teníamos aquí, es de un amigo nuestro, pero creo que a ti te hará más feliz —dijo uno de los escoceses.

Lo abrí y me quedé sorprendida al descubrir tres libros de un autor llamado Hugo Sanz.

—Es amigo de nosotros y es un escritor español, un día te contaré su historia —murmuró Andrew.

—¿Son historias románticas? —pregunté viendo aquellas preciosas portadas tan llamativas.

—Bueno y a veces con un poco de erotismo —carraspeó Andrew y me sonrojé.

—Pero los leo y os lo devuelvo.

—No, por favor, son todo tuyos y si te gustan te conseguimos más.

Ninguno podría imaginar la felicidad que sentí al tener esos libros en mis manos, me los iba a leer de sopetón y es que antes de todo esto yo era una lectora incansable.

Comimos mientras me contaban que Hugo Sanz pertenecía a un conjunto de autores que tenían un grupo de lectoras en Facebook llamado “Las chicas de la tribu” y que allí se lo pasaban pipa.

—Luego le digo que te añada con el perfil que tienes de Facebook —me murmuró—. Estarás muy entretenida leyendo los posts.

—Sí —sonreí emocionada y es que hacer cosas nuevas y sentirme en libertad en ese aspecto era como un regalo de la vida.

Comimos y los chicos se fueron para el garaje, así le llamaba yo a aquel sitio que se veía confortable, pero daba la impresión de ello.

—Qué te parece si vemos una peli...

—¡Sí! —aplaudí emocionada, me moría por ver una.

—Pues miramos las novedades y decides cual quieres que veamos.

—Bueno, lo decidimos entre los dos —reí agarrándome a su brazo y besándoselo.

Nos fuimos al sofá y lo puso todo oscuro, cerró ventanas y puertas, la chimenea estaba encendida y el ambiente perfecto para adentrarse en lo que eligiéramos para ver.

Abrió el sofá y se sentó recostado en el respaldo y me colocó entre sus piernas, me encantó ese gesto de querer que estuviera apoyada sobre él viendo la peli.

Y al final vi una que dije que tenía que ser esa “Una proposición indecente” ...

Se pasó toda la peli haciendo carraspeos y yo muerta de risa, eso sí no dejaba de besar mi cuello y rodearme con sus manos, fue una hora y pico de lo más bonita.

—Imagínate que te ves en esa situación...

—Andrew, ¿me estás preguntando si lo haría?

—Efectivamente ¿Te acostarías con alguien por un millón de dólares?

—Según la situación, lo primero, si estoy feliz con mi marido y es bueno, prefiero un

bocadillo de manteca a irme con alguien otra noche sin amor por muy guapo que fuese. Pero si es casada con Kazim, me voy con un Robert Redford de esa época hasta gratis —me reí—, aunque me habría matado al regresar y se hubiera quedado el dinero.

—¿Y si es conmigo con quién estás casada?

—No, ahora no, no tengo ni una sola razón para esas tonterías —lo miré poniéndome de lado entre sus piernas—. No cambio ni un minuto de aquí a tu lado por todo el oro del mundo, es más, me daría igual morir aquí en Marruecos viviendo en esta casa contigo y sin salir de ella.

—Me alegra que te sientas bien.

—Tengo mis miedos, pero bueno...

—Miedo antes que vivías a su lado, ahora no tienes que temer nada, saldremos en cuanto todo esto acabe y este país y lo que pasaste en él, será parte del pasado.

—Ese capullo es capaz de aparecer en cualquier momento.

—Que lo haga, tendrá mucha gente encima, no estamos solo los que ves y no está atrapado ya porque queremos hacerlo en el momento justo, ese con el que va a acarrear una condena en condiciones.

—Una pregunta...

—Dime, bonita.

—¿Y a la madre no la podéis llevar a una cámara de gas? —solté una carcajada y él otra.

—No, no, pero le podemos mandar un video desde Escocia cuando el hijo esté capturado y que te desahogues bien —murmuró a carcajadas.

—¿Te imaginas? Es que saldría con el pelo más corto aún, los labios en rojo y los ojos muy pintados, sonriendo, con un cigarro en una mano y en la otra una copa de alcohol, además estaría en una silla con una minifalda que pareciera un cinturón y abriría las piernas para cerrarlas en el otro sentido y que se viera que no llevaba braga —me reí mientras él lloraba de la risa al escucharme—. Miraría fijamente a cámara y diría: ¿Cómo se siente usted señora? ¿No se toma una copa? Volvería a abrir las piernas y cruzarlas para que me viera bien ¿Le está mandando tabaco a su hijo a la cárcel? Señora ¿Usted sabe lo que es un buen polvo? Porque déjeme decirle que vaya mierda de espermatozoide fue el que se usó para Kazim. Señora, ¿sabe usted que las mujeres tenemos clítoris? Y que cuando no se vive como usted hasta a veces lo usamos con nuestros propios dedos, menos yo, que me daba tanto asco este país y esa casa, que ni yo sola me venía arriba, creo que es lo que a usted le debe pasar con esa cara agria que tienes ¿Lo sabía? Tenga un orgasmo y verá lo engañadita que la tuvieron. Por cierto, señora, métase a su hijo por donde le quepa, los he visto con más cojones y más hombres. Luego le haría un guiño y antes de colgar le haría una peineta con el dedo.

—Lo he estado viendo mientras lo decías, pero oye, a mí también me podrías enviar un video —me hizo cosquillas y besó mi cuello.

—¿Tú también me quieres ver sin braga? —reía entre sus brazos.

—No, por favor —lo dijo en tono irónico, causándome más carcajada.

—Qué pena de mí, ni el bueno me quiere ver —bromeé.

—Hombre, que, porque no te sintieras triste, hasta lo vería —hizo un carraspeo y le di un puñetazo en el brazo.

—Ahora en el otro —puso el otro hombro —y así me lo nivelas. No veas la fuerza que te gastas —reía.

—Que exagerado eres, con lo duro que estás.

—Creo que eres una persona de lo más divertida, ¿me equivoco?

—Para nada, yo estaba como una cabra, solo me faltaba que me encerraran, siempre estaba bromeando y era muy irónica, pero las circunstancias hicieron que dejara de ser yo de golpe, pero volveré, amenazo que me vas a querer poner una cinta en la boca para que cierre el pico.

—No creo, seguro que me reiré mucho.

—Mi padre se reía mucho conmigo, menos cuando estaba mi madre que se enfadaba con las cosas que yo soltaba y lo veía a él disimular y a punto de reventar a reír ¡Anda que no se tuvo que salir veces de la cocina y el salón por no poder aguantar más!

—Me lo imagino.

—Bueno ahora vamos a tomarnos un café y unas tostadas con mantequilla y mermelada — dije levantándome y es que tenía un hambre...

—Si quieres voy a por pasteles.

—No, no, usted de aquí no sale más que por trabajo —me reí y me dio una palmada en el culo.

—¿Me has tocado el culo? Le recuerdo que estoy casada.

—Por eso mismo —me hizo un guiño.

—Estoy siendo felizmente infiel —reí, encendiendo el botón de la cafetera.

—Me encanta ser el motivo de la infidelidad —me abrazó por detrás.

—¿Por qué no eras tú el que estabas en España el día que conocí al desgraciado ese? — pregunté mientras sentía sus labios en mi cuello.

—No era el momento, no lo era... —su tono sonó a cortante y triste, no quise ni preguntar que le pasaba, pero algo me decía que dos años atrás y en ese momento, pasaba algo en su vida.

Me quedé un poco rara, ya había habido varios momentos en los que en su forma de atajar la conversación o de contestar a algo, había sido un poco tajante y serio, era como si hubiera algo que a él no le gustaba recordar o hablar.

Merendamos charlando sobre Escocia, le cambié el tema para que no pensara en ese momento, no quería hacerlo sentir mal por nada del mundo, se veía muy buen hombre y seguro que estaba sufriendo por algo, algo que quizás un día me contaría, pero ahora quería que se sintiera bien y que todo lo hiciera a su ritmo.

Me puse a cocinar la cena con él, puso de fondo música en su móvil, bueno, realmente le dije que me pusiera algunos temas que estaba loca por escuchar y eso hizo, fue un momento muy bonito después de mucho tiempo, hasta canté a garganta abierta.

Sonó la canción de Flor Pálida de Marc Anthony, me encantó volverla a escuchar y a él parecía que la letra le llamó la atención.

—Es muy bonita —volvió a ponerla y me salió una sonrisa.

Entonces me giró y comenzó a bailar conmigo ¿Cómo era posible que un escocés se moviera de esa forma y encima me supiera llevar?

Me sonrojé, pero me encantaba sentir ese momento tan bonito y divertido, sus gestos eran lo más, me hacía sentir la prota de una de esas novelas que leía antes de venir a Marruecos.

—Bailas muy bien.

—Confieso que estuve en clase de bailes latinos hace unos años.

—¿En escocia?

—Claro, no iba a ir a Latinoamérica a dar las clases —mordisqueó mi labio.

—No veo eso yo de los escoceses en clases latinas —murmuré riendo.

—Ya descubrirás muchas cosas.

Preparamos la mesa y le dijimos a los chicos que vinieran a cenar con nosotros, no se la

llevamos al apartamento.

La verdad es que eran todos muy simpáticos y se echaba un rato muy divertido y ameno, me sentía rara ser la única mujer, eso con Kazim hubiera sido imposible, me hubiera mandado a cenar sola.

Los chicos, sin que me diera tiempo a reaccionar me rodearon y recogieron la mesa, uno de los marroquíes se puso a fregar y tras dejarlo todo listo sí que me hubieran dado opción a replica, se marcharon dejándonos solos a Andrew y a mí.

—No me gusta lo que pasó —le dije cuando íbamos para la habitación.

—No eres criada de nadie y antes de ti, nos cocinábamos y recogíamos todo —me acarició la cabeza.

—Pero yo estoy aquí de prestada —murmuré con tristeza.

—No vuelvas a decir eso —se paró en seco y me miró fijamente—. Nadie está aquí de prestado, yo lo estoy por trabajo y tú lo estás porque desde que te vi, supe que eras todo aquello que necesitaba proteger.

—¿Solo lo haces por protegerme?

—Sabes que no —se lanzó a mis labios en medio de aquel pasillo y me cogió en brazos. Rodeé mis piernas en su cintura, eso jamás lo había hecho con el energúmeno de Kazim, pero con Andrew me sentía viva, diferente.

Con esos besos y encima de él, nos fuimos hasta la habitación, donde se sentó al borde de la cama conmigo encima.

—Andrew...

—Dime, preciosa.

—Tengo miedo —se me saltaron las lágrimas.

—Lo sé, pero estoy haciendo todo lo posible para que te des cuenta de que estoy aquí dispuesto a protegerte en todo momento y que te voy a sacar de este país, pase lo que pase —me acarició la barbilla y me abrazó.

—Kazim no va a permitir esto ni estando preso.

—Él no tiene ni idea de quienes le siguen los talones y de donde vivo, no te preocupes por eso, de todas maneras, aquí podrá mover lo que quiera, en Escocia te garantizo que no.

—¿Y si te pasa algo por mi culpa?

—Si me pasara algo no será por tu culpa, será por el riesgo que conlleva mi trabajo, pero tranquila, te prometo que no pasará nada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque ahora que te tengo a ti, no voy a permitir que nadie lo estropee.

—Yo no quiero perderte, me da igual estar encerrada toda la vida y no salir, pero quiero estar contigo.

—No vas a estar encerrada, nadie tiene derecho a robar tu libertad, solo es cuestión de tiempo.

—Pero soy feliz, me siento segura entre estas cuatro paredes y estando contigo.

—Ahí afuera sale el sol cada día y está esperándote.

—Bueno, ahí afuera está Marruecos y son las tierras de Kazim —carraspeé.

—Ahí afuera me refiero en Escocia —sonrió y me besó.

Y así era, capaz de calmar todas mis tormentas, capaz de hacerme sentir que la vida comenzaba en el momento que sus brazos rodeaban mi cuerpo.

—Bueno, voy a ponerme el pijama —dije levantándome, sonriendo.

—Claro —me dio dos besos seguidos en los labios.

Y eso hice, ir a cambiarme, pero imaginando el día que fuese capaz de hacerlo delante de ese hombre que se había convertido en mi todo.

Capítulo 13



Me desperté con el corazón en un puño, miré hacia el lado y no estaba Andrew, tenía una corazonada de esas que te dicen que algo va mal.

Salí hacia fuera y entré a la cocina, de ahí miré al garaje y vi a dos de los chicos hablando por teléfono y otros dos en el ordenador, Andrew pendiente a todos, pero algo me decía que estaban estresados.

Preparé una ronda de café y té, aparecí por allí para llevárselos.

—Los hemos perdido, no se sabe dónde están —murmuró Andrew muy agobiado.

—Madre mía —se me dibujó el miedo en la cara.

—Tranquila —murmuró cuando de repente por encima del muro aparecieron como una decena de hombres apuntando con metralletas.

—Laia séparate de ellos —dijo saltando Kazim por el muro con los demás que no dejaban de apuntar.

—¡Bajad las armas! —gritó Andrew, poniéndose delante de mí.

—Si hablas le meto un tiro en la cabeza a mi mujer —murmuró Kazim, acercándose con el arma muy cabreado—. Te pensabas que te ibas a vengar de mí llevándote a ella por el simple hecho de que perdiste a tu mujer y me culpas a mí. Te pensabas que no iba a saber quién eras y, no me estabas vigilando tú, te estábamos pisando los talones nosotros. No tuve la culpa de que tu mujer e hija murieran en aquel tiroteo, si te piensas que te ibas a vengar arrebatándome a la mía, estas equivocado —le gritó al oído y me cogió por el brazo apartándome de él—. Lo tuyo es venganza es lo único que quieres, arrebatarme a mí, lo que tú perdiste un día —le gritó cara a cara.

¿Perdió a su mujer e hija? ¿Era venganza lo de sacarme de al lado de él? Creí que me desmayaba en ese momento.

Dos hombres me cogieron y me metieron en un coche mientras los demás apuntaban a los cinco, sabía que ahora sí que había comenzado mi infierno.

Kazim entró en el asiento de atrás enfurecido y los demás coches comenzaron a escoltarle. ¿Cómo se habían enterado de donde estábamos si se suponía que ellos estaban en Holanda?

—Vas a saber lo que es vivir bajo una doctrina —me dijo muy enfadado y con una cara de odio que no podía con ella.

—Quiero saber eso que has dicho de su mujer e hija —murmuré entre lágrimas.

—Eres tan tonta que te lo has creído, él vino a por ti, no a por mí, estaba esperando a sacarte del país ¿Te crees que le interesas a ese hombre? Juró vengar la muerte de su mujer y su hija, te cogió de arma contra mí, lo que no sabía es que yo sí se proteger lo que es mío —me soltó una bofetada que di contra el cristal de la puerta.

Me toqué el labio que estaba sangrando, no me dolió el golpe, me mató el saber que Andrew

me había engañado, pero yo necesitaba otra bofetada si iba a obtener otra respuesta.

—¿Has estado en Holanda?

—No —se rio—, no he salido del país, te engañé para que se lo dijeras a él y seguramente se hizo el chulo diciendo que allí nos tenían vigilados —así fue como ahora sabía que sí, que me había mentido Andrew para dárselas de lo que no era—. Has sido su puta, su venganza.

—No me he acostado con él —murmuré entre lágrimas y me dio otra bofetada.

—Pero has dormido y te has besado, lo he visto todo, si él te dio una escucha en el pendiente, yo fui más listo y has llevado algo que no sabías que te iba a tener localizada en todo momento. Reza, te hará falta. Pareces una puta, solo hay que verte —me miró de arriba abajo—. Y para que despiertes de ese mundo en el que vives, mira esta pantalla —se vio una foto de Andrew en Tetuán con una pelirroja de la mano—. Esta es su prometida, que pena me das —me escupió en la cara.

Me limpié con la manga de la sudadera, esa que sabía que le daba mucho asco a Kazim, esa que pensé que era el comienzo de mi libertad, pero nada que ver con la realidad.

Saber lo que me esperaba a partir de ahora era algo que no podía ni estaba preparada para afrontar, mi única vía sería quitarme la vida y es que no quería seguir viviendo de esa manera tan salvaje.

Llegamos a Fez después de unas horas de viaje, directos a una casa en medio de la medina, era como un patio con tres puertas diferentes para tres casas, en las otras dos se metieron los demás y nosotros solos en esta.

—Desnúdate y lávate bien en la ducha, no quiero que huelas a animales.

Aquello me erizó la piel, temía todo lo que iba a pasar a partir de este momento y es que no tenía fuerzas para nada, lo de Andrew me acababa de reventar en mil pedazos. Yo había creído en él y resultaba ser un objetivo de venganza, ahora entendía que no hubiera intentado acostarse conmigo.

Me metí en la ducha llorando y cuando salí apareció él, me quitó la toalla y me puso mirando al espejo, me folló con cara de asco para que lo viera, agarrándome por el pelo para hacerme más daño.

Cuando terminó me dio un azote en el culo con todas sus fuerzas, salió del baño y miré mi nalga en el espejo, me había dejado su mano señalada, me había dejado como él quería, marcada.

Me puse la ropa que me había dejado, un pijama negro y una chilaba del mismo color, así como el velo.

Me vestí y al verme en el espejo me di cuenta de que tenía que resignarme a vivir como una esclava o irme de este mundo lo antes posible y eso era lo que se me pasaba por la mente.

Escuché llamarme de un grito y aparecí por la cocina, en ese momento vi que sobre un pilar que había a un lado había atada una gran cadena, me hizo ir hasta él y la cerró sobre mi tobillo.

—Te da para moverte aquí y en el salón, ahora valorarás la libertad con la que te traté todo este tiempo.

Libertad... aquella palabra que él, en el concepto de la mujer no conocía...

Se marchó y cerró de un golpe la puerta de entrada, imaginé que fue con los otros, además los escuchaba hablar en el patinillo de entrada, no sabía que decían, pero los escuchaba. Yo hablaba árabe, pero muy poco.

Me puse a cocinar entre lágrimas, allí no tenía ni una triste ventana a la calle, estaba encarcelada entre esos muros que serían testigos del infierno que estaba de nuevo comenzando a vivir.

Lloré por la decepción que me había llevado con Andrew, lo había creído y me había enamorado de ese hombre que no era como decía ser, solo buscaba venganza y me tomó a mí para ello.

La comida se la llevaron para fuera, a mí me dejó sola como siempre, eso sí, cada vez que entraba era para insultarme o darme un golpe, no sé cuántos recibí ese día, solo sé que dormí en el sofá dolorida física y psicológicamente.

Capítulo 14



Me dolía hasta el tobillo de estar atada con ese peso, odiaba que amaneciera ese nuevo día y no seguir en el sueño de la noche, aunque me había desvelado en innumerables ocasiones.

Me levanté y aseo en el baño que había a un lado de la cocina, luego me puse a preparar el desayuno y Kazim no tardó en aparecer.

—Salgo unos días a las montañas, aquí se quedarán cuatro hombres y Samira que la traen de camino. Quedarás atada y créeme, cuando regrese como me entere de que has hecho el más mínimo comentario o no has actuado como una mujer entregada a su marido, vas a desear que te mate de todo lo que te pienso hacer sufrir.

—Kazim —murmuré con mucho dolor—. Tranquilo, no volveré a fallarte.

—Y tan tranquilo que estoy —se rio con odio—. Atrévete a volverlo a hacer y haré que te follen todos y cada uno de mis hombres y luego te torturaré cada día de tu vida —dijo acercándose a mi cara y apretando los dientes, luego se separó dándome un golpe en la cabeza.

Caí a un lado de la encimera haciéndome daño en el costado, me dolía cada parte de mi cuerpo y estaba que creía que iba a desfallecer de dolor.

Se llevó el desayuno para él y los chicos, luego regresó y me dijo que se marchaba.

Asentí con la cabeza agachada que era lo que quería en señal de sumisión y respeto, sabía que tenía que comenzar a actuar así si quería evitar algunos de los tantos golpes que me quedaban por recibir a lo largo de mi vida.

Un rato después apareció Samira que me abrazó, con ella tenía una especie de amor odio que no sabría ni cómo explicar.

—¿Qué hiciste Laia? —decía abrazándome.

—Cagarla una vez más en mi vida —se me saltaron las lágrimas, aunque con ella no podía ser totalmente yo, no terminaba de confiar y sabía que ella ante todo era de los suyos.

—Estás llena de heridas —murmuró mirándome.

—Me las he merecido —contesté para hacerle creer que yo estaba arrepentida de todo.

—Ahora te daré una pastilla verás cómo te dolerá menos.

—Gracias.

—Ese policía de Escocia es un bicho, juró que vengaría la muerte de su esposa e hija, lo único que se creía que no le habían visto la cara, pero su obsesión en este país era llevarte con él para causarle dolor a Kazim. Es una historia larga, pero imagino que sabrás que te utilizaron para hacerle daño a él. Era el único propósito, además, tiene su vida junto a una que trabaja en la Embajada en Tetuán.

—Ya lo sé, te repito que la cagué.

—Creo que deberías ganarte a Kazim, demostrarle que eres buena mujer y que lo amas.

—Lo sé —mentí, eso hice durante dos años y no me valió de nada, pero ahora solo quería

darles la razón en todo, eran demasiados golpes los que me había dado y los que me quedaba por recibir, tenía que demostrar como fuera que me había equivocado y que no volvería a pasar.

—Si te enamoraste una vez, puedes hacerlo mil veces —echó mi flequillo hacia atrás.

—Sí, además me salvó del malo —mentí aún más, aunque ahora sabía que Andrew tampoco tenía escrúpulos.

—Si poco a poco le demuestras que puede confiar en ti, seguro que volverá a dejarte salir a por pan y todo irá mucho mejor.

—Tampoco me apetece salir —mentí—. Estaré donde él quiera que esté.

—Me gusta ver que tienes esa actitud.

—Gracias —sonreí por no partirle la cafetera en la cabeza.

Samira se puso a ayudarme con la cocina, eso sí, el trabajo sucio era todo para mí, sus uñas no podían ser estropeadas, las llevaba largas y perfectamente pintadas, a mí jamás se me permitió dejarlas crecer y menos aún darle color.

Estuve atada durante cuatro días en los que dormí en el sofá que era donde llegaba la cadena y me dediqué a preparar comidas para todos los que quedaron en las otras casas, hasta Samira pasó de seguir ayudándome, solo me hablaba de un viaje que iba a hacer con su marido por Francia, yo le hacía creer que me alegraba mucho, pero sinceramente, hasta si se moría me importaba una mierda.

En Marruecos los hombres no eran como Kazim, ni de broma, había muchos que respetaban a sus mujeres y les daban el lugar que le correspondían, pero claro, luego estaban los que eran como mi marido, pocos, pero a mí me había tocado, esa era mi gran pena, con lo lista que siempre fui y como me la dieron con queso.

Kazim entró por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya se fue tu amante para su país, con él también sus hombres —reía a carcajadas—. Después de lo que le tocó vivir, no volverá por este país por nada del mundo —no entendí eso, pero imaginé que algo gordo había sucedido.

No contesté, si lo hacía me iba a llevar una bofetada y no quería, aún dolían los golpes que me había dado unos días atrás.

Me soltó de aquella cadena y nos fuimos todos de nuevo a Chauen.

Cuando llegamos esa tarde a la que siempre había sido nuestra casa en aquel pueblo azul que tantos turistas visitaban, le pedí hablar con él.

—Dime —soltó en tono chulesco.

—Sé que te he faltado, sé que no he sido la mujer correcta para los ojos de ALÁ ni de ti, mi marido.

—Eres una puta y lo sabes.

—Me comporté como tal y ahora me avergüenzo. Aunque no lo creas, ahora me di cuenta de que me has salvado, que has sido un buen marido y que quiero enmendar todos mis errores, quiero ser esa mujer por la que te sientas orgulloso y quiero que sepas que todo lo que me pidas lo haré con todo el respeto del mundo.

—No te queda otra, a mí no me engañas.

—No pretendo eso, de verdad, poco a poco te demostraré que agradeceré cada día que me dejes estar a tu lado —seguí mintiendo, hablando en todo bajo y mirando hacia el suelo.

—Lo harás, además, podrás salir a por el pan, pero vas a tener muchos ojos vigilando cualquier movimiento y la Policía de aquí ya está entera comprada.

—No la volveré a cagar...

Pensé que me iba a pegar, pero no, se fue de allí y me dejó preparando comida que era a lo que me dedicaba siempre, a servir, era como una criada para él y los suyos. No me ató, imagino que en aquel pueblo él se sentía más seguro.

Esa noche me volvió a follar de una manera desgarradora, yo aguanté como pude, como tantas veces lo hacía, sabía que debía adaptarme a esos momentos tan duros por los que tendría que pasar cada vez que a él le apeteciera.

Capítulo 15



Dos semanas llevaba en Chauen, dos semanas en la que no hubo un día que no me lo hiciera a lo bestia, en la que de vez en cuando me soltara un golpe porque tenía un mal día y en el que yo no me quejara y siempre estuviera ahí para tenerlo todo limpio, en orden y con buenos platos en la mesa.

Esa mañana me dijo de salir conmigo a por el pan y a comprar la comida.

—Claro —le medio sonreí para que viera que me apetecía hacer eso con él.

Lo que no sabía era lo que me esperaba al salir por aquella puerta...

Comencé a temblar a encontrarme de frente con Alicia y su marido, sí mi amiga de España y sabía que cualquier cosa haría peligrar mi vida y la de ellos.

—Laia —dijo poniéndose las manos en la boca y a punto de llorar.

—No deberías de estar aquí —agarré la mano de Kazim en gesto de sumisión y para que él no enloqueciera—. No quiero mezclarme con personas como tú, solo hay que verte vestida, eso no es digno de una mujer bien casada —sus ojos eran de incredulidad.

—Laia...

—No me toques —en ese momento recordé una frase que siempre decíamos cuando delante de nuestros padres queríamos hablar en clave para decir que estaban enfadados o que la cosa no estaba bien, que no metiera la pata—. Tengo que recapacitar —esa era la frase cuando queríamos quedar bien delante de ellos, cuando habíamos hecho algo, en ella nos decíamos que había que disimular—. He vivido muchos años equivocada y este es el lugar para limpiar mi alma. Me debo a mi marido, soy musulmana y no tengo nada que ver con esa vida tan denigrante que lleváis los occidentales. No vuelvas a buscarme, no soy como tú —tiré de mi marido y la dejé en silencio con las lágrimas en los ojos, pero sabía que ella me había entendido.

—Esa malnacida entró por avión, de lo contrario me habrían avisado. Le respondiste muy bien, hoy te regalaré una cajetilla de tabaco —dijo Kazim, echando su mano por mi hombro y apretándolo en muestra de cariño. Muestra que no era más que una misera mentira llena de orden, coacción y todo en lo que él vivía.

Estaba muy nerviosa, pero tenía que disimular, hacerle creer que Alicia me importaba una mierda, eso es lo peor que había hecho en mi vida, cuando lo que quería era tirarme a sus brazos y llorar, pero si hubiese hecho eso, ponía en peligro su vida, la de su marido y la mía.

Sabía que me había entendido y que no debía en ese momento interceder, eso me dejó en un shock tremendo todo el día, sin embargo, a Kazim lo dejó con una sonrisa de oreja a oreja y hasta se venía a fumar los cigarrillos conmigo a la cocina y a decir, que, por primera vez, sabía que yo había entendido el sentido de la lealtad.

Al día siguiente estaba cocinando con la ventana abierta cuando comenzó a sonar desde fuera una canción de Andy y Lucas titulada “Y en tu ventana”

Me asomé y era un chico que no conocía tomando un té en la cafetería que había frente a mi cocina, algo me decía que alguien lo había mandado a sentarse allí y poner ese tema de una mujer maltratada.

La letra me puso un nudo en la garganta, yo la sabía y muchas veces la cantaba.

“Y es que ella no sabe lo que es el amor, solo sabe de golpes y desolación...”

Me puse a llorar con el corazón encogido mientras la canción seguía...

“Y en tu cocina, tan prisionera de tu casa en la cocina...”

Solo rezaba para que Alicia no cometiera ninguna tontería, de todas maneras, parecía que la pusieron cuando sabían que Kazim no se encontraba y la noté como un mensaje de decir que sabían lo que estaba pasando.

Ese día lo pasé con un nudo en la garganta increíble, lo bueno es que Kazim estaba liado al teléfono, entraba y salía de la casa, eso sí, me dejó en todo momento vigilada por sus hombres, eso lo sabía yo, lo bueno es que no hablaban bien el español y si habían escuchado esa música no le habían dado importancia ni imaginado que iba por mí.

A la mañana siguiente salí a por pan y cuando pasé por la plaza comenzó a sonar la canción de Marc Anthony de “Flor pálida”, miré al chico y era el mismo que el día anterior, algo no me cuadraba.

Sin duda, sabía que la del día anterior era cosa de Alicia, pero esta que escuché junto a Andrew y que él volvió a poner porque le gustó la letra según él, como que no me cuadraba, es más, me puse muy nerviosa y llegué a casa lo antes posible.

Por otro lado, esa canción me la inculcó Alicia, pero claro, había sido tan reciente el haberla escuchado con ese hombre que ahora me daba hasta ansiedad, me estaba quedando loca y es que mi mente no daba para más.

Cociné una sopa marroquí para la noche, se llamaba “Harira”, para el medio día preparé un cuscús de pollo y verdura.

Kazim comió conmigo en la cocina y me hablaba de que nos iríamos a Marrakech al día siguiente en una especie de vacaciones, yo no me creía nada, a mí no me iba a llevar a disfrutar de nada, se iba a asegurar de que estaría controlada mientras él hacía algo y que Alicia no iba a intentar volver a ponerse en contacto conmigo.

—Gracias, es un detalle muy bonito.

—Me alegra que lo veas así —en su sonrisa vi la ironía.

Tres noches después me hizo hacer la maleta, dos pijamas, dos chándales y poco más, no tenía ropa me deshice de ella cuando lo de Andrew, así que andaba lavando continuamente.

Por la mañana me despertó a las seis y salimos cuando casi el pueblo dormía, parecía que huíamos de algo, pero yo ya sabía cómo era él y lo tenía todo más que maquinado.

El camino fue con un coche delante y otro detrás, parecía que nos llevaban escoltados.

Paramos en un par de ocasiones por el camino, pero nada de bares ni de sitios públicos, todo en casas aisladas de hombres de ellos donde nos recibían con té o comida, yo siempre me quedaba apartada en la cocina con alguna de esas mujeres a las que no entendía, ya que vivían en las montañas y hablaban bereber, otra lengua diferente al marroquí.

Llegamos por la noche a Marrakech y fuimos directos a una casa en plena medina, en todo el zoco.

La casa tenía dos plantas y era como independiente, arriba fueron los chicos de confianza de Kazim y nosotros nos quedamos abajo que había salón, cocina, baño y dos dormitorios. Menos mal que era unas vacaciones, se le pasó decir que eran compartidas, pero bueno ¿Qué esperar de

una mente como la de él?

Capítulo 16



No salí de la casa en dos días, ellos hablaban y yo hacía de criada de todos para que no les faltara el café, el té, ni nada por el estilo, eso sí, no faltó aquel asqueroso sexo en el que yo era una esclava que tenía que complacerlo.

Esa mañana Kazim me mandó a comprar bastante comida para preparar unas terneras con ciruelas y sopas, hacía mucho frío, así que me dio dinero y me fui a perderme por el mercado.

Cuando salí noté que me seguían dos mujeres que iban totalmente cubiertas y con gafas de sol, me daba la sensación y me estaba entrando hasta ansiedad.

Llegué al mercado y fue cuando pedí la carne que se me pusieron al lado y escuché a una que me murmuró.

—No llores, no hagas nada, no digas nada, soy mamá y estoy con Alicia —murmuró muy bajito y a mí se me hizo tal nudo en la garganta, que noté como se me iba a inundar los ojos—. La embajada y un grupo policial van a intervenir en unas horas, no te asustes, llevamos siguiéndoos desde Chauen. Te quiero hija —siguió diciendo y se marcharon.

¿Mi madre estaba aquí? ¿Con Alicia? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué iba a pasar? Me daba terror que a ellas les pasara algo, pero si de algo estaba segura era de que, mi familia me seguía queriendo y estaban dejándose la vida para sacarme de esa situación.

Llegué a la casa después de haber llorado lo inimaginable, sabía que mi madre estaba segura de lo que decía y que solo con esa ayuda iba a poder sacarme del país, por eso no me cogió y me quitó de en medio, necesitaban hacer todo lo que les habían dicho.

Me puse a cocinar mientras los chicos charlaban en el salón de abajo, justo cuando llegó la hora de la comida, estaban todos sentados y yo me iba para la cocina, se oyó un estruendo, tiraron la puerta y entraron un montón de policías con armas, cuando digo un montón es un montón.

Redujeron a todos y los sacaron esposados, hacia mí se vino uno que cuando se quitó el pasamontaña me entró un escalofrío por el cuerpo.

—Andrew... —murmuré llorando y sin saber que decir, me había quedado en blanco.

—¿Lo creíste? —preguntó en un tono un poco a la expectativa.

—Sí —murmuré a lágrimas tendidas y siendo sincera.

—Eres libre, ahí fuera te espera tu familia, no fuiste ninguna venganza ni ningún trofeo para mí. Cuídate mucho —murmuró y se marchó.

Me quedé sin aliento, sin entender nada, me quedé en shock, sabía que me hablaban otros polis, pero no salía de mi estado.

—Tenemos que salir de aquí —me dijo la voz de una chica que cuando levanté la cabeza era la pelirroja de la foto.

—¿Eres la novia de Andrew? —pregunté mirándola fija, pero con la mirada perdida, no

conseguía salir del shock.

—No —sonrió—. Estoy felizmente casada en mi país y tengo dos hijos. Andrew solo es un gran compañero de esta intervención y sí, reconozco que hemos tenido que fingir ser algo —sonrió de nuevo y alargó su mano para que se la cogiera—. Vamos, al otro lado están los tuyos y os vamos a escoltar a todos hasta el aeropuerto...

Corrí hacia fuera de repente, pero para buscar a Andrew, cuando salí estaba montándose en un coche que él iba a conducir, grité su nombre llorando y me miró, me hizo un gesto de negación con tristeza, arrancó y se marchó.

Me tiré al suelo llorando, desgarrada, de repente apareció un coche y mi madre se bajó gritando mi nombre, levanté la cabeza y también vi a mi padre y ahí es cuando caí en un llanto fuerte y grité de rabia, dolor, e impotencia.

Mis padres me levantaron y abrazaron, lloraban con un dolor de esos que sabes que era de desolación, nos quedamos así unos momentos hasta que vinieron unos polis ya vestido de civiles y nos dijeron que debíamos meternos en el coche.

Abracé a Alicia y nos echamos a llorar en ese asiento de atrás que íbamos con mi madre, mi padre iba de copiloto.

—¿Y tú marido?

—Se fue de Chauen para España cuando llegaron tus padres, tienen que estar con nuestra hija, tu sobrina.

—Sí —afirmé entre sollozos.

—Fue Andrew el que me localizó —murmuró y también habló con tus padres, nos ayudó en todo.

—Pensé que estaba en su país.

—Jamás salió de aquí y movió todo con las embajadas para esta operación. Ahora sí se va de Marruecos, ya van a condenar de esta a Kazim, tienen muchas pruebas de Holanda.

—Pero Kazim no estuvo en Holanda...

—Sí, poco, pero estuvo, regresó corriendo para ir a por ti, Andrew no te quiso poner en peligro y por eso no actuó en ese momento que os cogieron desprevenidos, pero se encargó desde el primer momento de organizar todo de una forma mucho más rápida, amenazó con salir en los medios internacionales a contar todo lo de la Policía marroquí y de muchos asuntos que sabe, es un gran hombre, arriesgó su puesto por sacarte de aquí.

—Creí que me había utilizado para hacer daño a Kazim.

—No, es verdad que los hombres de Kazim mataron a su esposa e hija, juró vengarse y hundirlos en una cárcel por mucho tiempo. En ningún momento él fue a por ti, solo que te vio llorando ese día y como un gran hombre que es, se acercó sabiendo que eras su mujer y que algo ahí no iba bien —contaba Alicia, mientras yo lloraba a lágrimas vivas—. Me contó que te cogió mucho cariño desde el minuto uno, pero que se enamoró de ti de verdad, de corazón, que desde su mujer no había estado con nadie, pero que te había respetado en todo momento.

—¿De quién fue la idea de la música y las canciones?

—De él, yo le dije la de Andy y Lucas, me dijo que tenía que saber que era yo y un tema que te llegara a modo de información de que yo sabía todo y luego la de “Flor pálida” era de él, quería que algo te hiciera saber que seguía ahí y no pararía hasta sacarte de esta. Sé que se marchó y que te preguntó algo que fuiste sincera, de lo contrario no se marcharía, pero él habló mucho conmigo y siempre me dijo que, si tú en algún momento habías dudado de él, se iría con todo el dolor de su corazón, pero lo haría.

—Yo me enamoré de él de verdad —dije entre sollozos y mi padre se giró para agarrar mi mano.

Mi madre y Alicia tenían una mano cada una en una pierna mía, ahí estaba con ellos, esos que seguían siendo mi familia.

El vuelo lo pasé entre lágrimas, dolor, felicidad, pero con la sensación de que, de nuevo, la había cagado en mi vida...

Capítulo 17



Salir del avión y pasear por aquella terminal de España, ya para mí fue algo que me impresionó mucho, menos mal que Alicia me dio ropa y me cambié en el aeropuerto de Marrakech, pues me hubiera sentido un bicho raro.

Aterrizamos en Sevilla y allí cogimos el coche de mi padre y nos fuimos hacia Huelva, donde vivíamos frente a la playa.

Dejamos a Alicia en su casa, su marido salió con la niña en brazos y me la comí a besos, era lo más bonito del mundo.

—Digan lo que digan, seré tu tía favorita —la besé y me sonrió esa preciosa bebé.

Quedé en pasarme al día siguiente y me marché con mis padres hasta nuestra casa, esa de la que jamás debí salir con ese hombre.

Me duché, cenamos unos sándwiches, pero sin hablar de nada, solo me contaban de la familia y cosas de allí, querían que no pensara y yo se lo agradecía, no me apetecía hablar de esos dos años de cautiverio donde perdí hasta mi identidad.

Sonreí al ver un móvil sobre mi cama, sabía que lo había puesto mi padre, cuando me acerqué y lo saqué de la caja, me di cuenta de que era el que me regaló Andrew, ese que ese día tuve que dejar en aquella casa de la que me sacó Kazim.

Se me saltaron las lágrimas y mi padre se asomó a la puerta.

—Me lo dio él —murmuró sin llegar a entrar—. Me dijo que no borró nada y que está tal cual lo dejaste.

—Gracias —ni lo miré, no podía levantar la cabeza, estaba llorando a lágrima tendida.

Abrí un sobre y más lloré cuando vi que eran los tres libros que me dio de Hugo Sanz, esos que nunca llegué a leer.

Encendí el móvil y allí estaban nuestros mensajes, nuestras fotos, nuestras canciones.

Me di cuenta de que Andrew estaba en línea y las lágrimas me caían en plan cascadas, no me lo pensé y le escribí después de ponerme el pijama que me había dejado mi madre en la mesita de noche.

Laia: Hola, Andrew. Ante todo, gracias por devolverme a mi casa junto a mi familia.

Gracias por todo lo que has hecho por mí, no digo que no me lo mereciera porque he librado muchas batallas, pero sí, que no te merecías que yo dudara de alguien como tú.

Quiero que sepas que siempre después de todo lo malo queda algo bonito, no dudes que serás el mejor de mis recuerdos de aquel país. Aunque no lo creas, me enamoré de ti como jamás lo hice de ningún otro hombre.

Ojalá un día puedas perdonarme que te fallara cuando expusiste tu vida por mí, ojalá, aunque entendí tu mirada, no quería comenzar una nueva etapa sin darte las gracias y pedirte perdón.

Sé tan feliz como me hubiera gustado serlo a mí a tu lado. Te voy a querer siempre.

Le di a enviar y me tiré en la cama, puse mi brazo sobre mis ojos mientras lloraba y así me quedé dormida, después de un gran rato de desolación.

Por la mañana me desperté y miré el móvil, Andrew había leído el mensaje por la noche, pero no me contestó, tampoco esperaba que lo hiciera, con que lo leyera, me daba por satisfecha.

Fui a la cocina y estaban mis padres tomando el café, sonrieron al verme y vinieron a darme un abrazo.

—Hija, esto es un regalo de Navidad mío y de mamá —me dio un sobre.

—Papá, no tenéis que darme nada y para Navidad faltan unos días.

—Así puedes ir comprando ropa y cosas que necesites —murmuró mientras yo abría el sobre.

—Papá es mucho dinero, esto no puedo aceptarlo.

—Bueno, ahí van los cumpleaños y Navidades que nos hemos perdido —dijo mi madre en tono de riña y causándonos una risa.

—De verdad, aquí tengo casi para comprar una tienda entera de ropa —negué riendo.

—Al menos para comenzar a vivir —dijo mi padre, apretándome la mano.

—¿Me estáis echando? —resoplé riendo.

—No hija, por Dios, no —contestó mi madre—. Lo que queremos es que te compres ropa, salga a comer, a cenar y comiences a vivir.

—Y a trabajar, tengo que comenzar a trabajar.

—Claro, pero ahora date tu tiempo, lo necesitas.

—Bueno, veremos después de las fiestas, ahí comenzaré a moverme. Eso sí, ahora me iré de compras que no tengo nada de ropa y me voy a poner la misma que me dio ayer Alicia para el viaje.

—Yo tengo...

—Mamá —me reí antes de que siguiera por ahí—. No me voy a poner tu ropa ni de coña.

—No soy tan vieja.

—Ni tienes mis gustos —me reí.

—Bueno, hija, era por ayudar —movió su cabeza a modo de riña.

—Con el dineral que me habéis dado, no es ayudar, me habéis salvado la vida —reí.

Fui a la habitación después de desayunar, mi madre apareció con un bolso que no era de mi tipo, pero joder, hasta que no me comprara uno me tenía que aguantar, hasta con ese monedero negro de charol, vamos un modelito para ir a misa.

Me fui al centro comercial en el coche de mi padre, pensé que ni recordaría como arrancarlo, pero para nada, conducir no se olvida nunca.

Después de lo vivido me sentía fuerte ¿Cómo era posible? O sea, en el sentido de que quería vivir, aprovechar cada minuto de libertad, respirar...

Eso sí, me di cuenta de que cuando me cruzaba la mirada con algún hombre, yo agachaba la cabeza.

Y el tema de Andrew, ese me dolía, eso sí que me dolía, me enamoré de él en nada de tiempo, hizo por mí todo cuanto estuvo en su mano y yo dudé de él, pero en mi situación, ¿quién no lo habría hecho? Aunque entendía perfectamente que no pudiera perdonármelo.

Me compré un abrigo precioso en rosa palo que llegaba hasta la rodilla, también un chaquetón más de diario, sudaderas, camisetas, ropa interior, vaqueros, leggins, un par de zapatillas y, cómo no, un bolso de diario y otro para ir más arreglada y una cartera.

Metí todo en el maletero del coche y fui hacia casa de Alicia, que me esperaba para comer.

Cogí a la pequeña nada más verla, era una monería esa bebé, además tenía mi nombre y eso me hacía sentir especialmente feliz.

—¿Mejor? —me preguntó cuando me senté a comer con ella, su marido estaba trabajando.

—Mucho mejor —sonreí mirándola feliz de volver a estar con ella—. Ayer le escribí a Andrew dándole las gracias por todo, no me respondió.

—Él tenía mucho miedo de que tú no lo hubieras creído y creo que en el fondo no se lo esperaba.

—Lo sé, pero cuando me preguntó eso, yo no le podía mentir a sabiendas que me lo jugaba todo con él.

—Ya, eres muy honesta.

—Me enseñaron fotos con otra tía y todo, esa que luego estaba ayer en mi liberación.

—Yo en tu lugar tampoco lo hubiera creído, no debes mortificarte por eso.

—Ya, pero me da mucha pena, fueron tan bonitos esos pequeños momentos a su lado, cada abrazo, cada beso, era todo.

—Qué fuerte todo lo que has vivido, Laia.

—Sí —se me saltaron las lágrimas.

—Eh, no, llorar no, aunque tampoco es malo que sueltes todo, pero no quiero que llores —se levantó y me abrazó por detrás.

—Me encantaría haberme despedido de Andrew en condiciones, bueno me gustaría estar a su lado —me reí entre lágrimas—, pero al menos haberme despedido con un abrazo, me quedé muy vacía así y me siento muy mal.

—¿Sabes?

—Dime.

—Andrew te amaba de verdad, imagino que, aunque él no se bajó del coche o no te dio un abrazo dentro de esa casa cuando te liberaron, debe sentir lo mismo que tú.

—Puede ser, pero la decisión estaba en su mano y decidió no despedirse de mí —me secaba las lágrimas.

—No sabes cómo estuvo con nosotros en todo momento, como cuidó a tus padres y como nos tranquilizó constantemente.

—Creo que es un Dios en la tierra, un hombre que nació para ayudar, me da mucha pena que perdiera a su mujer e hija.

—Sí, debe ser muy duro todo también para él, primero eso y ahora tú.

—Esta mañana cuando vi que no me había contestado al mensaje y mis padres me regalaron ese dinero, te juro que pensé en coger un vuelo e ir a buscarlo a Escocia para darle un abrazo obligado —me reí entre lágrimas.

—¿Te imaginas? Vengo a darte un abrazo e irme.

—Me lo imagino, pero me diría que me fuera a tomar por culo.

—No, no lo creo, pero se quedaría en shock.

—Lo tengo en Facebook, tengo un perfil falso donde está él, todo me lo montó para que viera tus redes.

—Sí, lo sé, yo también lo tengo.

—Me voy a quedar esas redes, le he cambiado el nombre esta mañana y me puse Laia y luego mis iniciales, no quiero ni poner mis apellidos.

—Lo sé, me has pedido solicitud hace unas horas —volteó los ojos

—Es verdad —me reí —, tengo la cabeza fatal.

—Tus padres lo han pasado muy mal, jamás te olvidaron e intentaron contactar contigo, pero creían como yo al principio que tu habías querido dejar tu pasado atrás. Yo luego decía que no, que algo estaba pasando y fui allí...

—Lo sé, leí todo tu muro.

—Bueno, hablemos de otra cosa ¿Cómo se te presentan las fiestas?

—En Escocia, me voy a Escocia —bromeé.

—Estás deseando.

—Sí —me eché a llorar fuerte.

—Hazlo, te fuiste con un ogro, ¿por qué no jugártela por el hombre que amas y que nos demostró a todos lo que te quería?

—¿Quieres que me cargue a mis padres?

—No, no te los cargarías.

—¿Y a Andrew?

—Bueno, no sé cómo se lo tomaría, pero no pasaría nada malo, conociéndolo un poco y como vi lo que hizo por liberarte, creo que no te dejaría por ahí tirada.

—De todas maneras, se irá con sus padres a Glasgow imagino.

—No sé, pero bueno de Inverness a Glasgow tampoco hay tanto —se rio.

—Me veo dando vueltas por Escocia en su búsqueda —me reí llorando.

—Hazlo.

—¿Lo hago?

—Por supuesto.

—No me lo digas dos veces...

—Te pago los vuelos —nos reímos.

—No hace falta, además salen baratos y mis padres me regalaron una fortuna.

—Me da igual, te los voy a regalar yo.

—No, no, de verdad.

—Sí, sí, me da igual lo que digas.

—A ver mis padres...

—No te van a decir nada.

—Ya, pero...

—Nada.

Cogió su móvil y encontró un vuelo con la vuelta en abierto.

—No lo compres —me reí.

—Sí, sí.

Y lo hizo, salía al día siguiente. A mis padres les iba a dar algo.

Pero no, cuando llegué a casa y se lo conté, me quedé impresionada con la respuesta.

—Se merece que vayas a agradecerle en persona lo que hizo por ti —murmuró mi padre y mi madre asintió.

—No sé cuándo volveré, pero imagino que el Fin de Año sí que lo paso con ustedes.

—No te preocupes por eso.

—Lo mismo hasta la Navidad, no sé cómo se tomará el verme.

—Hija —murmuró mi padre—. Un hombre así no se lo tomará a mal, es normal que quizás esté un poco resentido, pero hazlo, claro que sí.

Capítulo 18



Esa mañana mis padres me llevaron a Correos para adquirir una tarjeta de prepago donde metimos parte del dinero que me dieron, así que llevaba efectivo y tarjeta.

Me llevaron al aeropuerto donde me despidieron con un gran abrazo, yo iba de lo más nerviosa.

El vuelo lo pasé que me iba a dar algo, no dejaba de resoplar, menos mal que la escala en Londres fue rápida, allí cambié de vuelo hacia el aeropuerto de Inverness.

Me imaginaba que no estaría, que se habría ido, mil cosas y cuando ya íbamos a aterrizar, ahí me entraron los nervios.

No me había dado tiempo a nada, solo dos días atrás iba en un vuelo de Marruecos a España y ahora estaba en Escocia, sabía que él había llegado porque puso en Facebook una foto con su perrita y diciendo que era lo mejor que podía esperarle al llegar a casa.

Recogí la maleta para salir afuera a coger un taxi, yo no tenía su dirección, pero sí que me hablaba de que su casa estaba al lado de la pastelería más famosa de Inverness, así que por esa regla de tres y enseñando su foto, seguro que me decían donde vivía, además, yo había visto una foto de su fachada, es que estaba a las afueras, no en el centro.

Me habló de esa pastelería que era como una nave y que tenía mucho éxito.

Pasé el control policial de lo más nerviosa y cuando se abrieron las puertas de la salida casi me caigo en redondo, lo primero que vi fue a Andrew, de pie, medio sonriendo y con los brazos cruzados, me quedé casi paralizada.

Vino hacia mí y yo lo único que sentía eran las lágrimas cayendo por mis mejillas y un nudo en la garganta. Me rodeó con sus brazos y me abrazó.

—Bienvenida a las Tierras Altas —murmuró en mi oído.

—¿Cómo sabías...?

—Tus padres me llamaron ayer por la noche, bueno tu papá me dijo que querías venir a despedirte de mí, bien, siento que yo no lo pudiera hacer en Marrakech —cogió mi maleta y me echó la mano por el hombro para ir hacia su coche, yo iba temblando.

—Siento todo, Andrew.

—Tranquila, el problema es que soy un poco rencoroso y allí no estaba preparado para escuchar que habías dudado de mí, pero me alegra que hayas venido a estar unos días conmigo.

—Fue la situación y como se pintó todo, además de lo que dijo el energúmeno cuando entró a la casa a capturarme y tú no dijiste nada, luego me enseñaron la foto con tu compañera.

—En aquella situación no me iba a poner a negar nada porque lo iba a poner más nervioso y llevarlo a hacer algo en contra de cualquiera de los que estábamos allí.

—Sí, eso lo entendí después —dije montándome en el coche.

Llovía mucho el cielo estaba gris, eran las tres de la tarde y parecía de noche.

Llegamos a su casa y vi la forma de vida que llevaba, era una casa con un precioso terreno. Al entrar vi la chimenea encendida y se me saltaron las lágrimas, estaba de lo más sensible.

Ahora entendía porque mis padres estaban tan tranquilos esta mañana y es porque sabían que él iba a ir a recogerme al aeropuerto.

Me dejó junto a la chimenea y fue por dos cafés, nos sentamos en el sofá que había delante de aquella hoguera con una mesita camilla.

—Bueno ¿Y qué tal estás? —me preguntó poniendo su mano en mi rodilla de forma cariñosa.

—Bien, no sé, es extraño, a pesar de todo lo vivido es como si una parte de mí, quisiera rechazar el estar de lamentaciones, no sé.

—Eres muy fuerte —apretó su mano contra mi rodilla.

—Andrew, eres la mejor persona que he conocido en este mundo.

—No, no lo soy —sonrió —, pero te digo algo, tú eres una de las más fuertes que conocí.

—No tenía otra opción.

—Bueno, me daba miedo cuando decías que te querías quitar la vida.

—En aquel entonces no veía otra salida.

—¿Y ahora que planes tienes?

—No sé —reí y se me saltaron las lágrimas—. Quiero trabajar y comenzar a organizar mi vida.

—Claro —sonrió y yo esperaba que me dijera que me quedara con él para siempre. Soñar es gratis y yo amaba a ese hombre, pero sabía que no era nadie para forzarlo a algo que quizás para él, no era viable después de la decepción que se llevó conmigo.

—¿Y a ti, que te espera a partir de ahora?

—Bueno, yo me quedo ya en Inverness, esta fue mi última operación fuera, ya me toman el relevo, aquí me quedaré de jefe de narcóticos, pero dirigiendo en la comisaria.

—Qué bien, me alegro por ti, no quiero que te pase nada.

—No me pasará, tranquila ¿Qué tal la bebé de Alicia?

—Es una monería —sonreí, me tiene enamoradita—. Hasta le bromeé a Alicia diciendo que cuando trabajase iría a una clínica de inseminación para que me metieran el semen de un donante y tener un hijo.

—¿Serías capaz?

—No sé —me reí—. Tendría que tener mi trabajo fijo y una casa, no sé, solo fue una broma.

—Serías muy buena madre —hizo un carraspeo.

—¿Tú crees? —me reí al ver su cara.

—Estoy totalmente seguro.

Y vuelta a que se me saltaran las lágrimas...

—Joder, parezco María Magdalena, anda que no lloro nada.

—Lo haces de otra manera, ahora estás encontrándote, soltando las emociones —jugaba con mi mano y la acariciaba.

—No me creo que haya sido tan fácil mi llegada aquí.

—¿Piensas que después de todo lo que has pasado yo sería capaz de ponerte algo difícil? —me miró con expectación y esa medio sonrisa.

—Veo que no —reí y me eché a sus brazos sin poderlo evitar.

Me abrazó, me sentó en su regazo y me rodeó con todas sus fuerzas, luego nos miramos y no me lo pensé, me tiré a sus labios a pesar de saber que quizás no era lo que él quería, pero yo necesitaba volverlo a sentir.

Pero me siguió el beso, con todas sus ganas, su cariño...

Luego nos fundimos en un abrazo que duró varios minutos, el silencio prevaleció en ese momento tan intenso.

—Vamos a colocar tu ropa —murmuró mientras me besaba.

—Vale —sonreí feliz de saber que volvía a sentir el cariño de ese highlander.

La casa era preciosa, pero preciosa, tenía muy buen gusto, había fotos de su mujer y su hija por todos lados, eran preciosas, la pequeña tenía mucho de él y de ella, imaginé cuánto dolor debió pasar al perderlas.

Capítulo 19



Tras colocar las cosas en su dormitorio, nos fuimos a comprar comida, como decía, a él ni le había dado tiempo aún a hacerlo a lo grande, había regresado el día anterior.

Compró dos botellas de whisky escocés y algunas de vino, el resto fue de comida, pero me hizo gracia que comprara aquello y yo, yo me las iba a beber al mismo ritmo que él, necesitaba una borrachera y bien grande.

Mientras íbamos comprando mi padre me llamó y me puse a hablar con él, estaba muy contento al notarme la voz así y le di las gracias por echarme el cable con Andrew, se emocionó diciéndome que con un hombre así, sí que haría lo que fuera por verme feliz.

Regresamos a la casa y me duché, me puse un pijama nuevo de los que compré en España y salí al salón donde ya tenía la cena preparada y es que, en Escocia, como en el resto de Europa, menos en mi país, cenaban muy temprano.

Brindamos con dos copas de vino, me encantaba verlo así conmigo, no perdía esa sonrisa de su cara y me trataba de una manera tan bonita, solo la forma de hablar me embelesaba.

Cuando terminamos de cenar seguimos en el sofá con la copa de vino, antes recogimos la mesa y yo fregué pese a que me costó casi meterle un empujón, no quería que yo lo hiciera.

Me puse sentada en medio de sus piernas, de lado, ahí que me coloqué sin pensarlo y es que necesitaba estar pegada a él como una lapa, lo deseaba muchísimo.

—Tengo muchas ganas de dormir contigo —reí pegándome a su pecho.

—¿Crees que yo no? —carraspeó quitando la copa de mi mano y poniéndola sobre la mesa.

—¿Sí?

—Creo que aún no eres consciente de lo que significas para mí, Laia.

—No lo soy, pero sí soy consciente de lo que eres tú para mí.

—¿Y que soy?

—Todo aquello que siempre soñé —me puse las manos en la cara avergonzada y riendo.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Qué esperas de mí?

—Uf, nada y todo, pero sé que tú tienes tu vida hecha, yo no, no sería capaz de pedirte nada.

—Mi vida la querría junto a ti —murmuró y se me puso la piel de gallina.

—Búscame un trabajo y me quedo contigo —reí a carcajadas de lo nerviosa que me estaba poniendo.

—No te hace falta trabajar si te quedas conmigo, pero si lo que quieres es hacerlo, no dudes que tengo contactos —me mordisqueó el labio —Piénsatelo, pero me gustaría que...

—No tengo nada que pensarme —sonreí mientras lo besaba.

—Tus padres...

—Mis padres te deben la vida, es la primera vez que los veo empujarme a algo así.

—¿Me los he ganado? —Arqueó la ceja.

—Creo que te quieren más a ti que a mí.

—No lo creo, pero con saber que me aceptan, me doy por satisfecho. Eres muy valiente en querer comenzar una vida de nuevo después de lo que te pasó.

—No te saqué de mi cabeza ni un momento en estos dos días y me sentí muy vacía cuando te vi marchar en el coche sin pararte.

—Sabía que, si de verdad me querías, harías algo por mí y lo has hecho.

—Por eso no respondiste a mi mensaje.

—Me dolió mucho, sonaba a despedida y que no ibas a luchar por mí.

—Pues mira lo que tardé, el tiempo que Alicia me soltará una de las tuyas y yo plantarme aquí. La verdad es que me regaló los vuelos.

—Te los regalé yo, al igual que el dinero que te dieron tus padres, les pedí que lo hicieran.

—¿¿¿Cómo???

—Le pedí a Alicia que te insinuara lo de si fueras capaz de venirte a Escocia, cosa que aprovechó cuando te preguntó cómo se presentarían las fiestas y tú le bromeaste diciendo que, a Escocia. Yo le dije que, si en algún momento lo decidías que te pagase el vuelo, cosa que hice yo y con tus padres, bueno, a ellos les hablé la misma tarde que regresasteis, les pedí un número de cuenta y que te dieran eso para comenzar, tu padre se puso cabezón diciendo que gracias, pero que él te podía ayudar en todo, pero yo insistí diciendo que para mí era importante...

—Andrew... —me eché a llorar.

—Aunque tú no lo sepas, me devolviste las ganas de amar, algo que tenía cerrado en mi vida.

—¿Sabes?

—Dime, preciosa.

—Bueno, nada —me reí de la barbaridad que le iba a soltar, pero lo pensé bien.

—No, no, ahora me lo dices —comenzó a hacerme cosquillas.

—A pesar de creer lo que me dijeron, siempre pensé que me había quedado con las ganas de hacerlo contigo —solté una carcajada y me escondí en su pecho.

—Yo también, pero me daba miedo hasta tocarte por todo lo que habías pasado —me abrazó con mucho cariño.

—Bueno, que sepas que no es así, a ti no te tengo miedo, a ti te amo, pero vamos que no tiene que ser hoy —cogí la copa y me la bebí de un trago—, que donde me ves soy muy vergonzosa —me reí.

—Dime que día para anotarlo en mi agenda —bromeó.

—El que quieras, cuando quieras...

—Pero no puede ser hoy, ¿verdad? —apretó los dientes.

—Claro que sí, aunque me desmaye de la vergüenza, tú me pones los pies en alto que se hace en esos casos y de paso, aprovechas —reí.

—Me lo estás pintando un poco catastrófico.

—Que va, solo que, me impones mucho.

—¿Mucho? —Arqueó la ceja.

—No me digas más nada, que ya me noto las mejillas rojas a punto de estallar.

—¿No será por el vino?

—Eso quiero yo, otra copa de vino —me giré, cogí la botella y me llené la copa, la suya también, aunque no estaba acabada.

Media hora después estaba con un pedo de mil demonios, no dejaba de reír cuando miraba a la cara a Andrew y él no paraba de hacer gestos para buscarme y provocarme más carcajadas.

Me cogió en brazos y nos fuimos al dormitorio.

—Tranquila, que en este estado no te pondré una mano encima.

—¿Cómo qué no? —me reí y lo tiré hacia mí, quedó entre mis piernas.

—Mañana no te vas a acordar de nada y me voy a sentir mal —me besaba.

—Mejor, así me lo recuerdas de nuevo —le mordisqueé el labio.

—Ya veo que se te pasó la vergüenza.

—Un poquito, pero no te creas que mucho.

—¿Segura?

—Segurísima.

—¿Segura?

—Y dale, o me desnudas tú o lo hago yo.

—Lo hago yo —sonrió y me quitó la parte de arriba, él también se quitó la suya y joder que pecho, que cuerpo...

Besaba cada parte de mi piel mientras poco a poco me desnudaba, era tanto lo que sentía en esos momentos, que a pesar de la vergüenza que me producía, los deseos vencían y ganaban. Me dejé llevar por aquel hombre que sí que sabía cómo tocar a una mujer.

Sentía que después de todo estaba siendo delicado, pero jodidamente sensual, me estaba poniendo como una moto.

Dibujó un corazón en mi barriga con la yema de su dedo y luego lo besó.

—Eres todo lo que llevaba tiempo esperando, y ahora que te he encontrado, quiero que te quedes para siempre conmigo. Porque te quiero más de lo que nunca pude imaginar.

—Joder, Andrew, estoy nerviosa y vas y te pones romántico —me reí—, pero vamos, que de las Highlands no me echan ni con agua caliente.

—Está bien —sonrió y se fue directo a mis partes sensibles.

Me agarré a las sábanas cuando noté su lengua por mi zona íntima y solté el aire, aquello fue un contacto de lo más inesperado y sensual, como todo él lo era.

Sus dedos comenzaron a jugar también con aquella parte sensible, alternaba con su lengua y yo notaba que iba a desfallecer de placer.

Nada, no duré nada, si es que hacía tanto tiempo que no llegaba a ese clímax, que terminé cerrando las piernas y casi ahogándolo mientras se reía y se ponía a mi lado.

—¿Tan pronto? —mordisqueó mi cuello.

—Joder si es que hacía tanto tiempo que...

—Pensé que era muy bueno —carraspeó, ocasionándome una carcajada.

—También, también —reí girándome hacia él y pegando frente a frente.

—Te juro que no sé ni que hacer contigo, me cuesta mucho por lo de...

—No me lo vuelvas a recordar —le mordisqueé el labio—. Y ahora te toca rematar la faena.

—¿Segura?

—No me vuelvas a preguntar si estoy segura, que al final lo de las leyendas que hay por ahí de los escoceses, te la vas a cargar.

Me puso bocarriba con esa media sonrisa que me volvía loca y me penetró primero con cuidado, luego nos movimos los dos al mismo ritmo y es que yo me movía para encontrarme con él.

Verlo así, mirándome tan sensual y con ese cuerpo de infarto era toda una maravilla. Me

agarraba a sus hombros y disfrutaba con solo mirarlo a los ojos, en su gesto se dibujaba el placer y la sonrisa que no se le quitaba de la cara.

Cuando terminamos nos quedamos abrazados mientras me besaba por toda la cara y el cuello. Si en estos momentos me hubiesen preguntado que era la felicidad, era esto, todo esto que estaba en estos momentos sintiendo.

Capítulo 20



—¡Que me sueltes! —grité levantándome agitada y cuando me di cuenta le había dado una hostia en toda la cara a Andrew.

—Laia, estás soñando —se incorporó para abrazarme.

Y me giré para echarme en su pecho a llorar, es lo único que quería, llorar y soltar todo lo que había dentro de mí y encima había tenido un mal sueño.

—Me noto presión en el pecho.

—Tranquila —acariciaba mi pelo—. Estás soltándolo todo, no te dio tiempo a hacerlo y te llegó el momento. Has pasado por mucho, Laia, cariño, pero poco a poco, ahora necesitas tu tiempo.

—¡¡¡Lo odio!!! —grité con toda mi rabia y me levanté de la cama.

—Ven, vamos a preparar el desayuno —me echó la mano por el hombro.

—No me entra nada.

—¿Ni un café?

—Bueno eso sí, pero quiero un cigarro.

—Siéntate ahí —me señaló el sofá frente a la chimenea—, lo prepararé yo todo —me dio un beso en la frente y una mantita que me echó sobre las piernas.

Le metió otro tronco de madera al fuego y se fue a la cocina, yo me quedé mirando cómo ardía mientras me encendía el cigarro, tenía una presión en el pecho que no era normal.

Lloré sin poder contenerme, tenía ganas de gritar, de ponerme a dar puñetazos a todo, de sacar esa rabia que contenía dentro de mí, de estallar, eso quería, estallar.

Andrew apareció con dos cafés y se sentó a mi lado, me besó la mejilla y acarició la cabeza.

—Laia, ¿quieres que vayamos a que te vea un especialista?

—No, de verdad, solo quiero quitarme esta maldita sensación que tengo dentro.

—Verte así me rompe en mil pedazos, pero también entiendo que es parte del proceso, en algún momento tenías que sacarlo.

Estaba ida, completamente ida, sollozaba mirando a la chimenea y me venían todos los malos momentos vividos en Marruecos, todos esos que pasé por culpa de un desgraciado que me privó de todo y me humilló hasta no poder más.

Andrew no dejaba de acariciarme y se quedaba en silencio respetando el mío, me sabía mal por él, pero yo no estaba en condiciones de ponerme de ninguna otra manera, solo quería llorar y es que me había levantado con el corazón en un puño.

—Laia, en un rato vamos a salir a desayunar y comprar las cosas para la cena de mañana.

—Es verdad, es Nochebuena ¿No vas junto a tus padres?

—No, al final les puse un mensaje y vendrán ellos.

—¿Y me querrán conocer? —pregunté con tristeza mirando a la chimenea y sosteniendo la

taza de café en mis manos.

—Están deseando —me besó la sien y siguió acariciando mi espalda.

—Voy a echar de menos a los míos —se me saltaron las lágrimas.

—Intentaré que sea lo menos posible, de todas maneras, iremos si quiere a verlos en unos días.

—Hoy me he levantado demasiado mal, lo siento —dejé la taza y lo abracé.

—Demasiado bien para todo lo que has soportado.

—Después de las fiestas voy a pedir el divorcio en España, saber que sigo casada con él, no me hace bien.

—Te voy a ayudar en todo, no te preocupes pequeñaja.

—Quiero trabajar y devolverte el dinero, aunque menos lo que me gasté en ropa y en el vuelo, está todo ahí en un sobre y una tarjeta.

—Laia, no vayas por ahí, ¿vale? Es tuyo y todo lo que poseo también, no te sientas en deuda porque entonces entendería que lo nuestro es una relación de dos y no que conformemos uno.

—Pero...

—Pero ahora mismo nos vamos, desayunamos en la calle y compramos la comida para mañana.

—Vale.

—Verás que entre los dos preparamos algo espectacular para la cena y la comida de Navidad.

—¿Cuántos días se quedan tus padres?

—Bueno —sonrió—, ellos no pueden vivir fuera de su casa mucho tiempo —hizo un carraspeo—. Vendrán mañana por la tarde y se irán pasado, después de la comida.

—Espero caerles bien.

—No me cabe ni la menor duda —me besó.

Salimos a la calle, hacía un frío impresionante y mira que iba muy abrigada, pero el clima de aquí era muy diferente al de España.

Desayunamos en una cafetería que era preciosa y se estaba de lujo, hacía una temperatura perfecta, además, poco a poco se me iba pasando ese maldito agobio con el que me había levantado, aunque bueno, no del todo, pero era difícil, muy difícil lidiar con todo lo que había vivido.

Andrew estaba muy pendiente de mí, me intentaba sacar la sonrisa continuamente, la verdad es que yo amaba a ese hombre con todas mis fuerzas, pero me sentía muy insegura, muy poquita cosa a su lado. Me habían tirado la autoestima por los suelos de tal forma, que ahora solo sentía que no era nada y que él lo era todo.

Fuimos al mercado y le di unas ideas para preparar la cena y comida, cosa que le pareció genial y terminamos comprando unos solomillos para hacerlos con una salsa de zanahorias que aprendí de mi madre, así como varios tipos de crema de quesos para ponerles salmón ahumado encima y otras cosas.

Helados, licores, galletas navideñas, dulces...

Pasamos por delante de un escaparate que me llamó la atención, era todo de ropa de dormir y había unos pijamas de pelito que eran preciosos, no parecían nada de esos antiguos, todo lo contrario.

—Vamos —me indicó que entrara—. Te has enamorado del beige y rosa.

—Sí —sonreí—, pero no es necesario —hice el intento de seguir y me agarró para entrar.

Y terminó comprándome dos pijamas, una bata y unas zapatillas más bonitas que todas las

cosas.

Nos tiramos toda la mañana de compras y regresamos a la casa cargados como mulas después de comer en la calle, en un sitio que hacían unos bocatas espectaculares de pollo con verduras.

Notaba que tenía una ansiedad que me iba y venía, pero estaba de lo más triste cuando debía de estar dando saltos de alegría por estar con el hombre que tanto amaba, pero no, no podía evitar sentir ese nudo en la garganta y esa opresión en el pecho.

Me duché y puse uno de los pijamas nuevos, pero por arriba solo una camiseta blanca, ya que con la chimenea se estaba de lo más calentito en la casa.

—Estás preciosa —me agarró por las caderas pegándome a él.

—Yo me veo horrible, tengo la autoestima por los suelos.

—Eso es imposible, eres preciosa —me daba muchos besos seguidos en los labios.

—Andrew, ¿por qué te has enamorado de mí, pudiendo tener a la mujer que quieras?

—¿Y tú de mí?

—Vaya, responder con preguntas no vale.

—Bueno, pues si quieres saber la respuesta te diré que ni yo lo sé, solo sé que vivir sin ti es lo más parecido a estar muerto en vida.

—¡Tonto! —me reí dándole un codazo.

Preparamos un café y nos fuimos al sofá, me senté en sus piernas de lado y lo miré sonriendo ¿Cómo podía ese hombre quererme en su vida?

Andrew recibió una llamada y me dijo que debía ir al trabajo a ayudar a replantear una cosa, le respondí que fuera tranquilo, pero joder, me dio mucha cosita verlo vestirse y salir por la puerta.

Llamé a mi madre y la noté muy feliz, al final terminamos llorando las dos cuando le dije que la echaba de menos y que sentía el poquito tiempo que había estado con ellos.

—Hija, te perdimos un día y de la manera más dura que unos padres pueden perder a un hijo, ahora estamos felices de que estés con ese hombre que sabemos que te ama de verdad. Es un hombre hecho y derecho, alguien que estamos convencidos que te dará esa felicidad que deseamos que tengas, así que ni te preocupes. En nada nos veremos y ten claro algo, aquí estaremos siempre para apoyarte en esta relación.

—Joder mamá, cuando quieres eres un genio hablando.

—Habla mi corazón y ese no puede mentir.

Me pasé la tarde escuchando música desde el móvil y preparando la cena, quería que cuando llegara tuviera el plato sobre la mesa, no por lo que me tocó vivir con Kazim, sino porque se lo merecía por ser el gran hombre que era y porque si fuera yo la que hubiera tenido que pasar la tarde fuera, él también me lo habría preparado, estaba segura de ello.

Andrew llegó sobre las ocho de la tarde, lo noté un poco agobiado, pero me abrazó y besó con muchas ganas, se notaba que estaba deseando verme.

—Huele que alimenta —murmuró mirando a la mesa y sonriendo.

—Pues a comer, señor inspector ¿Todo bien?

—Bueno, un poco de lío, pero todo bien, tranquila —sonrió sentándose.

—He estado un rato hablando con mi madre y luego me leí un poco del libro de Hugo de Mi trabajo, mi vida y... ¡La madre que me parió! Lo que me he reído fue muy grande.

—Sí, tienen mucho ingenio.

—Me tienes que contar un día como lo conociste.

—Por supuesto —sonrió pensando—. Por cierto, mañana sobre las once tengo que ir al

trabajo un rato, pero no tardaré mucho.

—Bueno, yo iré preparando la cena que comenzaré desde por la mañana.

—Mis padres llegaron sobre la cinco, pero para entonces ya estaré de vuelta.

—Genial.

Había algo en Andrew que denotaba preocupación, pero no quería agobiarlo a preguntas, ya que sabía que su trabajo era un poco especial y que requería de quebraderos de cabeza.

Tras la cena se duchó y nos fuimos directos a la cama.

No tardó en comenzar a besarme, desnudarme, con esa preciosa mirada que tenía y esos gestos que desnudaban hasta mi alma.

Desnudos uno frente al otro, sin prisas, disfrutando del momento y erizándome la piel, así me sentía en sus brazos, esos que sabían cómo hacerme sentir relajada...

Capítulo 21



Desperté y escuché que Andrew estaba en el salón hablando por teléfono con su madre, me acerqué hasta allí y lo rodeé por la cintura, él no tardó en echarme sobre su pecho y besar mi frente mientras seguía hablando.

—Buenos días, pequeña —murmuró besando mi frente después de colgar.

—Buenos días, amor —lo apreté con todas mis fuerzas.

—¿Has dormido bien?

—Sí, no me desperté ni una sola vez.

—Me alegro mucho ¿Un café?

—Claro y un cigarrillo.

—¿Te quitarás de fumar alguna vez?

—Bueno, el día que tú lo hagas —sonreí.

—Yo fumo menos que tú.

—Consuelo de tontos, fumas igual, así que no me vengas con esas —reí.

—Habla cuando pasen las fiestas.

—Ya veré —reí, dándole una palmada en su nalga.

Desayunamos y luego nos pusimos a preparar la cena para esa noche, me daba un poco de inquietud conocer a sus padres, era como que, si les caía mal o algo, podría ser una incomodidad para esa familia y era lo último que quería, me daba miedo que pensarán que era una mocosa aprovechada.

Un rato después se marchó para el trabajo, yo me quedé en aquella cocina escuchando música y pensando en la cena que me tenía de lo más nerviosa.

La comida del mediodía me dijo que la traía él, que había encargado algo, así que yo solo me dediqué a la cena, esa que estaba haciendo para un regimiento, pero la verdad es que me mantenía entretenida.

Estaba muy nerviosa, tenía sentimientos encontrados y eso me creaba mucha ansiedad, incluido llorar y llorar. Estaba de lo más sensible, y es que, por un lado me parecía muy bonito lo de conocer a sus padres, pero por otro, me creaba inquietud de qué pensarían de ver la diferencia de edad, país y mil cosas más, además, de algo que no le quería decir a Andrew y es que al fin y al cabo les debía a mis padres todo, a pesar de que en su día me dieron a elegir, lo que no podía imaginar es que me estuvieran buscando y preocupados por mí, así que pasar esta primeras fiestas en libertad y sin ellos, me producía un poco de tristeza...

¡A la mierda! Me tiré cocinando y llorando todo el tiempo, encima los recuerdos y toda la basura que llevaba a mi espalda de los dos últimos años.

Sobre las dos de la tarde vi el coche de Andrew entrar al terreno y salí a la puerta de la casa para recibirlo, parecía una tontería, pero tenerlo junto a mí, me quitaba muchos agobios.

Fue cuando se abrió la puerta del copiloto cuando me di cuenta de que...

—¡¡¡Papá!!! —grité con todas mis fuerzas corriendo hasta él y viendo como Andrew abría la puerta de atrás y salía mi madre.

Me abracé primero a mi padre llorando como una niña pequeña, él también se emocionó mucho y se le saltaron las lágrimas, luego abracé a mi madre que lloraba tanto como yo.

Andrew me dijo que tenía que ir a trabajar y no era eso, era esta sorpresa tan bonita y emocionante.

—Hija, tienes un hombre que es un regalo del cielo, movió cielo y tierra para que estuviéramos contigo estos días tan familiares.

—Andrew... —lo miré llorando a lágrimas tendidas y abrió sus brazos para que le diera un abrazo —No me merezco tanto —murmuré con un nudo en la garganta que no podía con ello.

—Te mereces eso y más, no digas jamás que no te mereces algo porque si hay alguien en la vida que se lo merece, eres tú —me dijo agarrando mi cara con sus dos manos y me dio un beso en los labios.

—Jo, que bonito, a llorar más —dijo mi madre y nos reímos los cuatro.

Pasamos adentro y los acomodamos en una de las habitaciones de la casa, venían cargados de productos de España, hasta una pata de jamón troceada al vacío.

Me comí a besos a mi Andrew en la cocina mientras preparábamos la mesa con la comida que había traído, la verdad es que era el mejor hombre del mundo, pero con todas las letras y con perdón de mi padre que también era un santo, pero lo que estaba haciendo este hombre era lo más grande del mundo y por mí, alguien que no tenía nada para ofrecerle más que ese amor que sentía por él.

Andrew y mi padre no dejaron de beber vino durante la comida, lo habían traído de España y a él le encantó, yo, sin embargo, agua con mi madre, luego por la noche ya nos tomaríamos la copita, pero las dos si nos bebíamos unas ahora, como que a la noche no llegábamos y llegaban los papás de él y teníamos que estar bien frescas, la buena impresión era la buena impresión.

Y llegaron a las cinco en punto los suyos, por sus caras se veían buenas personas, pero, ¿sabéis aquello de las intuiciones? Pues eso tuve con Margot, su madre, noté que todo era fingido y que me miraba por encima del hombro a mí y mis padres, pero quise pensar que era cosa mía por los nervios que tenía.

Sin embargo, a su padre Pol, lo veía más sincero, aunque muy pendiente a las miradas de su mujer, como si se comunicara con ella, en fin, que me puse a beber esas copas de vino para quitarme esa paranoia que me estaba entrando en la cabeza y es que ya hasta a mí me salía la sonrisa fingida.

Era para ver a Margot con dos copas de vino diciendo los nombres de mis padres que eran Marcelo y Manuela, parecía que tuviera algo en la boca y es que encima se hacía la graciosa, pero iba con ironía ¿En serio esos eran los padres de alguien como Andrew? Pues a mí me cayeron como el culo y mira que quería que me cayeran bien, pero era imposible, esa mujer tenía una mirada tan poco sincera...

Nos dieron las dos de la mañana y eso sí, mis padres aplaudieron la cena toda la noche, los suyos solo sonreían cuando hacían comentarios, pero no decían nada.

—¿Qué te parecieron mis padres? —me preguntó cuando nos metimos en la cama.

—No les gusto —me eché a reír en su hombro.

—¿Por qué dices eso? —Arqueó la ceja levantando mi cara para que lo mirara.

—Para ser poli tienes muy poca visión de los hechos, señor agente —bromeé achispada por

todo el vino que había bebido.

—Mis padres aún tienen la pena de la pérdida de su nieta y su anterior nuera, pero estoy seguro de que te van a querer mucho.

—Recemos —sonreí, medio bromeando.

—No seas tonta —río besándome.

—Realista, soy realista.

—Me tienes que gustar a mí y con eso es suficiente.

—Mirándolo así, me quedo más tranquila —sonreí con ironía apretando los dientes.

—No te veo convencida —reía.

—Bueno, digamos que la tengo en cuarentena.

—¿A mi madre?

—No, espera, a la mía que la pobre no hacía más que preocuparse por estar atenta a todos —volteé los ojos.

—Bueno, démosle tiempo, lo necesita después de lo ocurrido con mi familia —se refirió a su mujer e hija fallecidas.

—Tiene todo el del mundo, no seré yo quien se lo ponga difícil.

—Lo sé...

Nos abrazamos y quedamos dormidos rápido, la verdad es que el día había sido intenso, emocionante y largo.

Capítulo 22



Me desperté bien temprano y al llegar a la cocina me encontré con mi madre preparándose un café.

—Buenos días, hija —me besó la mejilla.

—Buenos días, mamá ¿Qué tal dormiste?

—Bien, genial y feliz por verte así con ese hombre.

—La madre es un poco... —murmuré y me puse la mano en la boca para aguantar la risa.

—Sí —movió la cabeza hacia los lados—, pero ármate de paciencia, ella vive en otra parte y tú lo harás aquí con su hijo, ante todo piensa que es la madre y gracias a ella existe ese buen hombre.

—Lo sé —sonreí—. Por cierto, en nada iré por casa, quiero mover lo del divorcio.

—Ya papá habló con un buen abogado —hizo un carraspeo sonriendo.

—¿Sí?

—Sí, el mismo día que te dejamos en el aeropuerto.

—Vaya, no se le pasa una.

—Nos dijeron que en las condiciones que estuviste y en las que él se encuentra ahora, no hace falta más que tu petición, así que por la parte judicial de España te darán el divorcio rápido y sin necesidad de que él firme, otra cosa es Marruecos, pero bueno, lo que diga ese país es lo de menos.

—Por eso, no piso ese país ni muerta y mira que allí las personas son buenas y de corazón, a mí me tocó el mayor hijo de puta como me podía haber tocado en España, pero no quiero regresar ni para alojarme en el mejor hotel del país y escoltada por mil marines.

—Claro, cariño.

—Bueno, pues cuando diga el abogado que lo tiene todo preparado iré.

—Es preciosa esta casa y este lugar...

—Sí, pero muy diferente a nuestras tierras, el mar, el buen clima, pero vamos, con Andrew me iría debajo de un puente.

—Eso es lo que cuenta, estoy segura de que te acostumbras a Escocia y te terminas enamorando del lugar.

—Sí, además la casa me encanta, me siento como si fuera parte de mi vida.

—Es porque estás con la persona correcta.

Escuchamos unos pasos y se hizo un silencio, apareció la madre de Andrew con una sonrisa más fingida que todas las cosas, vamos que se podía apreciar con las pocas ganas que lo estaba haciendo.

—Buenos días, Margot —murmuró mi madre y yo le sonreí.

—Buenos días, españolas.

—Buenos días, escocesa —le solté saliéndome del alma y sonriendo, mi madre me hizo un gesto en la nalga con su mano para que no saltara más.

—Y a mucha honra —dijo con el dedo hacia arriba.

—Nosotras también nos sentimos honradas de ser de España —contesté y mi madre me volvió a dar un pellizco más grande.

—¿Un café? —le preguntó mi madre intentando frenar esa entrada tan grotesca.

—Me lo hago yo mejor —carraspeó para que le dejáramos paso.

—¿Tienes algo contra mí? —le pregunté sin poder morderme la lengua.

—Aparte de que pareces la hija de mi Andrew, de que no tienes carrera y de que te has metido de golpe en su casa... no, no tengo nada.

—Señora —saltó mi madre, ya no pudiéndose contener—. No sé qué estudios tendrá usted, ni qué edad es la que piensas que es la acertada para una relación, ni si sabe que mi hija tiene casa en España y unos valores fuertes, no lo sé, pero haga el favor y no la trate mal porque a esta, la he parido yo.

—Mamá —le hice un gesto para que nos fuéramos al salón.

—Si iros a criticar como vecinas chismosas, creo que sois de ese tipo de gente.

—Mientras no seamos como usted, nos damos por satisfechas —contesté, con ganas de estamparle la taza de café que llevaba en mi mano.

—Mi hijo te va a durar lo que duren las fiestas —me hizo un guiño.

—No tiene ni puñetera idea de lo que su hijo me ama, quizás lo que usted no lo llegará a amar jamás a él, porque hacerle esto viendo lo feliz que está y que por fin vuelve a sonreír, hay que ser muy retorcida.

—¿Pero en serio crees que eres la primera que pasa por aquí desde que su mujer falleció? —rio con malicia —La que más duró, dos semanas, espero que la superes para al menos llevarte un récord Guinness.

La miré con cara de asco y salí afuera, a pesar del frío que hacía.

—No la creas, hija, habla con Andrew cuando nos vayamos.

—Hablaré, pero me recuerda a la madre de Kazim, siempre ahí pinchando e intentando hacerte sentir inferior.

—Yo lo creo a él, hija.

—Yo también, además, no creo que le hubiera dado lugar a hacer por otras lo que hizo por mí y si es verdad que estuvo con varias, oye, era libre, no se va a tirar llorando a su mujer toda la vida.

—Pasa de ella, luego se irá al igual que nosotros.

—Ya, pero joder, os podríais quedar más días.

—Mi hermana ya sabes que no está bien y debo ayudar a cuidarla.

—Lo sé, tranquila —dije mirando hacia dentro y viéndola asomada a la ventana, riendo sola y tomando el café—. A esa la dejo sin pelos antes de que termine la comida de Navidad.

—Ya te digo, si no lo haces tú lo hago yo —soltó bromeando y dándome una colleja.

—Mamá, menos mal que se va hoy, de lo contrario me iba en el vuelo con vosotros —negué riendo y pensando que lo mío era de traca ¿Ninguna suegra en condiciones?

—No vas a vivir con ella.

—Seguro, de lo contrario la volvería loca hasta infartarla, eso no saldría en la autopsia —nos reímos.

Andrew apareció por la cocina y vimos cómo la abrazaba y besaba la frente, luego salió

afuera a saludarnos, a mi madre le dio un beso en la mejilla y a mí en los labios.

—Ya me dijo mi madre que os hizo el café, me alegro de que os cuide —dijo, dejándonos con cara de alucine, cuando el café nos lo hicimos nosotras ¡Valiente hija de puta!

—¿Sí? ¿Nos hizo el café? Pues vamos a por él que ya me acabé este —dije sonriente.

—Pensé que os hizo estos —nos señaló a las tazas.

—Si hombre y las tostadas que no nos comimos —me reí—. La entendiste mal, creo que te quiso decir que ahora nos prepararía el desayuno, cosa que le agradecemos porque tenemos ganas de otro café y de comer algo.

—Será eso —sonrió negando—. Le digo que lo vaya preparando.

—Gracias mi vida —le di un beso en los labios sabiendo que su madre nos miraba desde la ventana de la cocina.

—Esa mujer está un poco loca —murmuró mi madre, mirándome mientras negaba sin salir del shock.

—Es mala la tía, mira que algo oscuro le veía, pero es mala, mala. El café dice que nos hizo —solté una carcajada y miré a la cocina que afirmaba mientras el hijo seguramente le estaba diciendo lo del desayuno.

—En fin, paciencia hija.

—Mamá, la tendré siempre y cuando no me toque las narices, demasiado aguanté a la de Marruecos, como para aguantar también a esta, que no me va a tocar las narices porque entonces le tocaré los ovarios.

—Bueno, hija, paciencia —repitió resoplando y riendo de lo increíblemente retorcida que era Margot.

Entramos al salón y nos sentamos en la mesa, Andrew junto a su madre nos fue poniendo todo, bueno, mi madre se quiso poner a ayudar y él le dijo que no, que se sentara, así que ahí que estábamos en el bufet del hotel Margot, disfrutando de verla con esa cara de falsa mientras sonreía como si fuera la mejor madre del mundo.

—Gracias, Margot —sonreí con ironía—. Es usted toda bondad y amor, gracias por cómo nos tratas —me metió mi madre un puntapié por debajo de la mesa que hasta el ¡Auch! Me salió.

—No hay de qué, queremos que se sientan como si estuvierais en vuestra casa.

—Mamá, lo están, esta es su casa —me señaló —y como tal, también es de su familia.

—Ya hijo, pero ellas me entendieron.

—No, no la entendí —sonreí —¿Es o no es mi casa? —pregunté en tono bromista con las manos a cada lado de mi cintura.

—Claro que lo es, pequeñaja —me hizo un gesto de cariño en la mejilla y se sentó. La madre me miró con una cara que, si fuera una pistola, me habría disparado todo el cartucho.

En ese momento apareció su padre y el mío charlando por el pasillo, se sentaron a desayunar con todos, menos mal que sus padres sabían hablar español, de lo contrario allí terminamos todos de los pelos y a chillidos, menos Andrew, que parecía no enterarse de nada.

La mañana la pasamos en el salón charlando todos juntos, aunque yo estaba más callada que en misa porque me conocía y aquí en libertad no me aguantaba ni yo, cuanto más ellos, así que mejor me mantuve mordiéndome la lengua ante todas las miradas de esa mujer que eran asquerosas y comentarios de lo más inoportunos.

Llegó el momento de los regalos, me sorprendió que mi madre trajo para todos. A su madre le regaló un pañuelo para el cuello, a su padre una corbata, a Andrew un bolígrafo de una buena firma y a mí, un bolso de una marca que me encantaba, además de una cartera a conjunto y unos

pendientes de oro que era una bola, los típicos de toda la vida, pero que a mí me encantaba.

Sus padres les regalaron a los míos una botella de vino escocés que debía valer una pasta, venía de lo más bonita preparada en una caja y a mí me regalaron una bata de estar por casa, lo que tuve que disimular para no reírme y fingir que me encantaba.

Andrew les regaló a mis padres, los vuelos que les sacó y envió por correo y a los suyos, un bono para que pasaran un fin de semana de spa.

A mí, bueno, a mí me dejó llorando media hora a lágrimas tendidas después de colocarme en plan romántico un precioso anillo de compromiso en mi dedo y pedirme que le dejara amarme cada día de su vida.

Eso sí, la cara de la madre era como la de la niña del Exorcista, solo le faltó darse chocazos contra la pared, me dieron ganas de preguntarle si su hijo era tan gilipollas de ir regalándoles a todas esos pedrolos, pero no, para qué, se había acabado de llevar una hostia a mano abierta, de esas invisibles que duelen más.

Sus padres se fueron tras la sobremesa y los míos un rato después lo llevamos al aeropuerto, allí nos despedimos prometiendo vernos muy pronto. Me daba mucha tristeza verlos alejarse...

Regresamos a la casa y nos sentamos en el sofá, estábamos agotados.

—¿Feliz? —preguntó jugueteando con mi mano.

—Sí —me miré el anillo.

—Pregunto en general.

—Sí, me diste una sorpresa maravillosa con lo de mis padres.

—No quería que te faltaran en estos momentos tan familiares.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Y tú, pequeña —me rodeó con sus manos pegándome a él, para besarme —¿Y mis padres que tal? ¿Te han ganado al final?

—Tu padre se ve un buen señor, tu madre, demasiado madre.

—Cómo que, ¿demasiado madre? —se echó a reír.

—No le gusta que tu tengas pareja y según ella no soy la primera que he pasado por aquí después de lo ocurrido.

—No creo que mi madre te haya dicho eso.

—¿Ah no? Pues debo estar loca e imaginarme las cosas.

—¿Me estás diciendo que mi madre te dijo que por aquí pasaron otras chicas?

—Muchas chicas.

—Oh, no —se echó a reír incrédulo.

—Me trató con mucha grosería delante de mi madre, pero bueno, también cobró lo suyo.

—Ay Dios, pensé que serían unas fiestas tranquilas —negó y me dio un beso—. La verdad es que a veces pone unas caras de descontento que no puede disimular, le pasa con muchas cosas.

—Bueno, pero es tu madre, habrá que aguantar el tipo cada vez que la veamos y ya.

—Gracias, pequeña —me besó la nariz.

Terminamos tumbados en aquel sofá dando rienda suelta a nuestra imaginación, bueno a la de él, que era quien sabía manejar la situación de aquella manera tan sensual y provocativa. Me hacía ponerme como una tormenta tropical que coge fuerza y se vuelve huracán.

Capítulo 23



Si de algo estaba segura es de que mi suegra nos iba a dar una que no veas y es que esa mañana fue levantarnos y recibir un paquete lleno de envases de comida hecho por ella, y eso que se fue dos días atrás y vio que de hambre no íbamos a morir, y es que, si algo había aprendido durante el cautiverio, era a cocinar.

—Madres... —murmuró riendo, leyendo la nota que decía que esperaba que eso nos valiese para alimentarnos.

—No, madres no, eso es la tuya que me la tiene sentenciada.

—Joder, no seas mal pensada, nos envió comida con todo su cariño.

—¿Te suele enviar por paquetería comida?

—No.

—Pues ahí lo tienes —me puse a preparar dos cafés.

—Lo mismo quiere ganarte.

—Claro que sí, guapo —murmuré con ironía volteando los ojos—. Ahora vamos a la plaza, compramos mucha carne que le vamos a enviar unos envases.

—¿Sí?

—¡No! —reí.

—¿Estás celosa? —murmuró, agarrándome por detrás.

—No, lo que estoy es alucinada en colores de la venda que tienes en los ojos.

—Dime una cosa.

—¿Qué? —resoplé.

—No vale resoplar —se rio.

—¿Me vas a poner normas?

—No —reía rodeándome por la cintura desde atrás.

—Va, dime.

—Quería saber si me amas con todas tus fuerzas.

—Claro, con las que me queda después de aguantar a la “martirio”.

—¿La estás llamando, “martirio”?

—¿A que no sabes lo que significa?

—No —reía.

—Pues entonces, poco la llamo para lo que debería, que solo le falta una escoba.

—Laia... es mi madre.

—Y tanto, si fuera la mía ya la habría descambiado —me eché a reír y él también.

—Pensaba que fuéramos a Glasgow a pasar el Fin de Año con mis padres.

—Vaya por Dios, terminar y comenzar el año con ella, ¿no había mejor plan? —Volteé los ojos.

—Si quieres nos vamos de vacaciones por ahí.

—No, no, que yo estoy aquí de lujo —sonreí con ironía, la madre con la comida ya me había puesto de lo más jodida.

Salimos a pasear un rato después de desayunar y comprar un poco de comida y pan del día, la verdad es que me había integrado muy bien a esa nueva casa y el lugar, a pesar de que me faltaba ese sol que poco se asomaba en aquella época invernal, donde la lluvia y el frío prevalecían en todo momento.

Regresamos a la casa y me puse a cocinar cuando en ese momento Andrew, recibió una llamada y se salió afuera, no era habitual que hiciera eso, pero lo vi por la ventana de la cocina hablar sin poder escuchar que decía, por su rostro, no le estaba gustando esa conversación.

—¿Todo bien? —pregunté cuando entró.

—Sí, debo salir un momento a las oficinas.

—Vale, voy preparando la comida.

—Gracias —me dio un beso y se fue apresuradamente.

No sabía si podría acostumbrarme a verlo salir de esa manera y no saber si algo estaba pasando, no sé, me daba mal rollo pensar que le pudiera pasar algo o que estuviera tras algún caso de esos en los que se pudiera jugar la vida, eso me ponía muy mal cuerpo.

Ni una hora que se marchó y sonó mi móvil, un número raro, no dudé en cogerlo por si era Andrew desde otro teléfono.

—¿Sí?

—Soy Margot, la madre de Andrew.

—Hola, suegra —murmuré con ironía apretando los dientes y volteando los ojos, menos mal que no me veía.

—No soy tu suegra, querida, ya quisieras.

—No, la que quisiera que no lo fuera eres tú.

—No me tutees, por favor.

—Pues háblame de señora o doña.

—Eres una mocosa.

—La mocosa que tiene a su hijo bebiendo los vientos por mí.

—Mira te voy a decir una cosita...

—A mí no me va a decir ninguna cosita o le diré yo algunas más que puede que no le guste oír.

—Mi hijo no te quiere, seguro que eres parte de alguna estrategia.

—Mire, Margot, váyase a tomar por culo.

—Se lo haré saber a mi hijo.

—Y le dice también que no he visto persona más gilipollas que usted —le colgué sin preguntar para qué me llamaba. Ni quería saberlo.

Ni un minuto y me mandó un mensaje.

Margot: ¿Por qué me has colgado así?

Laia: Porque me salió de las narices, váyase a dar por saco a otra, y le joda o no, su hijo es mío.

A la mierda, ya me tenía hasta el moño.

Margot: Lo sé, cariño, se ve lo enamorado que está de ti.

¿Y eso a que venía ahora?

Laia: Qué le den...

Dejé el teléfono a un lado y me puse a resoplar, la verdad que esa mujer me quería sacar de quicio.

Una hora después llegó Andrew, con una cara que no podía con ella.

—¿Por qué le has hablado así a mi madre? —Me enseñó una captura de pantalla y ahora entendí ese cambio por mensaje.

—Mira, ella me llamó antes y me dijo de todo.

—Pero en los mensajes...

—Es muy mala, es lo que pasa, que es muy mala.

—Laia, no me gusta que hables así de ella.

—Lo que me faltaba... —Tiré en la encimera la pala con la que estaba moviendo la comida y me fui afuera a fumar un cigarro.

Unos momentos después apareció.

—Ya está la comida en la mesa.

—Pues que aproveches —murmuré en tono de enfado y dejando claro que no iba a comer.

—Te espero dentro.

—Hazlo sentado para que no te canses.

—Espero que no llegue a ese punto.

—Muy bien, lo que tú digas.

—Conmigo no pagues tus enfados.

—Mira Andrew, no me toques los ovarios, que no estoy para eso, que si no ves cómo es tu madre, a mí me da igual, pero no me va a joder la vida, así que procura que no me llame más.

—¿Te gustaría que no atendiese a la tuya?

—¿¿¿En serio???

—A mí no me grites.

—Pues déjame en paz.

Se metió adentro y me eché a llorar, lo que me faltaba que esa mujer intentara hacerme la vida imposible y encima el hijo la creyera.

El problema es que no me encontraba, amaba a ese hombre, pero tenía un pasado a mi espalda que me estaba pasando factura y no aguantaba que nadie me soplara en un ojo.

Entré un rato después y él estaba serio, sentado y mirando a la chimenea, me cambié de ropa, me puse el chaquetón y me fui sin que él hiciera ni el más mínimo intento de frenarme.

Me puse a pasear por la ciudad, aguantaba de llorar, de gritar y de soltar toda esa rabia que había dentro de mí.

Después de mucho pensarlo levanté el teléfono para hablar con su madre.

—¿Qué quieres? —me preguntó de forma déspota —Aunque vamos, ya que te has ido te podrías haber llevado la maleta —me dijo y comprendí que su hijo se lo había dicho.

—Quiero que me dé la oportunidad de conocerme y que haya paz.

—Pues vete a tu país y verás la paz que dejas.

—No entiendo esa inquina que me tiene.

—Eres una aprovechada, con tu cara dulce y tu malicia interior.

—Es muy injusta.

—Es lo que hay y más vale que hagas pronto las maletas y te vayas o vas a saber lo que es sufrir.

—Ya lo he sabido, cosa que usted desconoce, pero bueno, lo intenté, veo que usted no lo conoce.

—¿Ahora me hablas de usted?

—Déjelo, que tengas un buen día —colgué.

Me metí en una callejuela a llorar y llamé a mi madre para contarle lo sucedido.

—Me da mucha pena que después de lo que pasaste y encontraras a un hombre como él, ahora te veas en esta situación.

—O me arrodillo y aguanto que me maltrate esa mujer de forma psicológica o me tendré que ir de aquí y después de lo que pasé en Marruecos, no tengo fuerzas para que nadie me humille.

—Sabes que yo defiendo esa relación, pero no quiero verte así por alguien como ella y que se permita el lujo de tocarte la moral y hablarte mal a cada momento.

— Andrew la llamó a ella en vez de a mí.

—Ya, hija, me di cuenta de eso...

—No sé qué hacer, te lo juro —rompí a llorar con más ganas.

—Piénsatelo y si decides venirte, ni lo dudes.

—Pero lo amo, mamá.

—Lo sé, hija.

—Me voy a volver loca.

—Hija, que impotencia más grande.

—Tranquila, veré y pensaré todo, ya te digo algo.

—Aquí nos tienes para lo que necesites.

—Lo sé, mamá. Os quiero.

—Nosotros te amamos con todas nuestras fuerzas.

Me pasé toda la mañana dando vueltas por la ciudad, eran las dos de la tarde y me senté en una cafetería a tomar un café, miré el móvil y tanto la madre como él, estaban en línea, seguro que lo estaba poniendo en mi contra.

Tenía el corazón en un puño y sabía que no me iba a ser fácil vivir aquí con esa mujer de por medio, aunque estuviera en Glasgow no iba a parar.

—¿No piensas venir a comer? —escuché la voz de Andrew tras de mí.

—No tengo ganas —murmuré sin levantar la cabeza.

—Vamos para casa, tenemos que hablar...

—¿Me lo vas a imponer?

—No —murmuré—. Ve a la hora que quieras.

Se marchó, así sin más, su tono era de enfado y malestar, en ese momento comprendí que lo mejor era marcharme de allí por mucho que lo amara, no estaba dispuesta a luchar en más guerras, por muy fuerte que pareciera, mi vida estaba como una montaña de arena desmoronada por todo lo que me había pasado.

Regresé a la casa a las seis de la tarde, Andrew me miró desde el sofá con desconcierto, no me gustaba esos ojos que tenía.

—Voy a buscar un vuelo, mañana regreso a España y te dejaré aquí el resto del dinero, ya te devolveré lo que falta.

—¿Para eso viniste?

—No, no vine para eso, pero tampoco para aguantar que se me trate como una sinvergüenza.

—¡Nadie te trató así! —dijo con rabia.

—Da igual, no voy a discutir lo que no quieres ver, intenté hablar con ella y la llamé para que hubiera paz.

—No, la llamaste para decirle que le ibas a arrancar a su hijo de su vida.

—Iros a la mierda, de verdad, iros a la mierda —me fui al cuarto y comencé a hacer las maletas entre sollozos.

Me arrepentía de haberle hablado así, él había sido muy bueno conmigo y gracias a él era libre, pero me envenenaba saber que a su madre la creía por encima de todo y que no veía que no me aceptaba.

Compré un billete de avión para salir por la mañana y se lo avisé a mi madre por mensaje para que me recogieran en Sevilla al día siguiente.

Andrew se marchó esa tarde y no regresó en toda la noche, yo me quedé en el sofá llorando y a las ocho de la mañana cogí las maletas, un taxi y me fui al aeropuerto.

Cuando el avión despegó me di cuenta de que mi vida estaba condenada ahora a soportar un doble dolor, los dos años atrás y volverme a ir sin despedirme del hombre que amaba con toda mi alma.

Capítulo 24



Si el vuelo lo pasé a lágrimas tendidas, el encender el móvil mientras me bajaba me hizo llorar más aún.

Margot: Avísame cuando estés en España, necesito saber que la mierda ya salió de mi familia.

Me quedé con una rabia increíble, un dolor que era insoportable, así que cuando me reencontré con mis padres me abracé a ellos y terminé de reventar de desolación.

Mis padres me dijeron todo lo habido y por haber para intentar consolarme, pero, ¿cómo se consolaba un corazón destrozado en mil pedazos?

Llegar a casa y a mi habitación fue otro golpe brutal y es que me sentía que ya sobraba en todas partes y no encajaba en ningún sitio.

Me tiré dos días encerrada allí, no quería ni salir, a Andrew le dejé todo el dinero que me quedaba de lo que nos dio y mi padre le puso una transferencia con lo que yo había usado, es lo que le pedí para sentirme algo mejor.

Había bloqueado a la madre para que no me siguiera insultando, la verdad es que me dieron ganas de ponerle un audio diciéndole de todo menos bonita, pero lo hubiera utilizado para enseñárselo a su hijo y decirle que mirara como la trataba.

De él no supe nada en los siguientes días que me aferré a Alicia y su hija, esa que me tenía loca de contenta, la única capaz de sacarme una sonrisa.

El día de Fin de Año ayudé a mi madre a preparar la mesa, venía Alicia con su marido y la hija a cenar, al día siguiente comerían con la familia.

Esos días había leído los tres libros de Hugo Sanz y la verdad es que sentí celos de no ser la protagonista de una de sus historias con esos finales tan bonitos.

Tenía un dolor en el pecho y tan pocas ganas de comer ni de nada que solo quería llorar, pero claro, entre que mi tía estaba grave, mi amiga había venido con su marido y la niña y mis padres estaban haciendo un esfuerzo, pues como que no les iba a dar la noche.

Reí con las cosas de Alicia, pero la procesión la llevaba por dentro, eso sí, me calmaba un poco sosteniendo a Laia, la niña de mis ojos.

Esa noche cuando me acosté me dije a mí misma, que tenía que comenzar el año haciendo cosas y que no podía estar así, el pasado había que dejarlo atrás por mucho que doliese y la vida tenía que continuar.

Y no, no podía ser que justo cuando iba a silenciar el móvil que no me llamaba ni Dios, me entró un mensaje de él.

Andrew: Feliz Año Nuevo para tu familia y para ti. Que seas feliz, eso que me costará ser a mí por tu afán de protagonismo y querer crear una guerra entre mi madre y yo, cosa que jamás te lo hubiera hecho yo a ti.

Dios mío, lo que me faltaba por leer o escuchar ese día. La rabia se apoderó de mí, pero ni le

contesté, no iba a entrar en esa arma de doble filo.

Y como todo viene junto, a las seis de la mañana llegó la llamada del fallecimiento de mi tía...

Mi tía era viuda, no tenía hijos ni nada, la estuvieron cuidando entre mi madre y una mujer a la que se le pagaba, así que nos tocaba hacernos cargo de todo.

El primer día del año lo comenzamos con el velatorio donde nos quedamos hasta el día siguiente en el que la incineramos con todo el dolor de nuestro corazón y es que fue la mejor tía del mundo.

Yo estaba agotada mentalmente, cuando llegué a casa me acosté y ahí me quedé hasta el otro día.

Los siguientes días fueron de arreglar papeles, el tema es que mi tía tenía un piso en el que vivió y que compró tres años atrás nuevo, además tenía el anterior que estaba alquilado en todo el centro, todo esto y sabiendo que iba a morir lo puso a nombre de mis padres, así que lo único que tenían que mover eran los ahorros del banco que eran considerables porque vendió poco tiempo atrás unos terrenos por los que le pagaron una barbaridad.

La sorpresa fue cuando mi padre me dijo que el piso nuevo de mi tía era para mí y la mitad del dinero efectivo, que era una suma gorda, unos doscientos mil euros, por lo cual me dieron cien mil.

Yo no quise, es cierto que era voluntad de mi tía que ese piso nuevo fuera para mí, pero joder encima ese dinero que me daban mis padres, aparte de hacerme una mujer, me parecía demasiado.

A finales de enero fue cuando se recibió el dinero y mi padre me hizo la donación.

Yo aún no estaba bien del todo, pero les dije que me iba a vivir a la nueva casa y comenzar a buscar trabajo tranquilamente, pero quería un cambio de aires y vivir sola, cosa que a los dos les pareció estupendo y más que estaba cerca de ellos.

No había vuelto a saber ni de Andrew ni de su madre, que la tuve bloqueada y no le dio por hablarme desde otros teléfonos ni nada por el estilo.

Ya había firmado mi solicitud de divorcio y estaba presentada en el juzgado, algo que esperaba viniera rápido para cerrar el peor capítulo de mi vida.

Ni un día llevaba viviendo en mi nueva casa cuando comencé a sentirme mal y me acosté temprano, pero por la mañana estaba mucho peor, así que mis padres vinieron a por mí y me llevaron a urgencias.

Ni una hora allí y ya tenían claro que me pasaba... ¡Estaba embarazada!

Sí y de un mes justo, me dijo los días exactos y eran en los que yo había estado en las Highlands, además Kazim no podía tener hijos.

¿Y ahora qué? Es lo que me pregunté mientras lloraba desesperada por esa nueva situación, pero como dijeron mis padres...

—Ahora vas a tener lo más maravilloso del mundo y nos tendrás a nosotros para apoyarte.

Eso lo sabía, pero estaba en una situación que era tremenda ¿Qué hacer con Andrew?

Eso lo tenía que pensar mucho y es que lo único que se me venía a la cabeza es que su madre si se enteraba era capaz de calentarlo para que me hiciera la vida imposible con el bebé, me daba terror todo, así que no tenía muy claro si sería capaz de decírselo, por ahora no lo haría.

Embarazada del hombre que más amaba en este mundo...

Capítulo 25



Tres meses habían pasado desde que me enteré que estaba embarazada, cuatro de embarazo y una barriguita que cada vez era más notable.

No me había atrevido en todo ese tiempo a levantar el teléfono y decírselo a Andrew, tenía terror a saber su reacción y de cómo le influiría su familia.

Mis padres me apoyaban cada día, al igual que Alicia, que ni que decir tiene estuvo ahí para todo, además ella no estaba trabajando y pasaba muchas mañanas en casa conmigo, hasta unos días atrás me acompañó a comprar la habitación de Mía, así le pondría a la niña, porque era lo que venía a mi vida, una princesita que, pese a todo, estaba deseando ver su cara.

Lo de trabajar lo dejé parado, sin tener que pagar casa y con el dinero que recibí de lo de la herencia, ahora quería centrarme en mi hija, para cuando naciera estar con ella al menos los tres primeros años, así que me quería centrar en eso.

Siguieron pasando las semanas y yo sin ver el momento de hablar con Andrew.

Me daba tanto miedo su reacción que era incapaz de tomar la decisión, pero era el padre y no podría vivir sabiendo que no le di el derecho a saberlo y decidir como tal.

Justo cuando llegó el sexto mes y salí del portal de mi casa para ir a ver a mis padres, pasó lo que menos esperaba de este mundo.

No me dio tiempo a nada cuando me agarraron y me metieron dentro de un coche de manera forzada, el dolor se me hizo instantáneo al descubrir que ahí estaba Kazim, de nuevo había regresado a mi vida.

—¿Te pensabas que porque estuvieras divorciada en tu país no ibas a seguir siendo mi esposa? —me escupió en la cara.

—Déjame salir de aquí —imploré llorando.

—No, nos vamos a casa de regreso y con la fortuna de que al menos para el mundo voy a ser padre.

—No eres el padre —murmuré sollozando.

—Ya lo veremos —sonrió y le hizo un gesto al que conducía para que fuera más rápido.

No me lo podía creer, no podía estar pasando, no podía ni saltar del coche, estaba en medio de él y de otro más que daba terror ver su cara.

A Marruecos otra vez no, por Dios, allí no, ahora estaba la vida de mi hija de por medio, ahora todo era peor...

Y lo peor de todo fue ver cómo pasamos esa frontera de España hacia el ferry y como el guardia civil no les pidió nada, estaba todo comprado.

La cara de ese agente no se me iba a olvidar en la vida y si alguna vez conseguía escapar, juré por mi vida hacia mis adentros que lo buscaría y pagaría el haber estado cometiendo ese atropello contra nuestra integridad.

En el barco no nos bajamos del coche, nos quedamos todo el trayecto ahí metidos, yo no dejaba de llorar angustiada, lo peor fue ver cómo salimos de aquel barco en Tánger sin que nadie hiciera nada.

De regreso a Chauen, de regreso a esa maldita casa que fue mi infierno durante mucho tiempo, ahora lo sería más, algo me decía que, de esta, no me iba a librar ni Dios...

Y no, no fuimos a Chauen, terminamos en Fez, en otra de sus tantas casas, esa que estaba de forma que no había por donde salir, esa que se iba a convertir en mi maldita cárcel y la de mi hija, si antes no nos mataba, pero por sus palabras nos iba a condenar a las dos a vivir en cautiverio, ni salir a por pan, esas palabras fueron las que se me clavaron en el alma.

Allí estaba una mujer de unos sesenta años, marroquí, allí me dejó Kazim, advirtiéndola de que la mataría si me escapaba, así que ahora tendría a Basima, que así se llamaba.

No se le veía mala persona...

Por lo que dijo Kazim no regresaría hasta un tiempo después, eso al menos era un aliciente para mí, tenía que pensar el modo de escapar de allí así fuera por encima de esa mujer.

Necesitaba pensar, solo quería pensar.

—¿Te preparo un té?

—No, gracias —sonreí entre lágrimas.

—¿Algo de comer?

—¿Crees que puedo hacerlo en esta situación?

—Por el bebé debes de hacerlo.

—Por mi bebé me deberías de dejar salir y pensar que esto no está bien.

—No puedo, me debo a ser leal ante Kazim y sus hombres, no quiero perder a mi familia.

—Espero que ese Dios en el que creéis no te las pague por lo que estás haciendo.

—Solo debo cuidarte...

—No, tranquila, lo sé hacer sola mientras el desgraciado ese no regrese.

—Tardará en hacerlo.

—Ojalá se muera y no llegue nunca.

—Kazim no es malo.

—Cállate, por Dios cállate, reza para que no se me vaya la pinza.

—No quisiera tener que defenderme.

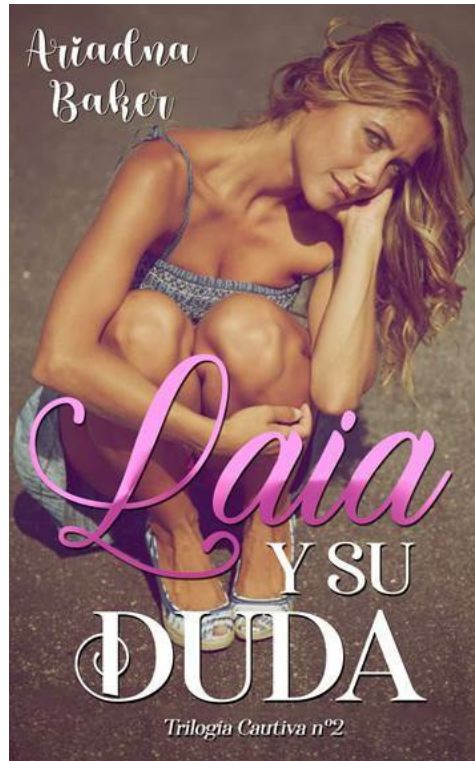
—Vete a la mierda...

Me metí en el que iba a ser mi dormitorio, que ya estaba lleno de ropa negra y de chilabas del mismo color y me puse a llorar.

Ahora sí que debía rezar por la vida de mi hija, ya ni siquiera me importaba la mía, pero la de ella, eso era lo que más me aterraba en el mundo.

Rezar, aunque ya no creyera en nada, solo me quedaba rezar...

*Continuará en la segunda entrega: **Laia y su duda***



RRSS:

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora